

¿Y AHORA QUÉ HACEMOS CON EL DIFUNTO?

Análisis del cadáver como eje articulador del vínculo entre vivos y muertos en la ciudad de Cali

**Trabajo de grado presentado por:
LUIS MIGUEL ECHEVERRY QUICENO**

**Director:
DIEGO CAGÜEÑAS**

**Programas de Antropología y Sociología
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Universidad Icesi
Santiago de Cali
2018**

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO I	12
<i>UNA PRIMERA APROXIMACIÓN AL UNIVERSO FUNERARIO Y AL ARREGLO DE CADÁVERES</i>	12
<i>DEL VOLANTE AL LABORATORIO, LOS INICIOS DE ANTONIO EN EL MUNDO DE LA</i> <i>TANATOPRAXIA</i>	21
<i>DEL TERROR AL AMOR HAY UN SOLO PASO: EL CASO DE CARMEN, OTRA PROFESIONAL</i> <i>EN TANATOPRAXIA</i>	26
<i>ALGUNOS RECUERDOS SOBRE LA TANATOPRAXIA EN COLOMBIA</i>	33
CAPÍTULO II	37
<i>Y CRUCÉ LA PUERTA DE “PROHIBIDO ENTRAR” POR PRIMERA VEZ</i>	38
<i>DE PRESERVAR CADÁVERES A CUIDAR ANIMALES. LA EXPERIENCIA DE MILTON</i>	46
<i>LAVA, CORTA, INYECTA Y SUTURA. EL PASO A PASO DE LA PRESERVACIÓN DE</i> <i>CADÁVERES EN EL LABORATORIO DE TANATOPRAXIA</i>	50
<i>DEPENDIENDO DEL TIPO DE CARA, SE LE APLICA EL MAQUILLAJE. UN ACERCAMIENTO</i> <i>A LA TANATOESTÉTICA</i>	64
CAPÍTULO III	68
<i>EL ÚLTIMO ADIÓS DE UN MORIBUNDO</i>	68
<i>LA ESTÉTICA Y EL RECUERDO DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS DEUDOS</i>	74
CONCLUSIONES	81
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	88
FUENTES	93
ANEXOS	94

INTRODUCCIÓN

El viaje a Tunía, corregimiento del municipio de Piendamó, lo hacíamos normalmente cada fin de semana para poder llegar a la Fundación Vida Superior, donde tenían a mi tía internada. Era en la Fundación Vida Superior donde se encontraba postrada en cama. Mis papás habían mencionado que no se encontraba bien de salud y que por eso la habían traído nuevamente a Cali. Sin embargo, no alcancé a dimensionar el verdadero estado en que se hallaba. Pensé que era una leve recaída. A ella, María Isabel Echeverri, le habían diagnosticado cáncer de seno en 2014 y su decisión fue negarse rotundamente a las sesiones de quimioterapia que le recomendaron. De su boca habían salido las palabras: “Yo no quiero pasar mi vida en un hospital, quiero disfrutar”. Es por esto que el camino elegido fue el de la medicina homeopática, o la que muchos conocen con el nombre de medicina alternativa. Brebajes, injertos y un sinnúmero de yerbas medicinales eran los remedios a los que recurría, complementados con la fe ciega en un Dios que ella decía la iba a resguardar con su manto protector.

Un domingo de agosto de 2015 tomamos un bus rumbo a Tunía. Pasaron las dos horas que normalmente se demora el viaje y nos dirigimos hacia el aposento de María Isabel. Mientras íbamos subiendo la colina mi madre mencionó algo que no había sido capaz de decir días atrás cuando le habían dado la noticia del regreso de mi tía de Estados Unidos. El estado de salud en que se encontraba era más grave de lo que pensábamos. No era una leve recaída como todos imaginábamos, sino que estaba a pocos días de que la muerte tocara su puerta. No había querido decir nada ya que trataba de evitar que mi papá (el hermano de María Isabel) entrara en una profunda depresión y empeorara el ambiente familiar e incluso el laboral. Al llegar a la habitación en la que la tenían hospedada vimos la gravedad del asunto. Para mí, esa persona que estaba postrada en aquella cama de madera y de sábanas blancas ya no parecía mi tía. La imagen y los recuerdos que tenía de ella años atrás chocaron con lo que estaba viendo. Esa persona que estaba acostada era totalmente desconocida. Hasta su voz había cambiado, la energética mujer que recordaba cuando me dijeron que iba a ver a mi tía ya no estaba. Ahora la realidad me mostraba

una mujer en sus huesos y cuya mirada al vacío daba a entender que algo no estaba bien. Acabamos la visita y nos dirigimos nuevamente a nuestro hogar, y lo único que trataba de hacer era asimilar aquella imagen de la mujer postrada en cama, tratando de aceptar que así se veía mi tía ahora y que los recuerdos de su figura y su imponente personalidad quedarían en el pasado.

Era el 8 de noviembre de 2015 y el teléfono de la casa sonó. Logré descifrar la tristeza en el rostro de mi madre y en ese instante ya sabía lo que estaba pasando: mi tía había fallecido. Era una noticia que no me tomaba por sorpresa, ya que días después de la visita a aquella fundación, había comenzado a interiorizar y asimilar la idea de lo que podría pasar días, semanas o meses después. Mi tía no quería saber nada de la medicina y de los tratamientos tradicionales para combatir el cáncer. Su esposo e hijos trataron de convencerla de que les permitiera llevarla a un hospital. A pesar de que semanas después aceptó la ayuda de médicos tradicionales, ya el tiempo apremiaba y las diferentes clínicas a las que la llevaban no la recibían por el estado tan deplorable en que se encontraba. Estas instituciones de salud preferían evitar hacerse cargo de una persona que estaba al borde de la muerte. El ambiente en la casa se puso pesado y un poco triste, pero no a tal punto de que las lágrimas fueran las protagonistas.

A comparación de cómo se recibió la noticia en mi casa, cuando llegamos al velorio de mi tía una tristeza profunda era evidente y los llantos desconsolados se mezclaban con los lamentos de una de las personas más afectadas: mi abuela. El dolor profundo que sentía se evidenciaba en sus constantes gemidos y en las lágrimas que resbalaban por su rostro. El desconsuelo que embargaba su cuerpo se reflejaba en los lamentos que emitía cada cierto tiempo: “¿Por qué mi hija? ¿Por qué a ella y no a mí?”. Me acerqué y la abracé lo más fuerte que pude, tratando de demostrarle que contaba conmigo y que estaría allí para lo que necesitara. Fue después del abrazo que llegaron las preguntas que me hicieron reflexionar acerca de muchas cosas de la vida como persona y como estudiante de antropología. El primer interrogante de mi abuela fue si recordaba cómo era ella antes de esta crítica recaída del cáncer. Mi respuesta fue un movimiento de cabeza de arriba a abajo y diciéndole que claro, que me acordaba de su

figura y actitud cuando ella vivía en Colombia. No quise mencionarle a mi abuela lo que se me había pasado por la cabeza en el instante que la volví a ver después de muchos años. No fui capaz de decirle que no la había reconocido cuando estaba en esa cama y que su nombre me había evocado acontecimientos del pasado, pero su cuerpo no me suscitaba el más mínimo recuerdo. Era como si la imagen que tenía de ella años atrás me impidiera asimilar su estado actual.

Lo segundo que mi abuela me dijo fue más una crítica, algo que le disgustaba en ese momento. Entre dientes y refunfuñando mencionó que no le había gustado como habían arreglado a su hija. Dijo que se habían excedido en el maquillaje base, que el colorete que le habían puesto era muy fuerte y que por esto parecía un mamarracho. Además de esto, la boca había quedado como torcida y lo primero que ella dijo fue que parecía que su hija seguía sufriendo. Que la forma de los labios hacía creer que el dolor seguía y no que ya estaba descansando en paz con el señor. Concordé con ella en que no se parecía a mi tía o a la imagen que tenía de ella años atrás. En cuanto al maquillaje no sabía qué decirle pues desconocía estos procedimientos estéticos. En consecuencia, me atreví a preguntarle por curiosidad quién se había encargado de vestir y maquillar el cuerpo de mi tía. Dijo que desconocía el nombre de quien lo hacía, pero que era una persona de la funeraria que arregló el cadáver y que había hablado con ella para decidir qué ropa le iban a poner y qué tipo de maquillaje. Esto le recordó su malhumor por cómo había quedado arreglada; sus instrucciones no se habían seguido. Sin embargo, mencionó que esto no importaba, ya que a su hija la iban a cremar y sus cenizas serían el recuerdo de su esencia que le permitiría hablar con ella aun estando muerta.

Esta información me generó varios interrogantes y despertó mi curiosidad sobre algunos temas. Por un lado, surgió el interés por conocer a fondo el trabajo de la persona que arreglaba y maquillaba a los muertos. ¿Quién era? ¿Dónde arreglaba los difuntos? ¿Qué procedimientos seguía? ¿Qué materiales usaba? Eran dudas que mientras más pasaba tiempo en el velorio, más se iban acrecentando. Sin embargo, esto no era lo único que me llamaba la atención. También estaba el asunto del vínculo que creaban los

vivos con los difuntos. Cada uno a su manera saludaba, se comunicaba o se despedía del fallecido. Unos se asomaban al ataúd con un miedo que les hacía temblar la voz al comunicarse con el muerto y con los dolientes. Otros, se acercaban y apoyaban sus brazos en el féretro para llorar con desconsuelo y lamentarse por el ser que había partido. Y había quienes, más que todo niños, se acercaban al ataúd por curiosidad para ver qué o quién se encontraba adentro del cajón de madera..

Estaba experimentando y observando con mis propios ojos lo que varios semestres atrás había leído en textos académicos. Estaba presenciando lo que Robert Hertz sostiene en “La muerte y la mano derecha” (1990) acerca de las imposiciones y obligaciones morales de los deudos. Se observaba el luto que guardaban los acudientes usando vestimentas negras (no todos), el apoyo y solidaridad a los familiares cercanos al difunto a través de obsequios como flores y cartas al fallecido que ayudan aliviar el impacto emocional. No obstante, había diferencias con respecto a lo descrito por Hertz. El contexto propio de un país como Colombia y de una ciudad como Cali le daba un toque característico a los ritos fúnebres que se llevaban a cabo para sobrellevar el proceso de duelo. El consumo de licor (principalmente aguardiente), el conjunto vallenato y otras actividades le daban una particularidad a cada velorio.

No obstante, como será expuesto más adelante, no todas las celebraciones fúnebres, las relaciones que se establecen con los muertos o la manera de recordar a los difuntos se experimentan de la misma manera. Después de las entrevistas con deudos y tanatólogos (personas encargadas de preservar y maquillar los cadáveres), pude apreciar las diferentes formas como los individuos y colectividades afrontan la muerte. Hay quienes prefieren quedarse con la imagen y el recuerdo que tenían de la persona en vida. Como hay otros que se ven en la necesidad de ver al difunto en su lecho de muerte y corroborar que su partida es una realidad. Este trabajo de grado también me permitió vislumbrar las diferentes maneras o mecanismos que usan las personas para relacionarse con sus muertos. Están quienes entierran a sus fallecidos y visitan las tumbas para seguir en contacto con los que ya no están. Como también se

encuentran los que deciden, ya sea por cuenta propia o por decisión de la persona fallecida, cremar el cadáver.

Para el caso particular de Bertha (madre de María Isabel), su día a día se convirtió en la constante compañía de su hija materializada en la urna de madera que albergan sus cenizas. Le habla, le reza, le cuenta sus angustias y sus miedos. Estas cenizas se convierten en un intermediario entre los dos mundos: el de los vivos y los muertos. Es así como Bertha lleva su proceso de duelo y alivia sus tristezas. El duelo, definido por Hertz como “un estado duradero y prolongado impuesto a ciertos parientes del muerto hasta un momento prescrito” (Hertz, 1990:49), es otro de los elementos que estando en campo pude destacar como importante para comprender la conexión entre vivos y muertos. No todas las personas viven el duelo de la misma manera. La duración y la forma son dos aspectos que varían entre individuos y comunidades. Puede que el proceso de duelo dure años y el dolor por la pérdida de un ser querido se reduzca pero no desvanezca del todo, como es el caso de Bertha. O tal vez puede ser que meses después de la muerte, el ciclo y el proceso de duelo se hayan cerrado, como sucedió con Dalila. Son formas distintas de afrontar la pérdida de un ser querido, de sanar heridas y de volver a la cotidianidad.

Son también las etapas por las que transcurre el cadáver las que moldean y estructuran el vínculo que establecen los vivos con los difuntos. Iniciando en el lugar de los hechos, donde falleció el individuo, hasta su destino final. Como veremos más adelante, el cuerpo muerto, sin llegar a deshumanizarlo, es moldeado por diferentes actores que intervienen la corporalidad del sujeto con diferentes fines. Está el caso de la Fiscalía, encargada de hacer el levantamiento de un cadáver y llevarlo a Medicina Legal para hacer los respectivos estudios. La intervención de estos organismos, que normalmente atienden casos de muertes violentas, tiene una relación particular con los fallecidos. Algunos de sus funcionarios, siguiendo a Morales (2003), conciben los cadáveres como pruebas que deben ser corroboradas en un laboratorio para la resolución de casos. Es otro tipo de vínculo o conexión que establecen los vivos con los difuntos, en el que la relación está basada no tanto en el arreglo y la estética del cuerpo, sino en la noción del

cadáver como evidencia. En cambio, los tanatólogos, como analizaremos más adelante, guían su accionar y establecen una relación con los difuntos basados en la reconstrucción de su corporalidad y la aplicación de procedimientos quirúrgicos, químicos y estéticos para su exhibición en el velorio y/o entierro.

Teniendo en mente todos estos intereses e interrogantes, la verdadera pregunta era qué iba a hacer yo con todo esto. ¿Cómo darle una mirada antropológica a lo observado en estos eventos fúnebres? Eran varios caminos los que podía tomar. Al inicio de este proyecto me interesó analizar cómo la profesión del tanatólogo incidía en la construcción de los recuerdos y la imagen final del difunto. No obstante, con el paso del tiempo pude ver que lo obtenido en campo y el análisis en cada capítulo sobrepasaba esos límites que me había trazado en un comienzo. Mis hallazgos van más allá de la noción del tanatólogo como productor de recuerdos. El foco del trabajo es el vínculo que establecen los vivos con los muertos. En este respecto, el cadáver funciona como un intermediario entre vivos y muertos.

Así las cosas, la pregunta de investigación que guía este trabajo es: **¿De qué manera el cadáver se establece como eje articulador de la relación entre vivos y muertos en la ciudad de Cali?** Esta pregunta permite darle un enfoque más amplio y permite abordar temas que probablemente se quedaban por fuera con el anterior interrogante que indagaba por la construcción de recuerdos a manos del tanatólogo. Al problematizar cómo el cadáver articulaba la relación entre los vivos y los muertos se generó una apertura en el análisis y ahora ya el tanatólogo y lo que este hace en el laboratorio no era el centro de la investigación, sino que constituía una parte de un acontecimiento de mayor envergadura. Había temas en el documento escrito como lo son el manejo del cadáver, el arreglo del cuerpo visto como un “fenómeno social total” (descrito adelante), el cadáver como regalo, las metamorfosis del cadáver, las relaciones de los deudos/tanatólogos con el cadáver, entre otros; que no respondían el interrogante inicial que indagaba por algo tan específico como lo es la construcción del recuerdo póstumo a cargo del tanatólogo. Con este nuevo enfoque estos temas no quedaban por fuera y se lograron acoplar al argumento general del texto que es la concepción del cadáver como eje articulador en la relación que se

construye entre los vivos y muertos en Cali. Esta función del cadáver como articulador del vínculo entre vivos y muertos permitía a su vez analizar cómo estas diferentes etapas del difunto (congelado, arreglado, enterrado, cenizas) moldeaban el proceso de duelo de los dolientes para afrontar la pérdida.

La información recolectada fue recogida desde varias fuentes. En primer lugar, visité cinco funerarias de Cali. Es menester resaltar que algunos nombres de las funerarias, no todas, y los nombres de algunas personas que entrevisté, no todos, serán cambiados por seudónimos por cuestiones de privacidad. La primera funeraria que visité fue la funeraria Viajeros, donde pude asistir a velorios de una institución donde los lujos no abundaban. Además, y una de las cosas más importantes, logré obtener acceso al laboratorio de tanatopraxia, algo que no se me permitió en las otras a las que acudí. Allí pude dialogar con Mario, el tanatólogo del lugar. Logré conocer esta labor y gran parte de los procedimientos que se llevan a cabo en estos espacios amoldados para las necesidades biosanitarias de la profesión. Otra funeraria a la que acudí fue Fraternidad, en la Avenida Roosevelt 34-86 en la ciudad de Cali.

En esta segunda funeraria hablé con Alejandra, la recepcionista, con quien pude despejar algunas dudas acerca del funcionamiento de las funerarias de la ciudad y el sistema funerario en general. Así mismo, logré dialogar con Antonio, el tanatólogo del lugar. La tercera es la funeraria Templo Los Olivos, en la Avenida Pasoancho: calle 13 No. 50-70 en la ciudad de Cali. Allí hablé con Carmen, jefe del cuerpo de tanatólogos de esta reconocida institución. Finalmente, pude entablar una conexión con Milton Osorio, un extanatólogo que ejerció su profesión en diferentes funerarias de Cali como Los Olivos, Funerales del Valle y en el Camposanto Metropolitano Central. Milton se encuentra retirado de las preservaciones y está ejerciendo la profesión de veterinario. Para complementar la información y poder tener todos los puntos de vista para responder la pregunta problema, entrevisté a ocho personas que asistieron a velaciones o entierros. Tres de estas ocho personas fueron las encargadas de realizar los trámites legales y administrativos del velorio, arreglo del cuerpo y el entierro del difunto. Solo dos personas de las ocho permitieron dar sus nombres; al resto de personas, por cuestiones de privacidad, se les cambió el nombre

por seudónimos. Así mismo asistí a 4 velorios y 3 entierros, donde pude observar el papel que cumple el cadáver y lo que implica su presencia en el mundo terrenal, que restringe y condiciona la conducta de los asistentes a los velorios.

Ahora bien, ¿cómo darle una mirada antropológica al asunto? Tras varias charlas con docentes y con mi tutor, logramos llegar a un consenso y plantear este trabajo de grado como parte de un debate antropológico clásico: la relación entre los vivos y los muertos. Claudio Lomnitz (2006) demuestra que para el periodo de 1970 a 1990 la historia y la antropología produjeron un gran número de estudios sobre el tema, demostrando la gran importancia que se le daba al fenómeno de la muerte en el campo de las ciencias sociales. Así mismo, surgió lo que se denominó la antropología de las costumbres funerarias, la cual se había estancado desde 1915 cuando el sociólogo francés Robert Hertz escribió su estudio clásico: “La muerte y la mano derecha” (Lomnitz, 2006).

En esos mismos años se plantea la tesis de que la “‘muerte es el espejo de la vida’ y de que la tecnología, la organización social y las representaciones colectivas se movilizan todas en los preparativos para la muerte y para los muertos” (Lomnitz, 2006: 12). Las costumbres funerarias se concibieron como fuentes para el análisis de diferentes aspectos de la vida social. Según Lomnitz (2006), los testamentos, las prácticas médicas, los entierros, las tumbas, los procedimientos de preservación y los rituales de duelo, ofrecen nuevas perspectivas sobre temas clave de la historia europea moderna, como el manejo de cadáveres, la higiene, la estética, entre otros. Es a esta línea de análisis que este trabajo de investigación pretende aportar al describir y analizar los procedimientos de preservación, los rituales de duelo, el manejo del cadáver, la higiene y la estética funeraria.

De igual manera, en el campo de la etnografía se despertó el interés por el estudio de los intercambios de bienes y dones durante y después de los entierros, de las restricciones en torno a los cadáveres y los moribundos, de las causas de muerte y de las prácticas sociales antes, durante y después del fallecimiento. Otros trabajos que me ayudaron a plantear el problema son “Tumba y poder: el culto

político a los muertos desde Alejandro Magno hasta Lenin” de Olaf B. Rader (2006), “Antropología de la inhumanidad: Un ensayo interpretativo del terror en Colombia” de María Victoria Uribe (2004), “Muertes violentas: La teatralización del exceso” de Elsa Blair (2005), y trabajos más recientes como el de Michael Fisch “Tokyo’s commuter suicides and the society of emergence” (2013). Estos trabajos muestran cómo la muerte puede cruzarse con temáticas que antes se creían incompatibles.

Las múltiples visitas a velorios/funerales y las conversaciones con dolientes y tanatólogos me permitió darme cuenta de que el cadáver, y la relación que se establece con este, varía según las creencias religiosas de los deudos. En consecuencia, considerar al arreglo del difunto y el vínculo que establecen los vivos con el cadáver como algo homogéneo y general para todos los grupos sociales, era algo erróneo. Es por esto que decidí consultar documentos que me permitieran analizar el trato diferenciado que se le da al cadáver desde las diferentes doctrinas religiosas. Por ejemplo, el trabajo de Juan Carlos Sánchez, “Del catafalco al ataúd y a la urna: cambios significativos en las prácticas funerarias” (2008), la conferencia de Vivianne Tesone, “Quien parte y quienes se quedan, Ritos funerarios y de duelo judíos en Bogotá” (2008), la tesis de maestría de Yamel Guerra, “La muerte y el proceso de morir en el budismo” (2013), y el artículo de Marc Prou, “El significado de la muerte en el Vodou Haitiano” (2001). Estos trabajos me dieron una perspectiva más amplia de la relación que establecen los vivos con sus difuntos, apartándome de una visión homogeneizadora de este vínculo que se crea con el cadáver, para así dar cuenta de las variables existentes según las creencias de los diferentes grupos sociales que coexisten en una ciudad como Cali.

Este documento consta de tres capítulos. En el primero busco describir cómo se vincula el cadáver a la profesionalización de la tanatopraxia en Colombia. Se pretende demostrar que detrás del manejo del cadáver y de su arreglo hay otros factores, aparte del estético, que intervienen como el religioso, político, cultural y económico. Así mismo, en este apartado se reflexiona sobre el rol que cumple el cadáver, y todo lo que gira en torno a este, en un ámbito institucional (funerarias) y estatal

(Ministerio de Salud y Protección Social). El cadáver, visto desde una perspectiva más amplia, es objeto de restricciones, transformaciones y adecuaciones con la finalidad de que su presencia en el mundo de los vivos no afecte la integridad de los sobrevivientes. Debido a que hay un lapso temporal en que el difunto cohabita con los vivos, antes de ser enterrado o cremado, las entidades reguladoras del estado entran en acción y de la mano con instituciones especializadas como las funerarias, se establecen normas que regulan el libre tránsito y contacto de las personas con el cadáver.

Para lograr alcanzar estos objetivos describo mi visita a la funeraria Fraternidad, su funcionamiento y la experiencia del tanatólogo que trabaja allí, acerca de cómo llegó a estudiar y a ejercer esta profesión. Posteriormente, presento la experiencia de Carmen, la encargada de comandar a los tanatólogos de la funeraria Templo Los Olivos, quien permite generar la reflexión acerca de cómo el cadáver es objeto de regulaciones estatales y da cuenta de un vínculo que trasciende el ámbito local y llega a uno de mayor envergadura como el estatal, dando a comprender también la función que cumple el cadáver y su cuerpo en el sistema funerario.

En el segundo capítulo busco analizar cómo la reconstrucción del cadáver a través del proceso de tanatopraxia moldea la relación que se crea entre el difunto y el tanatólogo, por un lado, y el difunto y los dolientes por el otro lado. Se pretende detallar y examinar cómo el arreglo del cadáver en el laboratorio de tanatopraxia se instaura como un mecanismo, que a través de modificaciones físicas al cuerpo, permite la reinsertión del fallecido al entramado social y determina un tipo de interacción específica con los dolientes. Esto se debe a que, siguiendo el testimonio de tanatólogos y deudos, hay una diferencia sustancial en el comportamiento e interacción que establecen las personas con el difunto arreglado a comparación del cadáver expuesto sin arreglar. En esa instancia entran a jugar aspectos como las emociones, la higiene, la estética, entre otros elementos relacionados con el cadáver que jugarán un papel importante en el vínculo que instauran los dolientes con el muerto.

Para lograr materializar el objetivo de este capítulo presento mi primera experiencia y contacto con un laboratorio de tanatopraxia, describiendo los objetos, sentimientos y procedimientos que se hallan allí. Este primer contacto cabe resaltar que se llevó a cabo en la funeraria Viajeros, única entidad que me permitió ingresar a este lugar tan restringido.

Posteriormente describo el paso a paso del proceso de preservación de un cadáver gracias a la experiencia relatada por Milton Osorio en sus años ejerciendo como tanatólogo. Paralelamente, en estos párrafos se problematiza qué aspectos consideran los tanatólogos al momento de arreglar los cadáveres y mostrarlos posteriormente en el velorio o funeral. ¿Qué estándares estéticos deben seguirse para que un cuerpo se vea presentable para los eventos funerarios? ¿Qué procedimientos quirúrgicos y químicos son necesarios para la correcta preservación de los cadáveres? ¿Cómo los expertos se relacionan con su oficio y cuál consideran es el procedimiento ideal para satisfacer las necesidades de los deudos? Todo esto tratando de amarrarlo al hilo argumentativo que concibe al cadáver como el articulador de las relaciones entre los individuos.

Tras haber profundizado en el proceso de producción y reconstrucción del cadáver en el laboratorio de tanatopraxia, de analizar estas transformaciones que se le aplican a la corporalidad del difunto y los protocolos que guían la praxis del tanatólogo para la posterior exhibición del cadáver en los eventos fúnebres, el tercer y último capítulo es un complemento a lo presentado en el apartado anterior. Lo que se busca en este capítulo final es analizar cómo interpretan el cadáver los individuos en las diferentes etapas y transformaciones que haya sufrido. Este capítulo está enfocado en su mayoría a examinar esta relación que establecen los vivos con los cadáveres y detallar cómo cambia este vínculo que se crea según la etapa o estado en que se encuentre el cuerpo del difunto (tal como falleció, congelado en Medicina Legal, arreglado y maquillado, enterrado o cremado). De igual manera, se pretende analizar cómo es efectuado ese proceso de reinserción del difunto en el entramado social luego haber sido apartado para examinarlo en Medicina Legal o arreglado en el laboratorio de tanatopraxia. Así como

también es menester considerar el mismo cadáver como un mecanismo que moldea un proceso de duelo en particular, basado en gran medida por las mismas creencias del fallecido y de la comunidad que lo rodea.

Para lograr alcanzar estos objetivos planteados, en el capítulo se narran tres casos. Está el relato de Rubiela que se narra sus últimos días en vida y la relación e interacciones que tuvieron las personas cercanas a ella antes y después de fallecer. Luego es presentada la historia de María José Grisales, una joven que decidió quitarse la vida y fue a Sofía Valencia (otra joven de 21 años) a quien le tocó encargarse de todos los trámites legales y administrativos. Se analizan las relaciones que se establecen con la difunta y el trasfondo que hay detrás de este vínculo con María José sabiendo que su muerte fue un suicidio. Surge el interrogante acerca de las similitudes o divergencias en las interacciones que se tejen con los difuntos dependiendo de la persona, su edad, su género y sobretodo la manera cómo murió (muerte natural, muerte violenta, suicidio, entre otras). Esta sección gira en torno a la perspectiva y visión de los deudos, a diferencia del apartado anterior, que enfoca su relato y análisis en las personas que trabajan con la muerte.

Finalmente, se presentan unas conclusiones que retoman los puntos clave de cada capítulo. Se analiza cómo la tanatopraxia en Colombia, a pesar de ser un fenómeno que data de años atrás, sólo a finales del siglo XX e inicios del XXI se comenzó a tecnificar y a mejorar los métodos de preservación en consecuencia a una preocupación latente por la higiene y la salud pública. Luego reflexiono sobre cómo se encuentran organizados los tanatólogos en Cali, e indago por sus inicios como preservadores de cadáveres. Para cerrar, se mencionan los argumentos y hallazgos más importantes de cada sección en relación con la concepción del cadáver como eje articulador de las relaciones entre los vivos y muertos.

CAPÍTULO I

En este primer capítulo busco describir cómo se vincula el cadáver a la profesionalización de la tanatopraxia en Colombia, tomando como ejemplo algunas experiencias de tanatólogos en Cali. Se pretende demostrar que el manejo del cadáver y su arreglo es un fenómeno de mayor complejidad que desborda el simple embellecimiento del difunto en el que intervienen factores religiosos, políticos, culturales y económicos. Así mismo, se reflexiona acerca de la función que cumple el cadáver en el sistema funerario y en el ámbito estatal (Ministerio de Salud y Protección Social). El cadáver, desde una perspectiva más amplia, es objeto de restricciones, transformaciones y arreglos con la finalidad de que su presencia en el mundo de los vivos no afecte la integridad de los sobrevivientes. Antes de que el difunto sea enterrado o cremado, las entidades reguladoras del estado entran en acción, y de la mano con instituciones especializadas como las funerarias, se establecen normas que regulan el tránsito y contacto de las personas con el cadáver.

Para alcanzar estos objetivos describo mi visita a la funeraria Fraternidad, su funcionamiento y la experiencia del tanatólogo que trabaja allí, especificando cómo llegó a estudiar y a ejercer esta profesión. Luego presento la experiencia de Carmen, la encargada de comandar a los tanatólogos de la funeraria Templo Los Olivos, cuyo testimonio permite generar reflexiones acerca de cómo el cadáver es objeto de regulaciones estatales y da cuenta de un vínculo que trasciende el ámbito local y llega a uno de mayor envergadura como el estatal. El cuerpo muerto, siguiendo los relatos y reflexiones de los entrevistados, cumple un papel importante en la estructura del sistema funerario no sólo a nivel local (Cali) sino a nivel nacional (Colombia). Finalmente, reflexiono acerca de cómo la coexistencia del difunto con los vivos incide en la manifestación de diversas expresiones socioculturales que giran en torno a la muerte y al proceso de duelo.

UNA PRIMERA APROXIMACIÓN AL UNIVERSO FUNERARIO Y AL ARREGLO DE CADÁVERES

Fue un miércoles, exactamente el 12 de agosto luego de salir de clases. Alrededor de las 10:30 a.m. llegué a la funeraria Fraternidad, ubicada en la Avenida Roosevelt # 34-86 en la ciudad de Cali. Ya habiendo estacionado me dirigí hacia aquella puerta de cristal oscuro. Con un nerviosismo que paulatinamente se iba acrecentando a cada paso que daba, me detuve en la entrada del recinto funerario. Mientras en mi mente se cruzaban diferentes pensamientos, examiné la fachada del establecimiento con atención. Los colores de aquel lugar me llamaron la atención. Un blanco hueso coloreaba cada rincón de los muros (ver Imagen 1). Luego de haber estado parado alrededor de diez minutos afuera de la funeraria, dejé a un lado la indecisión y el temor que me agobiaba por no saber qué encontraría adentro. Abrí rápidamente la puerta de cristal, e inmediatamente estuve adentro se me vino a la cabeza el cielo que algunos libros o programas de televisión intentan representar. Los colores y las luces que componían el interior de la funeraria eran algo muy particular.

Las paredes blancas, las luces tenuemente encendidas y la música de relajación daban una sensación de paz y tranquilidad profunda (ver imagen 2). Noté que en el fondo de aquel pasillo se hallaba una mujer robusta y de tez morena que me observaba fijamente. Era la recepcionista de la funeraria, quien con una sonrisa y una mirada amigable me dio a entender que me acercara a ver qué era lo que se me ofrecía. Seguí mi camino hacia la recepción, y retomando el nerviosismo de un principio, me presenté y le comenté a la mujer lo que estaba haciendo y las razones para estar parado frente a ella. Con amabilidad y sin borrar la sonrisa de su rostro, me dijo que su nombre era Alejandra Díaz y que con mucho gusto me ayudaría en lo que necesitara.

Al notar que ya había cierto grado de confianza entre los dos, le mencioné que me gustaría conocer un poco más de la funeraria y de las labores que se desarrollaban en dicho lugar. En primera instancia, Alejandra me contó un poco acerca de cómo estaba organizada la funeraria. Afirmó que la funeraria

Fraternidad era una sociedad por acciones simplificadas¹ y que estaba vinculada principalmente a una cooperativa llamada Servivir, la cual ofrece tanto a los afiliados a la cooperativa como a personas de otras funerarias, capillas ecuménicas para todo tipo de religión. Servivir, siguiendo el relato de Alejandra, es una cooperativa que está reconocida como persona jurídica y como una empresa asociativa sin ánimo de lucro cuya actividad principal se enfoca en la prestación de servicios solidarios, siendo el funerario uno de estos.

Luego de explicarme el vínculo de la funeraria con la cooperativa, indagué acerca de la distribución espacial de la funeraria. Principalmente le pregunté si había alguna razón de ser del color blanco, de las luces y de la música que se encontraba sonando en aquel instante. Enérgicamente me respondió que sí, que todo estos elementos eran impuestos desde la administración. Que todas estas cosas tenían una finalidad específica y era poder cumplir con el slogan de la funeraria: “Solidaridad más allá de la existencia”. Afirmó que la disposición del espacio tiene la finalidad de darle tranquilidad a los dolientes y poder brindarles solidaridad en uno de los momentos que más la necesitan: la muerte de un familiar o allegado. Crear un ambiente de paz y armonía, en el que prime la relajación es algo fundamental para no alterar más a las personas que acuden a la funeraria.

Alejandra también me explicó que debido a la diversidad de personas que acude a la funeraria, se brindan diferentes tipos de velación. Conocer la religión que profesaba el difunto o sus allegados es algo de vital importancia para ofrecer una velación acorde a sus creencias. Es así como, ciñéndose a los planes preestablecidos por la administración, se organiza un tipo específico de velación. A algunos se les colocan cruces y cristos, a otros se les lleva la estrella de David, y a quienes no creen en nada, solo es necesario ponerles arreglos florales. La configuración espacial de la sala de velación trata de estar en

¹ La sociedad por acciones simplificada es una sociedad de capitales cuya naturaleza será siempre comercial, independiente a otras actividades que tenga estipuladas en su objeto social. Es importante resaltar que la SAS (Sociedad por acciones simplificada) se regirá bajo las reglas que se les aplica a las sociedades anónimas. Tomado de: <https://www.ccb.org.co/Preguntas-frecuentes/Registros-Publicos/Que-son-las-sociedades-por-acciones-simplificadas>

concordancia con las peticiones (dentro de las posibilidades que brinda la funeraria) de las personas que adquieren el paquete funerario.

Vemos entonces que la muerte no es vivida ni percibida de la misma forma en las diferentes religiones. Siguiendo a Allué (1998), las sociedades tienen, según su sistema de valores y creencias, una interpretación cultural de la muerte, lo que se refleja en las diferentes prácticas funerarias. En sociedades como la colombiana, las funerarias ayudan a los individuos a satisfacer estas costumbres culturales y religiosas a la hora del duelo. Estas divergencias o acercamientos se pueden observar en los diferentes arreglos del espacio y en el manejo del cadáver.

El cuerpo muerto es tratado de manera diferente en cada religión. Por ejemplo, Juan Carlos Sánchez, en su texto “Del catafalco al ataúd y a la urna. Cambios significativos en las prácticas funerarias, Bogotá 1910-2007” (2008), explora el manejo del cadáver en el catolicismo y las creencias que se tienen sobre la muerte en Colombia. El autor afirma que la religión católica penetró diferentes campos de la vida cotidiana. Menciona que para la primera mitad del siglo XX en Colombia el cadáver no era cremado, ya que según la rama más ortodoxa del catolicismo, los cuerpos no deben ser incinerados pues esto afectaría el proceso de resurrección en el día del juicio final. Esto permite reflexionar acerca del gran poder de la Iglesia y su influencia más allá de los límites del templo, en espacios como las salas de velación y los cementerios.

Es cierto que el catolicismo sigue teniendo influencia, aunque su poder se ha visto debilitado en las últimas décadas. El catolicismo sigue apareciendo en las misas para recordar a los difuntos, en los velorios, en los entierros e incluso en los mismos laboratorios de tanatopraxia. Muchos de los tanatólogos entrevistados mencionaron que el cadáver debe ser tratado con sumo respeto para que el alma de la persona no vaya a atormentarlos en un futuro. Plegarias, rezos y oraciones son pronunciadas por estos profesionales de la muerte antes de proceder quirúrgicamente en el cuerpo del fallecido. Algunos incluso le piden permiso al difunto y a su alma para poder arreglarlo. Creencias en el alma, el infierno y el cielo

siguen apareciendo en el laboratorio. Sin embargo, hoy en día se cuestionan creencias que se creían inmutables como la resurrección y evitar a toda costa la incineración del cadáver. Ahora, de acuerdo con Milton, muchas personas que llegan a las funerarias piden el servicio de cremación. Algunos para reducir los costos del ataúd y el espacio en el cementerio, otros para conservar algo del muerto (sus cenizas) y otros por decisiones tomadas por la persona antes de morir. Con todo, aún hay personas que creen en la resurrección y que ven con malos ojos incinerar a sus difuntos.

Siguiendo esta línea de ideas, en Latinoamérica se comienzan a dar transformaciones y reinterpretaciones de muchas tradiciones religiosas. Se inician diferentes procesos de hibridación que permiten generar un análisis sobre cómo los individuos utilizan elementos de diferentes comunidades o prácticas religiosas para construir creencias idealizadas acorde a sus necesidades (de la Torre y Gutiérrez, 2013). Los ritos fúnebres son un claro ejemplo de estas construcciones, ya que las funerarias permiten la libre elección de cómo arreglar el cadáver, la sala de velación o el ataúd. Por lo menos en Cali, las funerarias ofrecen servicios más incluyentes pues el catolicismo no es la única religión que determina los eventos fúnebres. Así pues, las funerarias se adaptan a las necesidades del mundo actual y a la diversidad religiosa del país.

Como se mencionó antes, el manejo y trato diferenciado del cadáver en las religiones es algo importante para estudiar el vínculo entre muerte y religión. Vivianne Tesone Milhem, en la ponencia “Quien parte y quienes se quedan, Ritos Funerarios y de Duelo Judíos en Bogotá” (2008), muestra algunas características principales del rito fúnebre judío que permiten analizar acercamientos y divergencias entre la religión católica y la judía. Tesone afirma que para el caso judío:

Las prácticas fúnebres y de duelo están enfocadas no sólo a exaltar y elevar el alma del difunto sino también a ayudar a los deudos en el proceso de separación de una persona querida. Los ritos de duelo por lo tanto no tienen su única base en la muerte sino también en la vida y la continuación de esta después de la tragedia de la muerte de un ser querido (Tesone, 2008: 1).

Este fragmento permite entender cómo estas dos religiones, a pesar de tener doctrinas diferentes, ante la muerte de una persona tienen cosas en común. Tanto el catolicismo como el judaísmo no sólo se enfocan en el muerto y su cuerpo yacente, sino que para estas religiones es importante apoyar a los dolientes a través de diferentes procesos o rituales de duelo (esto se profundiza en el capítulo III). Ambas buscan fortalecer los vínculos de solidaridad y apoyo que se tejen en eventos como la muerte.

Sin embargo, y es aquí donde se distancian, la comunidad judía posee un grupo de voluntarios comunitarios denominado “Jevrá Kadishá”², quienes regularmente se encargan de realizar los ritos fúnebres. Como afirma Tesone (2008), para el caso judío, cuando una persona fallece los familiares encienden una vela apenas muere el individuo, recordando de esta manera que el cuerpo difunto ya no tiene alma. Adicionalmente, está la idea de que nunca se debe dejar solo el cadáver, función que normalmente cumplen los familiares y en ocasiones los miembros de la Jevrá Kadishá, para que el difunto no tramite solo este “viaje” al otro mundo. Es cierto, en el catolicismo se acompaña al difunto la mayoría del tiempo: en el velorio y en el funeral. Empero, hay un lugar donde los deudos católicos no logran estar: el laboratorio de tanatopraxia. A diferencia de los católicos, según Antonio, los dolientes judíos piden permisos especiales y se vacunan para poder entrar al laboratorio de tanatopraxia, para guiar el viaje del difunto en todo momento.

Otro aspecto importante para entender el manejo del cadáver en la religión judía, es el momento en que el fallecido llega a la casa, templo o funeraria. Cuando esto ocurre, lo primero que se debe hacer, siguiendo a Tesone (2008), es colocar el cadáver en el piso para que se encuentre cerca de la tierra, cerrar sus ojos y boca, y posteriormente cubrirlo con una sábana. Luego de ponerle la sábana, el muerto no debe ser descubierto en público, ya que se considera irrespetuoso mostrar el cadáver, pues los judíos exaltan la vida y no tanto la muerte. Se anhela conservar la imagen o el recuerdo de la persona en vida y no tanto estando muerto. El cuerpo exhibido en público se concibe como algo “tabú” o privado.

² La Jevrá Kadishá, según Tesone (2008), es un grupo de personas (normalmente jóvenes) que se encargan de acompañar a los difuntos en los diferentes procesos o ritos fúnebres.

Tesone (2008) expone que uno de los pasos clave que sigue la Jevrá Kadishá es la limpieza profunda del cadáver mientras recitan oraciones. El catolicismo también busca ese estado de limpieza total en el cuerpo muerto. Sin embargo, y aquí radica la diferencia, en el judaísmo participan los miembros de la Jevrá. Hay un trabajo mancomunado entre dolientes y tanatólogo, quien permite el acceso de estos jóvenes si han cumplido un protocolo determinado para su ingreso en el laboratorio de tanatopraxia.

Quise saber un poco más de los planes funerarios y le pedí a Alejandra que profundizara. La respuesta no fue la que esperaba, ya que de manera muy breve me dijo que el costo de todos estos planes se arreglaban con la cooperativa Servivir, que los costos es algo que ella no maneja. A pesar de esta respuesta, decidí insistir y le pedí que con la información que había escuchado me hiciera un aproximado del valor que podría costar un plan “sencillo”. A esta petición ella me respondió que un plan básico que consta de la recogida del cuerpo en el hospital, morgue o donde se encontrara, el traslado hacia la funeraria, el arreglo del cuerpo, la velación y el posterior entierro o cremación, costaría aproximadamente entre tres y cinco millones de pesos.

No obstante, estos precios pueden variar dependiendo del tipo de sala de velación, ya que hay salas sencillas y presidenciales, que son de mayor tamaño. De igual manera, los costos pueden cambiar de acuerdo con las peticiones que se le hacen a la funeraria. También señaló la posibilidad de la: velación virtual, en la que se implementa un sistema de cámaras que les permite a personas que se encuentran lejos o a personas que no pueden acudir al velorio, poder ver a través de un computador o dispositivo electrónico la velación en tiempo real. Alejandra mencionó que ese acompañamiento de los familiares, aunque no sea presencial, es de vital importancia para el duelo, ya que se siente la unión y el fortalecimiento de los vínculos familiares en el último adiós al ser querido. También existe la posibilidad de enviar obituarios, condolencias y mensajes alentadores a los allegados al difunto de manera virtual.

Ello me llevó a reflexionar acerca de cómo en la actualidad se hace duelo con la llegada de los avances tecnológicos. Como dijo Alejandra, ya no es necesaria la presencia material de las personas en los velorios como antes. Ahora, vía internet y por medios digitales se puede asistir al velorio. Como afirma Escobar en “Bienvenidos a Cyberia” (2005), el cuerpo en la sociedad moderna comienza a repensarse y a replantearse con los vínculos que emergen de la dualidad tecnología-humano. Las distancias se acortan y ya no hay una obligación de estar corporalmente en un lugar para hacer evidente nuestra presencia.

Los procesos de migración y los flujos de personas trajeron como consecuencia el distanciamiento de individuos con diferentes vínculos sociales. Las familias y sus integrantes se esparcen por diferentes territorios, haciendo necesaria la búsqueda de métodos y herramientas para la comunicación entre las diferentes partes. Los avances en el campo de la comunicación, como por ejemplo los mensajes de texto, los mensajes de voz, las video-llamadas, entre otros, han logrado el acortamiento de distancias y la reducción en los tiempos de comunicación entre personas lejanas. La cibercultura, siguiendo a Escobar (2005), se comienza a palpar en el día a día y en cómo los individuos viven su cotidianidad. “La información computarizada y las biotecnologías están produciendo una transformación fundamental en la estructura y en el significado de la cultura y de la sociedad moderna” (Escobar, 2005). Esto se puede apreciar en lo mencionado por Alejandra, ya que este servicio de velación virtual evidencia cómo la llegada de los avances en el campo de la tecnología y de las comunicaciones penetran en la muerte y los rituales funerarios. Ahora no es impedimento las largas distancias entre familiares o amigos para el acompañamiento en el proceso de duelo a los deudos. Hoy en día, siguiendo a Hernández et al. (2014), estamos viviendo en una sociedad digital, pero no sólo por el uso de objetos como los computadores o aparatos tecnológicos, sino que vivimos en la sociedad de la información mediada por el uso de las tecnologías de la información y comunicación. Se da una digitalización de la vida tanto individual como

colectiva, las relaciones interpersonales y sociales ya no solo son presenciales sino que se tejen por medio de redes sociales en comunidades virtuales.

Cuando llegamos a este punto de la conversación, vi que había llegado la hora. La narración de Alejandra me dio luz verde para poder preguntar acerca del tema en el que deseaba profundizar: el arreglo de los muertos. Le pedí que me hablara de esta cuestión. Me explicó que la funeraria Fraternidad es una de las pocas en Cali que tiene un laboratorio avalado y certificado legalmente por las Secretarías de salud y las Corporaciones Autónomas Regionales para la preservación de cadáveres. Enfatizó en que al laboratorio de tanatopraxia que ellos tienen les llegan cadáveres de otras funerarias, ya que carecen de instalaciones para la preservación de cuerpos y, por ende, remiten estos cuerpos a Fraternidad para que el tanatólogo, con un costo determinado, los preserve y los envíe de vuelta a su respectivo punto de origen. Fue en ese momento que mencionó el laboratorio de tanatopraxia y el tanatólogo. Le pregunté si era posible hablar con el tanatólogo.

Al lado derecho de la recepción hay una puerta polarizada en donde está claramente escrito “Sólo personal autorizado”. Fue ahí que, de un momento a otro, divisé la silueta de una persona. Segundos apareció un hombre de tez blanca. Llevaba un uniforme negro, en cuyo bolsillo se leía la palabra “Tanatólogo”. Llevaba unas gafas con un marco negro y unos crocs que le permiten lidiar con el trajín diario. A simple vista, sin saber previamente quién era o qué hacía, muy bien podría hacerse pasar por un médico. Su indumentaria se asemejaba a la de los doctores, su distintivo era la pequeña palabra bordada en el bolsillo izquierdo de su chaleco. Conforme se acercaba a nosotros este particular personaje, logré percibir un olor que cada vez se hacía más fuerte. A cada paso que daba el señor de traje oscuro el olor se intensificaba. No sé si era el único que lo percibía, ya que Alejandra ni se inmutaba, era como si nada hubiera cambiado, como si nada estuviera pasando.

Finalmente el hombre estaba frente a nosotros. Mientras me miraba fijamente comenzó a servirse un poco de café en un pequeño vaso de cartón que había en la mesa. Alejandra decidió dejarnos solos

para que pudiéramos hablar, mientras ella se iba a hacer otras diligencias pendientes. Aquel olor que había percibido era aún más intenso, estaba frente a mí, me hacía lagrimear los ojos y me destapó las fosas nasales casi que de inmediato. Me presenté y le expresé mi profunda admiración a Antonio. Le dije que su labor era algo que muchos desconocen, pero que es de gran importancia para la sociedad, ya que lo que él hace facilita el duelo.

Con gratitud y una sonrisa me dijo que lo perdonara. Le pregunté la razón. En modo de chiste me dijo que si no había notado un fuerte olor. Asentí con la cabeza y mencionó que había acabado de preservar un cadáver, y por esta razón tenía impregnado ese olor tan intenso a formol. El formaldehído, como se nombra científicamente, es la poción mágica de los tanatólogos, pues les permite a estos profesionales de la muerte poder evitar lo que a toda costa evaden: la descomposición del cuerpo. Aquel líquido sagrado, como lo llama Antonio, es la piedra angular del proceso de preservación de los cuerpos. Es el compuesto químico que les permite presentar el cadáver en el velorio y en el entierro sin que olores fétidos y moscas circunden al difunto. Sin embargo, y esto lo recalcó con vehemencia, el formol es un producto químico contraindicado, puesto que tiene altas probabilidades de causar cáncer a la persona que se expone a su vapor. Es un arma de doble filo. Por un lado, es uno de los mejores aliados de los tanatólogos para poder llevar a cabo el proceso de preservación pero, por el otro, es un enemigo latente que probablemente después de muchos años de manipularlo los llevará al ataúd. El formol es una solución química cuya función principal es impedir el crecimiento de microorganismos en los tejidos del cuerpo y evitar la bioquímica de la autodestrucción o descomposición (Rojo 2008). No obstante, el vapor de formaldehído (según las normas OSHA³) es una de las principales causas de leucemia y representa un riesgo laboral para las personas que lo manipulan.

³ Las normas OSHAS 18001 establecen los requisitos mínimos de las mejores prácticas en gestión de Seguridad y Salud en el trabajo, destinado principalmente para que una organización controle sus riesgos y mejore su desempeño. Tomado de: <https://www.bsigroup.com/es-ES/Seguridad-y-Salud-en-el-Trabajo-OHSAS-18001/>

DEL VOLANTE AL LABORATORIO, LOS INICIOS DE ANTONIO EN EL MUNDO DE LA TANATOPRAXIA

Le pregunté a Antonio cómo había llegado al oficio de preservar muertos. Con entusiasmo, debido a que no muchas personas se interesan por su labor, me contó su historia de vida, el relato acerca de cómo llegó a convertirse en tanatólogo. Fue accidental, dijo entre risas, ya que había empezado como motorista en una funeraria, y para ese entonces, hace veinticinco años exactamente, le tocaba transportar y arreglar cadáveres por encima. Es así que comenzó de manera empírica; los conocimientos los fue adquiriendo poco a poco a través de la persona que arreglaba los fallecidos en esa funeraria, y también de manera autónoma a través de ensayo y error. Fue mejorando cada vez más las técnicas de preservar, y vieron que su trabajo era tan bueno que lo dejaron sólo como tanatólogo.

El gusto por la muerte, afirma Antonio, y por los rituales funerarios de diferentes pueblos fue uno de los motores que lo llevó a sumergirse en este mundo. Desde que era joven le habían atraído este tipo de cosas, y hasta hoy en día, a sus cuarenta y tres años de edad, lo desvela la manera como diferentes sociedades tratan a sus muertos. Por ejemplo, mencionó el caso de los egipcios, pioneros en el embalsamamiento. El ser humano desde siempre ha buscado la manera de evitar la descomposición orgánica de los fallecidos. Fueron los egipcios quienes a través de técnicas como la momificación pudieron retardar este proceso biológico. En primera instancia, comenta Antonio, se llevaba a cabo un proceso de evisceración que consiste en sacarles las vísceras o entrañas a los muertos. Posteriormente, estas vísceras se maceraban en salmuera, que es un tipo de preparación que consta de agua y sal. Así mismo, dijo que era menester resaltar que estas técnicas y prácticas de embalsamar los cuerpos se realizaban con una finalidad mágico-religiosa, ya que había la creencia en la reencarnación y en un viaje “al más allá”. Y que estas creencias no eran algo de miles de años atrás, sino que hoy en día también muchas familias tenían la creencia de que sus muertos pasarían a una mejor vida, al cielo o a algún lugar distante fuera de nuestro alcance.

Prosiguió con su relato acerca de la historia de la tanatopraxia y del arte de embalsamar. Me contó que luego de pasar por el oscurantismo medieval que veía el cuerpo como algo sagrado que no podía tocarse y exponerse al público, y que practicaba técnicas rudimentarias como la evisceración y el drenaje arterioso, se llegó a un periodo moderno que comprende más o menos desde 1900 hasta la actualidad. En estos años las técnicas de preservación o embalsamamiento se difundieron por diferentes partes del mundo hasta arribar a un lugar que marcaría una ruptura en la historia de la preservación: Estados Unidos. Fue en territorio estadounidense que, en manos del doctor Thomas Holmes, se dieron los avances más relevantes en el proceso del embalsamamiento, ya que ahora el cuerpo no era visto como algo prohibido, sino que su exposición al público con objetivos médicos era algo permitido. Se mejoraron las técnicas de preservación, pasando de la evisceración a la inyección de soluciones conservantes al sistema vascular, lo que asegura la conservación del cuerpo ya no de manera eterna sino temporal. Antonio también mencionó que en sus inicios la tanatopraxia se promovió principalmente en el campo militar, ya que había una necesidad de los gobiernos por repatriar los cuerpos de los caídos en combate y se requerían técnicas que evitaran la descomposición de los cadáveres durante los largos traslados, lo que llevó a avances significativos como el uso de compuestos químicos como el formaldehído.

El manejo del cadáver ha sido abordado por Michael Foucault, en dos conferencias radiofónicas emitidas por el 7 y 21 de diciembre de 1966 en Radio France-Culture. Foucault (1996) se refiere al papel de los cementerios en las sociedades occidentales. Afirma que para el siglo XVIII el cementerio se encontraba situado en el corazón de la ciudad, contiguo a la iglesia, y no se le atribuía ningún carácter solemne. “Salvo en el caso de algunos individuos, el destino común de los cadáveres era simplemente ser arrojados a la fosa sin ningún respeto por los restos individuales.” (Foucault, 1996: 5).

No obstante, el trato a los cadáveres cambia con el paso del tiempo. Siguiendo a Foucault:

De una manera muy curiosa, en el momento mismo en el que nuestra civilización se volvió atea, o al menos más atea, es decir a finales del siglo dieciocho, nos pusimos a individualizar el esqueleto: desde entonces cada quien tuvo derecho a su cajita y a su pequeña descomposición personal (Foucault, 1996: 5).

Esto permite analizar cómo el cuerpo muerto en la sociedad occidental comenzó a tener mayor importancia. El respeto hacia los restos de las personas empezó a tener relevancia, evidenciando una transformación en la dinámica de las relaciones que pasan de un vínculo impersonal con el cadáver a una conexión más cercana con los difuntos.

Por otro lado, Foucault toca el tema de la higiene. Los esqueletos, los ataúdes, los féretros, las tumbas y los elementos relacionados con los muertos se trasladaron fuera de la ciudad, al límite de las urbes, ya que se comenzó a concebir como objetos/lugares de infección y contagio. Sin embargo, es menester resaltar que lo anterior sucedió solo hasta el siglo XIX, cuando Napoleón III lleva los grandes cementerios parisinos a los límites de la ciudad (Foucault, 1996) debido a la preocupación por el contagio y la infección a consecuencia del contacto con cadáveres o cualquier elemento relacionado a estos. Surge una consciencia acerca de las posibles enfermedades que se podían contraer al estar expuesto a estos cuerpos en estado de descomposición, a las bacterias e infecciones.

Siguiendo esta línea de ideas, lo mencionado por Milton acerca del manejo del cadáver para su embalsamamiento en Estados Unidos, donde los cuerpos muertos ya podían ser abiertos e intervenidos con fines científicos, parece seguir el proceso descrito por Foucault en “El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica” (1966). Allí muestra cómo para inicios del siglo XVIII la anatomía patológica estaba en la penumbra, en los límites de lo prohibido y en la clandestinidad donde los curiosos no pudieran ser juzgados ante los ojos de la Iglesia. Quienes tenían interés por la anatomía humana robaban cadáveres, y con escalpelo en mano abrían las entrañas del fallecido.

Posteriormente, durante el Siglo de las Luces:

La muerte tuvo el derecho a la claridad y se convirtió para el espíritu filosófico en objeto y fuente de saber: “Cuando la filosofía introdujo su antorcha en medio de los pueblos civilizados, se permitió al fin llevar una mirada estructuradora a los restos inanimados del cuerpo humano, y estos despojos, antes miserable presa de los gusanos, se convirtieron en la fuente fecunda de las verdades más útiles (Foucault, 1966: 178).

Lo expuesto por Foucault permite esbozar una genealogía de la relación con el cadáver en Occidente. A inicios del siglo XVII aún se palpaban los rezagos del dominio eclesiástico, ya que el cadáver era visto como algo prohibido que debía estar oculto y ser enterrado lo más pronto posible. Con el transcurso de los años, a mediados del mismo siglo, la fe en el progreso intelectual y en los descubrimientos científicos promovió un cambio en las concepciones sobre el cadáver. Este, que antes era objeto restringido, para la Ilustración se convierte en objeto de estudio y en fuente inagotable de información.

Sin embargo, este cambio no sólo se presenció en el campo de la medicina. La transformación en la concepción del cadáver de tabú a objeto de estudio científico también penetró en la esfera de la preservación y embalsamamiento. Los avances en este campo se habían estancado por la misma razón que el progreso en el sector médico, obstruyendo el descubrimiento y mejora de procedimientos para evitar la descomposición de los cuerpos sin vida. Los embalsamadores, al poder poner en práctica sus conocimientos, sin ocultar su labor del ojo castigador de la Iglesia, pudieron encontrar nuevas herramientas, métodos y mejorar la praxis para que el miedo latente al contagio no se expandiera.

¿Dónde había adquirido estos conocimientos? ¿Alguien se los había enseñado o los había aprendido por su propia cuenta? Eran dudas que me comenzaron a surgir conforme transcurría la conversación. Le pregunté dónde había estudiado para ser tanatólogo, o si simplemente se había quedado con los conocimientos que había adquirido empíricamente. Señaló que no es posible ejercer a plenitud su profesión si no es con algo de estudios y certificaciones legales. Para mejorar las técnicas de preservación, Antonio tomó diplomados y cursos en diferentes partes del país. Uno fue en Pereira (no mencionó la institución), y el otro en Bogotá, específicamente en el SENA. Este curso otorga un certificado como técnico en tanatopraxia, que en los últimos años se ha convertido en un requisito obligatorio para ejercer la profesión, ya que entidades como el Ministerio de Salud regula y vigilan las instalaciones de las funerarias⁴.

⁴ Es pertinente resaltar que no todos los tanatólogos se encuentran certificados, pero que se encuentran haciendo el proceso para estarlo.

La gran ventaja de haber trabajado en Fraternidad es que le financió los cursos o diplomados que necesitaba para su formación como tanatólogo. Es un vínculo de reciprocidad entre funeraria y tanatólogo. La entidad le brinda los estudios y herramientas necesarias para que mejore su formación como profesional en tanatopraxia y, a cambio de este apoyo, él les retribuye haciendo un excelente trabajo. Los certificados del SENA a los tanatólogos son obligatorios. Según Antonio, la funeraria Fraternidad le pagó el curso por dos razones: a) la primera por el carácter obligatorio de estos certificados para desempeñar su labor y b) como muestra de gratitud por parte de los directivos por el buen trabajo que ha desempeñado durante muchos años. Esta funeraria cuenta con un tanatólogo y un asistente, quienes desde 2008 (un año después de que el SENA comenzara a ofrecer el curso) se capacitaron para satisfacer estas exigencias estatales. Como afirma Antonio, “La reputación tanto de la funeraria como de los tanatólogos depende en gran medida por la calidad del trabajo que se evidencia en el arreglo y presentación de los muertos. Si usted hace un trabajo chambón y malo, los clientes van a quedar insatisfechos y no van a dar buenas referencias” (entrevista Antonio, 12 de agosto de 2017).

DEL TERROR AL AMOR HAY UN SOLO PASO: EL CASO DE CARMEN, OTRA PROFESIONAL EN TANATOPRAXIA

El 15 de septiembre de 2017, a eso de las 10:00 a.m., llegué a las instalaciones de la funeraria Los Olivos. Una edificación de color blanco, en cuya entrada principal se ven unas letras doradas: “Templo Los Olivos” (ver imagen 3). Tal como sucedía con la funeraria Fraternidad, una vez más el color blanco es el que predominaba, probablemente por la misma razón que me dio Alejandra: dar un ambiente de paz y tranquilidad. Ya decidido a lo que iba a hacer, subí las escaleras. Sin embargo, sentía el mismo cosquilleo, el mismo nerviosismo de la vez pasada, ya que no tenía cita previa o siquiera algún contacto en este

lugar. Habiendo subido la pequeña escalera, busqué a alguien que pudiera ponerme en contacto con el tanatólogo de la funeraria. Me dirigí a mano derecha, donde se encuentra un pequeño salón con grandes vidrios que permiten ver el interior. Es como una sala de reuniones, ocupada por cuatro personas, una mujer y tres hombres. Pregunté dónde se encontraba el tanatólogo del lugar, y me indicaron que fuera a la puerta de al frente. Que preguntara por Carmen.

Entré dónde me habían indicado y pregunté por Carmen como me habían indicado. A lo que una voz en el fondo me responde: “Sí mijo, espérela ahí. Es el primer escritorio, ella salió un momentico al baño y ya vuelve”. Le di las gracias y me senté. Pasaron más o menos cinco minutos y la puerta con el detestable chirrido se volvió a abrir. En frente de mis ojos se materializó la figura de una mujer de complexión robusta, una tez de color café claro, cejas arqueadas y delineadas perfectamente, y una mirada que se posó sobre mí. Sus ojos me miraban fijamente, y su mirada reflejaba una duda: ¿Qué hace este joven sentado aquí? Sin darle tiempo a más dudas, me presenté. Le conté quién era, de dónde venía y qué era lo que estaba haciendo ahí.

“Es que mira, yo soy estudiante de último semestre de antropología y estoy haciendo mi tesis sobre la labor de los tanatólogos y me gustaría saber si puedo hablar con el tanatólogo de aquí. Inmediatamente procedió a sentarse en su silla, en donde se encontraba un chaleco azul que la identificaba como funcionaria de los Olivos. En su chaleco estaba bordado su cargo, pero estaba ubicado de tal manera que no podría verlo con claridad. Fue así, cuando luego de haberse sentado y tomar una posición con los dedos entrecruzados sobre la mesa, se dispuso a darme una noticia: “Sí cuénteme, yo soy la persona que dirige a los tanatólogos aquí en la funeraria. Yo soy la jefa de los tanatólogos” (entrevista Carmen, 15 de septiembre de 2017). Estaba sorprendido; era la primera tanatóloga con la que me cruzaba; todos los profesionales en tanatopraxia con que había hablado o de los que había oído hablar eran hombres. Pero fue una noticia que me sorprendió gratamente, ya que de esta manera podría tener la perspectiva femenina de un trabajo que personas como mis entrevistados creían netamente masculino.

Por ejemplo, a varios de los sujetos, no tanatólogos, con los que pude hablar les pregunté si realmente sabían quién era la persona que arreglaba y maquillaba los difuntos para el velorio y el entierro. Diversas opiniones, como la de María, se ceñían a la idea y al imaginario de que era un hombre de complexión robusta, capaz de mover los cadáveres, quien arreglaba los muertos. María, una mujer de cuarenta y tres años de edad, que sufrió la muerte de un tío, me dio a entender que esa profesión era de hombres, ya que es una labor que implica contacto directo con los cadáveres. A los tanatólogos les pueden llegar casos escalofriantes que muy probablemente una mujer no aguantaría, según María. En cambio un hombre tendría un carácter más fuerte para poder afrontar estas fuertes experiencias.

Retomando el relato, le dije a Carmen que para mí era un placer poder hablar con ella y le comenté acerca de mi trabajo y de lo que estaba haciendo para el trabajo de grado. Primero fue una mirada de confusión la que me lanzó, pero ya con la segunda explicación logró entender mejor lo que le estaba comentando. “Me gustaría conocer un poco acerca de cómo llegaste a esta profesión, ¿cuál fue la razón por la que escogiste ejercer esta labor?”, le pregunté a Carmen. A lo que ella levanta la mirada y tratando de evocar su pasado me dice que todo empezó en Santander de Quilichao, en donde tenía una tienda en la que vendía diferentes productos. Sin embargo, afirmó que sostener esa tienda había hecho que su salud se estuviera deteriorando poco a poco y que, por esta razón, el médico le había dicho que necesitaba dejar la tienda y tomar un descanso o, en su defecto, dedicarse a otra cosa. Fue buscando trabajo por todo lado, pero en Santander no pudo encontrar algo que la llenara.

Ya sin alternativas en Santander, tomó la decisión de ir a Popayán. Fue en territorio payanés donde Carmen vio un aviso en el periódico que buscaba personas para trabajar en una funeraria. En este fragmento del relato Carmen, con una sonrisa en su rostro y en tono burlesco, me dice: “Y esta vaina es lo más chistoso de todo, porque yo le tenía en su momento pavor, terror a los ataúdes. Y justamente me consigo un trabajo en donde me tocaba estar casi todo el tiempo en contacto con estas cosas” (entrevista Carmen, 15 de septiembre de 2017). El trabajo consistía, prosiguió Carmen, en venderles a las personas

paquetes funerarios. Le tocaba ir de puerta en puerta, promocionando los servicios que ofrecía la funeraria⁵. Estos paquetes constaban principalmente del transporte del difunto, el arreglo del cadáver y el arreglo del lugar donde se iba a velar, ya que para esos tiempos (entre los años 90 y 2000) regularmente las personas se velaban en las casas. Actividad practicada tanto en el campo como en la ciudad, pero que gradualmente, según Bedoya (Sf.), comenzó a desaparecer debido a las regulaciones legislativas que se impusieron desde entidades gubernamentales como el Ministerio de Protección Social. El artículo 516 de la ley 09 de 1979 le asigna la competencia al Ministerio de Salud hoy de la Protección social para expedir las normas y procedimientos para controlar en los cementerios y funerarias cualquier riesgo de carácter sanitario para la salud o el bienestar de la comunidad. (Ley 09, 1979).

Debido a que era ella quien arreglaba y tenía que dejar todo listo para el velorio, también en ocasiones le tocaba colaborarle a la persona que arreglaba al difunto. Es desde ese entonces que Carmen comenzó a tener sus primeros acercamientos al arreglo de los muertos. Ella veía desde lejos lo que los embalsamadores hacían y, de vez en cuando, les ayudaba con lo que necesitaran. Si requerían de un trapo limpio, ella se los pasaba. Si necesitaban algodón o papel higiénico, ella salía corriendo a traérselos. Con pequeñas tareas comenzó a sumergirse en el campo de la tanatopraxia. Sin embargo, había algo que no le agradaba, había una parte del asunto que la incomodaba:

Entonces yo veía cómo arreglaban los difuntos. Y las personas que realizaban esta labor lo hacían muchas veces de manera muy rústica y brusca. Trataban muy mal el cadáver de la persona. Entonces eso a mí me dolía, porque las personas a quienes yo les vendía los paquetes funerarios depositaban su confianza en mí y la mayoría se hacían amigos míos. Entonces yo quería que todo fuera perfecto y que todo se hiciera de la mejor manera posible (entrevista Carmen, 15 de septiembre de 2017).

Ella, con gran preocupación en su rostro, me dijo que le había comentado esta situación al dueño de la funeraria, pero que él no le había dado gran importancia. Fue en ese momento que ella tomó la

⁵ Carmen menciona que no recuerda el nombre de la funeraria.

decisión de renunciar a su trabajo y montar su propia funeraria⁶. Era una decisión que no tenía reversa, ya que consideraba que la labor que hacía en su antiguo trabajo era de calidad y podía seguir su propio camino. Decidió pedirle algunos consejos a su anterior jefe, pero se encontró con el ofrecimiento de que se afiliara o se asociara a la funeraria. Su respuesta fue que no; ella estaba decidida a montar su propia funeraria y poder ofrecerle al público un servicio de calidad, en el que se tratara con dignidad y respeto a los difuntos.

A pesar de tener la iniciativa y la motivación, Carmen recalca que para no cometer los mismos errores de sus antiguos colegas necesitaba perfeccionar las técnicas y ampliar sus conocimientos en el campo de la preservación de cadáveres. Deseaba que el producto final de su trabajo rayara casi la perfección, y poder presentarles a los dolientes un trabajo de calidad, para que de esta manera las familias quedaran satisfechas. Que aquella confianza y esos lazos de amistad que se habían forjado anteriormente, se vieran reflejados en el cuerpo de su fallecido. Tal como afirma Carmen en reiteradas ocasiones: “Ver la cara de satisfacción y de alegría en un momento tan oscuro, tan triste en la vida de estas personas lo es todo para mí. No todo es dinero, poder aportar mi granito de arena en el proceso de duelo de las personas para mí es de gran importancia” (entrevista Carmen, 15 de septiembre de 2017). Incluso en una parte de la conversación emergió el concepto de “regalo”, ya que para Carmen el cuerpo preservado y maquillado era el mejor regalo que podía brindarle a los deudos en esa etapa tan difícil.

El concepto de regalo presentado por Carmen es otro punto que puede ser analizado bajo la lupa de la antropología y los estudios sociales del dinero. Marcel Mauss propone el concepto de “fenómeno social total”⁷ (1971), el cual puede trasladarse al caso del arreglo de cadáveres, ya que en el trasfondo de

⁶ Carmen no menciona el nombre de la funeraria.

⁷ Mauss en su texto “Ensayo sobre los dones, Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas” (1971) define los fenómenos del régimen del derecho contractual y del sistema de prestaciones económicas entre los subgrupos de sociedades llamadas primitivas o arcaicas como fenómenos sociales totales, que son fenómenos que expresan a la vez y de golpe todo tipo de instituciones: las religiosas, jurídicas, morales- en éstas tanto las políticas como las familiares- y económicas” (Mauss, 1971:157).

esta actividad no sólo se da el embellecimiento del difunto, sino que hay factores religiosos, jurídicos, morales, políticos, entre otros, que deben ser tenidos en cuenta.

Como dijo Carmen renglones atrás, para ella el arreglo y preservación de cadáveres va más allá de un trabajo que se hace para ganar dinero. Según ella, la función de un tanatólogo va en beneficio de la reconstrucción del tejido social y de las relaciones entre individuos. El difunto que llega a su laboratorio y que es arreglado se convierte en un obsequio para los familiares o dolientes. Es cierto que el dinero es un mediador entre las partes, empero, considero que hay elementos que trascienden la barrera del mero intercambio monetario. Preservar un cadáver es todo un arte, como afirman Milton y Antonio. La reputación del tanatólogo y de la funeraria depende del producto final, de la perfección con que se diseccionó el cuerpo, de la delicadeza y sutilidad del maquillaje, y de la calidad del trabajo evidenciado en la supresión de los vestigios de la muerte.

De igual manera, como expresa Carmen, hay un tipo de obligación moral que se establece en la relación tanatólogo-dolientes. Ayudar en el proceso de duelo y reducir el impacto emocional por medio de un cuerpo bien presentado es algo que considera como esencial. Siguiendo a Zelizer (1997), no todos los intercambios son de carácter mercantil; muchos están penetrados por las nociones de reciprocidad, obligatoriedad y solidaridad. En el intercambio entre tanatólogo y dolientes, a mi parecer, se evidencian varias de estas nociones. El trabajo del tanatólogo en su laboratorio está motivado en gran parte, según los profesionales entrevistados, por un espíritu de solidaridad y apoyo a los deudos. Se pretende alivianar la carga emocional y evitar un trauma entre los dolientes como consecuencia de un cuerpo mal arreglado.⁸ El aspecto de obligatoriedad también se evidencia en el testimonio de Carmen, quien se siente en la obligación de arreglar los cuerpos de la mejor manera posible.

⁸ Este concepto del cuerpo mal arreglado será tratado más adelante. Sin embargo, grosso modo, siguiendo el relato de los tanatólogos entrevistados, un cuerpo está mal arreglado cuando no hay simetría en el rostro del difunto, cuando hay huellas de la muerte como cicatrices o livideces, y cuando el cuerpo toma posiciones inadecuadas (rostro o tórax).

El cadáver, luego de pasar por el laboratorio de tanatopraxia, va cargado emocionalmente y pasa de ser visto como un objeto o producto, como diría Morales (2003), que es concebido en la mesa de disección de Medicina Legal o en los anfiteatros, a estar cargado de sentimientos que le imprime el tanatólogo, y así transformarse en un obsequio que le ayudará a los deudos en un proceso tan doloroso como lo es la pérdida de un ser querido.

Para poder darles ese obsequio a los deudos, Carmen averiguó dónde podía aprender más sobre la tanatopraxia y mejorar el proceso de preservación de cadáveres. Así descubrió que Medicina Legal ofrece un diplomado de tanatopraxia y disección, que se dicta desde 2000 en la ciudad de Bogotá. Ese era ahora su sueño, su meta. Tenía que cumplir ese objetivo para poder seguir con el proyecto que se había trazado. Pero había un problema, un obstáculo que no la dejaba continuar con libertad. El costo de este diplomado era muy elevado y ella no tenía como pagar. No recordaba muy bien el precio, pero dio una cifra que se aproximaba a los dos millones de pesos, cifra no muy lejana del precio actual que es dos millones setecientos. Con el dinero que se ganaba en su nuevo trabajo no era suficiente. Además de que muchos clientes de la funeraria anterior le debían dinero. Estaba de brazos cruzados.

Una luz de esperanza en la penumbra

Su relato prosiguió. Mientras evocaba con tristeza aquel recuerdo de no haber podido hacer nada para lograr acceder a ese diplomado, recordó que una muy buena amiga suya le había ayudado. Era una señora de edad que vivía no muy lejos de ella y que tenía bastante dinero. Pasó el tiempo y Carmen siguió trabajando con esmero para ver si algún día podía recolectar el dinero necesario para tomar el diplomado de Medicina Legal. Un día cualquiera su amiga la invitó a su casa. Mientras le servía un poco de café le iba preguntando cómo iba el trabajo. Carmen le respondió que bien, que ahí iba, con esa tristeza de no

poder alcanzar esa meta. De un momento a otro, sin saber si escuchó bien, Carmen quedó confusa y atónita. De la boca de su amiga habían salido las palabras: “¿Y ya arregló la maleta Carmencita?”. Unos segundos de pausa y le respondió: “¿De qué maleta me está hablando comadre?”. “Pues la que tiene que alistar para irse a quedar a Bogotá, a hacer ese curso en Medicina Legal que tanto quería”, respondió su amiga. Las lágrimas de Carmen no demoraron en deslizarse por su mejilla, no cabía de la emoción.

“Esa mujer en ese momento era un ángel para mí. Me pagó el diplomado, la estaba en Bogotá y todo lo que necesitaba. No sabía cómo agradecerle” (entrevista Carmen, 15 de septiembre de 2017). Al finalizar el diplomado le llegan rumores de que había una gran empresa funeraria que había escuchado de su excelente trabajo, y la forma tan pulcra en que preservaba los cadáveres. Días después suena su teléfono, era una llamada proveniente de Cali, de la funeraria los Olivos. Le estaban ofreciendo trabajo en una de las mejores funerarias del país, ella no podía creerlo. Mencionó que esta experiencia de haber trabajado con los Olivos y con los diferentes tanatólogos que se encontraban ahí, había sido lo mejor. Y su trabajo había sido tan bueno que la ascendieron. Actualmente es la persona que coordina y dirige los tanatólogos de la funeraria los Olivos en la ciudad de Cali. Había alcanzado su primer sueño, poder tomar el diplomado de Medicina Legal y la realidad había sobrepasado sus expectativas, ya que hoy en día es la jefa de tanatopraxia en una funeraria de prestigio.

ALGUNOS RECUERDOS SOBRE LA TANATOPRAXIA EN COLOMBIA

¿Y recuerda algo sobre la historia de la tanatopraxia aquí en Colombia? ¿Sobre su desarrollo histórico en nuestro territorio? ¿Cómo llegaron a Colombia estas técnicas de preservación? Fueron algunos de los interrogantes que le hice. Tratando de evocar algunos recuerdos que con su mirada daba a entender que no eran tan claros, Antonio me dijo que no sabía con seguridad cómo había llegado la tanatopraxia a Colombia. Sin embargo, sí tenía algo muy claro, que fueron los paisas los pioneros en las técnicas de preservación y en mejorarlas cada día. Fue en la Funeraria San Vicente de Medellín, fundada el 12 de octubre de 1971 por Luis Fernando Arango Madrid, donde se comenzó a promover mayor rigurosidad

en el arreglo y preservación de cadáveres. Mencionó que actualmente tiene uno de los mejores laboratorios de tanatopraxia y un personal altamente capacitado. Cuando hizo mención del personal, le pregunté si sabía en dónde estudiaban o se capacitaban las personas allá para ser tanatólogos. En el Tecnológico de Antioquia, dijo Antonio, que también es pionera en dar clases de tanatopraxia y tanatoestética en el país.

Para acabar con los pocos recuerdos que tenía sobre la historia de la tanatopraxia colombiana, afirmó que para finales de los noventa se comienza a regular la tanatopraxia. Anteriormente los velorios se hacían en las casas y muchos tanatólogos iban a las casas con sus instrumentos y arreglaban los cadáveres, la mayoría de veces de una manera muy brusca y rudimentaria, tratando incluso al muerto como una cosa más, algo sin valor e identidad. Fue por esto, para cambiar un poco estas técnicas tan rudimentarias, según tanatólogos como Antonio y Carmen, que para los noventa llegó el doctor Mario Lacape, embalsamador y tanatólogo guatemalteco que se especializa en el arte restaurativo. El doctor Lacape impartió varios diplomados y seminarios sobre tanatopraxia en Colombia, que le permitió a los tanatólogos del momento capacitarse. Uno de estos fue el curso de Tanatopraxia y Arte Restaurativo que dictó en 1994 para el personal de la Funeraria Los Olivos en la ciudad de Cali. Otro fue para el grupo de personeros de diferentes funerarias vinculadas a Alpar (Asociación latinoamericana de parques cementerios), en la ciudad de Medellín en 1994. Un año después, se dicta el mismo curso para el personal del Camposanto Metropolitano de Cali. En este mismo año, 1995, se dicta el curso para Los Olivos pero en esta ocasión en Bogotá. Dos años después, en 1997, se imparte este curso para las funerarias el Apogeo, Primero de Mayo y Jardines en Paz en Bogotá. Finalmente, para el mismo año, se dictan dos cursos: uno para la funeraria Alcázar en Cali y otro para la funeraria Jardines de Esperanza en la ciudad de Cúcuta⁹.

⁹ Esta información fue extraída de la página web del Grupo América exequial, que es una organización que ofrece servicios de enseñanza en el sector funerario como diplomados, cursos y conferencias. Tomado de: <https://americaexequial.com/miembros/lacape/>

Como información complementaria a lo dicho por Antonio, revisando materia bibliográfico acerca de la tanatopraxia en Colombia, pude encontrar que para el caso colombiano, como expone Bedoya ¹⁰(s.f.) en un documento del Ministerio de Protección Social, a raíz de las exigencias de entidades reguladoras del Estado (como las Secretarías de Salud, las Corporaciones Autónomas Regionales, entre otras) en materia de políticas ambientales y de sanidad, las empresas del sector funerario se vieron en la necesidad de capacitar a su personal, sobre todo a los tanatólogos que se encontraban directamente involucrados con el manejo de los cuerpos y de los residuos que se desprenden de los mismos. Es así como en Colombia instituciones como ALPAR, REMANSO y FENALCO comenzaron a dictar seminarios a inicios del siglo XXI, y a generar convenios con entidades educativas (como el Tecnológico de Antioquia principalmente). Paralelamente, entidades estatales como el SENA y el Tecnológico de Antioquia comenzaron capacitar personal en un sector que venía en auge.

En 2000 se llevó a cabo el Primer Diplomado en Tanatopraxia a cargo del Tecnológico de Antioquia y de REMANSO (corporación de funerarias) (Bedoya s.f.). Este diplomado sigue vigente y se continúa llevando a cabo gracias a Remanso¹¹ con la compañía del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses en la capital del país. Sin embargo, un año después, en 2001, se generó un cambio en la historia de las técnicas de embalsamamiento en el país cuando el Tecnológico de Antioquia dio inicio al programa Técnico Profesional en Tanatopraxia y Disección, el primero en todo el país. Su orientación es para bachilleres y en la actualidad es un programa académico de cuatro semestres, del cual se gradúan en promedio treinta alumnos aproximadamente cada dos años.

Finalmente, siguiendo a Bedoya (s.f.), para complementar y profundizar la formación que estaba brindando el Tecnológico de Antioquia, el SENA, en 2005, ofreció para la ciudad de Medellín un curso

¹⁰ David Bedoya Oquendo es el investigador principal que se encargó de la elaboración general del documento “Caracterización del sector funerario y la tanatopraxia en Colombia” (Sf.).

¹¹ Remanso es la corporación nacional e internacional de empresas de servicios funerarios. Esta corporación está constituida por una Asociación de Profesionales Funerarios que empieza en Colombia en 1997 con la finalidad de fortalecer el sector funerario.

de asistente en tanatopraxia y disección, con una duración de seis meses, dirigido principalmente a personal con experiencia laboral en técnicas de preservación y desinfección de cadáveres, con noveno grado de escolaridad aprobado y que estuviera vinculado laboralmente. Esta es la diferencia con el programa brindado por el Tecnológico de Antioquia, que no necesariamente exige experiencia laboral. Así pues, fue en 2007 cuando el mismo SENA lanzó al público el Programa Técnico en Tanatopraxia, que dura dieciocho meses en total; los únicos requisitos son haber terminado grado once, una edad mínima de dieciséis años, y superar la prueba de aptitud y conocimiento. La experiencia laboral ya no es un requisito. Es menester recordar que este programa creado por el SENA es tomado por muchos preparadores de las funerarias para cumplir con la certificación y los requerimientos legales impuestos por entidades estatales como la Secretaria de Salud, quien vela por la apropiada formación de los tanatólogos y de la correcta adecuación del laboratorio de tanatopraxia.

Tras haber recorrido esta primera etapa nos quedan varias reflexiones que considero necesario retomar. En primera instancia, podemos entender el arreglo del cadáver como un proceso que va más allá del simple hecho de embellecer el cuerpo de los difuntos. La preservación de estos cuerpos crea un tipo de vínculo específico con los deudos y con las personas encargadas de su arreglo (tanatólogos). De igual manera, esta relación que se crea entre las dos partes (vivos y muertos) está atravesada por otros factores que trascienden el campo netamente estético. Por ejemplo, la religión es un elemento que se puede palpar y evidenciar al momento que los tanatólogos deben preservar el cuerpo y también cuando se están llevando a cabo los rituales funerarios. Dependiendo de si el difunto y sus allegados son budistas, judíos, cristianos o católicos, la velación se hará de uno u otro modo y el cuerpo será arreglado siguiendo los lineamientos de cada comunidad religiosa. Este acontecimiento muestra cómo en torno al cadáver se articula y moldea la relación entre los vivos y los muertos, siendo la funeraria y el tanatólogo los intermediadores.

Por otro lado, es importante analizar cómo se ha ligado el cadáver a la profesionalización de la tanatopraxia en Cali y la relación que emerge con el campo gubernamental. Se debe examinar con detalle las transformaciones y los cambios que se han dado en el tiempo con respecto al tratamiento de los cadáveres y lo relacionado con el sector funerario. Como sostuvieron Carmen y Antonio, a mediados del siglo XX en Colombia, en consonancia con lo que sostiene por Foucault (1966) sobre los cambios en el manejo del cadáver en Occidente, las intervenciones en el cuerpo muerto fueron permitiéndose con mayor frecuencia conforme transcurrían los años y la sociedad se transformaba. Esto conllevó avances en el campo de la ciencia, de la medicina y de la preservación de cadáveres. En consecuencia, entes gubernamentales como el Ministerio de Salud regularon con mayor rigurosidad las prácticas funerarias en casa y la preservación en espacios cotidianos. Con la ley 09 de 1979, que le adjudica esta función al Ministerio de Salud, se dio a entender que el cadáver sin un correcto proceso de preservación podía ser una potencial fuente de enfermedades que afectan la salud pública.

Esto permite reflexionar sobre cómo el cadáver y la relación que se establece con este influyó en la creación de espacios especializados para la velación de los difuntos y en la profesionalización de una labor que a mediados del siglo XVII se realizaba artesanalmente, con herramientas caseras y en espacios cotidianos como la sala de los hogares. La preocupación por la higiene de estos cuerpos muertos y por la salud de las personas impulsaron a que en Colombia el estado entrara a regular con austeridad el sector funerario y todo lo que gira en torno a este: cadáveres, tanatólogos, funerarias, cementerios, entierros, cremación, entre otros aspectos. Es por esto que, siguiendo el argumento central, el cadáver no puede ser visto simplemente como la persona que falleció y que debe ser arreglada en la funeraria para después ser velada y posteriormente enterrada o cremada. Hay implicaciones de mayor envergadura que traspasan el ámbito local y permean la esfera gubernamental y nacional. El cuerpo del difunto es un eje articulador que logra conectar varios fenómenos como la tanatopraxia, el sistema funerario, la religión, o el duelo.

CAPÍTULO II

En el segundo capítulo busco analizar cómo la reconstrucción del cadáver a través del proceso de tanatopraxia moldea la relación que se crea entre el difunto y el tanatólogo, por un lado, y el difunto y los dolientes, por el otro lado. Se pretende examinar cómo el arreglo del cadáver en el laboratorio de tanatopraxia se instaura como un mecanismo social, que a través de modificaciones físicas al cuerpo, permite la reinsertión del fallecido en el entramado social, y determina un tipo de interacción específica con los dolientes. Esto se debe a que, siguiendo el testimonio de tanatólogos y deudos, hay una diferencia sustancial entre el comportamiento e interacción que establecen las personas con el difunto arreglado, y la interacción con el cadáver expuesto sin arreglar. En esa instancia entran a jugar fenómenos como las

emociones, la higiene, la estética, que jugarán un papel importante en el vínculo que crean los dolientes con el muerto.

Presento mi primera experiencia y contacto con un laboratorio de tanatopraxia, describiendo los objetos, sentimientos y procedimientos que se hallan allí. Este primer contacto cabe resaltar que se llevó a cabo en la funeraria Viajeros, única entidad que me permitió ingresar a este lugar tan restringido. Luego describo el paso a paso del proceso de preservación de un cadáver gracias a la experiencia relatada por Milton Osorio en sus años ejerciendo como tanatólogo. Paralelamente, en estos párrafos se analiza qué aspectos consideran los tanatólogos al momento de arreglar los cadáveres y mostrarlos posteriormente en el velorio o funeral. ¿Qué estándares estéticos deben seguirse para que un cuerpo se vea presentable para los eventos funerarios? ¿Qué procedimientos quirúrgicos y químicos son necesarios para la correcta preservación de los cadáveres? ¿Cómo los expertos se relacionan con su oficio y cuál consideran es el procedimiento ideal para satisfacer las necesidades de los deudos? Todo esto tratando de amarrarlo al hilo argumentativo que concibe al cadáver como el articulador de las relaciones entre los individuos.

Y CRUCÉ LA PUERTA DE “PROHIBIDO ENTRAR” POR PRIMERA VEZ...

Era en aquel sitio, en aquel pequeño cuartico donde ocurría “la magia”. Ataúdes apilados, uno encima de otro. Café, café, negro y uno que otro gris. Grandes, medianos y también algunos de mucho menor tamaño para, el viaje al más allá de niños o recién nacidos. Muchos se preguntarán, ¿cómo son estos sitios? ¿Cómo serán los laboratorios donde arreglan a los difuntos? ¿Cómo será el sonido de la muerte? Eran dudas que también me agobiaban minutos antes de entrar por aquella puerta de madera, en cuya parte superior se leía con claridad “Sólo personal autorizado”. ¿Qué me encontraría en el preciso instante en que cruzara aquel portón de madera? ¿Muertos regados por todos lados? O, ¿tal vez un tipo de carnicería con órganos y entrañas esparcidas por cada rincón? No lo sabía.

Fue el martes 10 de abril, justamente en vísperas de Semana Santa en la Funeraria Viajeros, cuando alrededor de las once de la mañana mis ojos, mi nariz y mis oídos incorporaron nuevos estímulos. Lograron percibir cosas que en mis veintidós años de edad nunca antes había experimentado. El sonido de la muerte, como algunas personas a las que entrevisté lo llaman, era muy particular. Al principio este sonido era la dulce melodía que emanaba de un pequeño radio situado encima de un ataúd en mal estado, pero que paulatinamente se iría diluyendo con el constante ruido que producían las entrañas del difunto al ser golpeadas por el chorro de la manguera. La sangre sobre la mesa de disección se mezclaba con el fuerte golpeteo del cadáver cuando el tanatólogo lo cambiaba de posición.

“Buenas, ¿don Mario?”, dije en un tono moderado para no incomodar. ¿La respuesta? Ninguna. Ahí iba el segundo intento, con un poco de mayor fortaleza en el diafragma. Al parecer el escandaloso ruido que hacía la pequeña máquina del fondo interfería en la comunicación. Ya con un poco de vergüenza, pero decidido a hacerlo, di un leve grito para llamar la atención del enigmático sujeto cubierto por el tapabocas y el delantal de carnicería. Fue en ese instante, después del leve grito que el hombre que aparentaba unos cuarenta y ocho, de pelo corto y de contextura gruesa se fijó en mi presencia. Me presenté, le mencioné con amabilidad mi nombre, mi carrera, de dónde venía y la razón de por la que estaba ahí perturbando su lugar de trabajo. Aquel hombre, con una mirada penetrante me analizó de pies a cabeza. Murmuró algo entre dientes que no entendí con claridad debido al tapabocas que llevaba puesto.

Asintiendo, haciendo de cuenta que entendía cada palabra que salía de su boca, proseguí a familiarizarme un poco con el nuevo entorno al que había ingresado. Bolsas plásticas negras (donde me imaginé venían los cadáveres), instrumentos quirúrgicos como bisturí, pinzas, hilo y aguja, entre otros elementos adornaban el estrecho cuarto de este “profesional de la muerte”. Parecía el quirófano de un médico, pero el paciente no se debatía entre la vida y la muerte. Tal lugar era como un híbrido, ya que sus componentes no solo eran los de una sala de cirugía, sino que otros elementos son característicos de

un salón de belleza. Paletas de maquillaje con una variedad de colores, brochas para el rubor, bases, hidratantes, delineadores de ojos, entre otros.

De un momento a otro Mario se corrió el tapabocas para poder hablar conmigo. Con mayor claridad dijo que debía ponerme un traje especial, guantes y tapabocas para permanecer en el laboratorio. Mencionó que este sitio era una fuente inagotable de bacterias y enfermedades. Sacó de un armario viejo de metal un traje extra que tenía. Se apreciaban algunas manchas rojas, que al instante asimilé como sangre. Su olor era fuerte, combinaba el aroma del formaldehído con una fragancia a putrefacción intensa. Procedí a colocármelo rápidamente, mientras en otro gabinete Mario buscaba los guantes y el tapabocas. Me dio el kit completo y entre risas me dijo: “Ahora si mijo, ya parece como mi ayudante.” Se puso nuevamente el tapabocas en su lugar y prosiguió con la preservación.

Esta organización del espacio y los objetos que lo constituyen permiten analizar cómo procede el tanatólogo. Varios de mis entrevistados, como Pedro y María, afirmaron que no conocían muy bien la función de este profesional y que imaginaban que es alguien que había hecho unos simples cursos de medicina y de cirugía. Sin embargo, el laboratorio de tanatopraxia nos dice otra cosa muy diferente. El manejo instrumental y los conocimientos que debe tener un profesional en tanatopraxia van más allá de simples cursos superficiales sobre anatomía y procedimientos quirúrgicos. La máquina inyectora y las sustancias químicas que se manejan en este lugar permiten analizar cómo el conocimiento que se construye y se aplica en esas cuatro paredes penetra diferentes esferas del conocimiento como la química y biomolecular. Hay una conjunción de saberes que se evidencia en el accionar del tanatólogo al momento de iniciar el proceso de preservación. De igual manera, los conocimientos de este individuo no se ciñen únicamente al campo de la medicina y la química. Sus saberes también abarcan el mundo de la estética y del embellecimiento corporal, ya que para la exhibición de un cuerpo en el velorio o funeral el tanatólogo debe dominar y aplicar a la perfección las técnicas de maquillaje.

La curiosidad me mataba. Deseaba conocer cada rincón, cada objeto, cada herramienta de este nuevo lugar. Es por esto que las preguntas no se hicieron esperar. En primera instancia comencé a indagar acerca del laboratorio de tanatopraxia. Por esto le pedí a Don Mario que me contara en qué momento se había empezado a regular tanto la preservación de cadáveres y datos generales acerca de este espacio tan particular. Me señaló unas pinzas que estaban fuera de su alcance e hizo una seña para que se las pasara. Rápidamente se las entregué en sus manos y mientras le sacudía las entrañas al cadáver, comenzó este tanatólogo a compartir información de gran valor. Inicialmente contó anécdotas que había escuchado en su larga trayectoria de veinte años sobre el imaginario que tenían las personas acerca del laboratorio de tanatopraxia y de los embalsamadores, como antiguamente los llamaban. Afirmó que muchos de los clientes y del público en general piensan que los laboratorios en los que se preserva a los muertos son lugares oscuros, terroríficos y mal organizados. Probablemente algunos lo son, decía entre risas, pero eran generalizaciones que no se debían hacer, puesto que hay funerarias como las de Medellín que realmente se preocupan por tenerlos impecables y totalmente organizados.

Esto anterior lo pude corroborar por diferentes fuentes. Una de estas fue Camilo Andrés Jaramillo, quien es un tanatólogo que trabaja en la Funeraria San Vicente e imparte clases en el Tecnológico de Antioquia. Su amplio conocimiento sobre el sector funerario en Medellín me permitió confirmar lo dicho por Mario. De igual manera, sostuve varias charlas vía internet con estudiantes del Tecnológico de Antioquia que me permitieron confirmar la gran organización del sector funerario en Antioquia. Así cómo tan bien son los que más se encuentran avanzados en la cuestión de las técnicas de preservación, de productos de tanatopraxia, de cursos, entre otras cosas. Sin embargo, no todo son testimonios orales, ya que en la guía de tanatopraxia de Rojo (2008), se afirma la compleja estructura organizacional que tienen las funerarias y los laboratorios de tanatopraxia en territorio antioqueño.

Siguiendo el argumento de Mario, es también debido al imaginario del laboratorio como lugar macabro, que las personas creen que los embalsamadores son personas siniestras, frías y en muchas

ocasiones sin sentimientos. Y no es así, exclamó Mario. Es cierto que los tanatólogos se van acostumbrando a ver cosas que el público en general no ve, como cuerpos en mal estado y personas que han sufrido muertes escabrosas. Pero la sensibilidad no es algo que desaparezca de la noche a la mañana, como muy bien dice Don Mario: “Uno siente... uno no es una máquina que al ver un niño baleado o hasta descuartizado no le duela. Sino que no debemos dejarnos quebrantar, porque de lo contrario el trabajo quedaría mal hecho” (entrevista Don Mario, 10 de abril de 2017).

Como lo menciona Leticia Matta (2012) en su etnografía sobre los sepultureros¹², el sepulturero ha sufrido un estigma por su trabajo, ya que es un oficio considerado necesario pero que se estigmatiza y se percibe como sucio debido a su vínculo con la muerte. Estas afirmaciones las pude ver claramente cuando entrevisté personas ajenas al mundo de la tanatopraxia. Por ejemplo, María afirma que de ninguna manera ella tomaría como profesión el arreglo de cadáveres, puesto que se pueden contraer muchas enfermedades y da la sensación de ser un trabajo sucio o asqueroso por la manipulación de cuerpos muertos. En contraposición, Mario dijo que es cierto la existencia del estigma y los señalamientos de las personas cuando ellos dicen en qué trabajan. Mencionó que el trato de las personas cuando mencionan su profesión cambia de manera significativa y que paulatinamente se distancian, así como hay otras personas a las que les da igual y aceptan ese trabajo como cualquier otro. No obstante, él considera que todo es cuestión de gustos y de conocer realmente lo que acontece en el laboratorio.

La suciedad no está permitida donde se arreglan muertos, ya que al estar tan regulados por entidades como el Ministerio de Salud y tener tantas medidas biosanitarias, la pulcritud y la limpieza deben imperar en estos lugares. Siguiendo esta línea de ideas, Antonio comentó que al ser esta profesión tan poco conocida, los imaginarios acerca de la persona que arregla muertos son algo del día a día. A Antonio le ha tocado experimentar en carne propia los comentarios que se hacen sobre los tanatólogos,

¹² En este punto de la reflexión sobre la labor de los tanatólogos se hará uso del documento “El oficio de sepulturero. Etnografía” (2012) de Leticia Matta. A pesar de hablar sobre otra profesión del campo funerario como lo es el sepulturero, propone argumentos que se pueden trasladar a la profesión del tanatólogo como lo son la estigmatización y la cuestión de la pérdida de la sensibilidad con el manejo de cadáveres.

que son catalogados como personas frías y que por su constante contacto con la muerte han perdido la sensibilidad. En concordancia con lo mencionado por Mario líneas arriba, Antonio considera que la sensibilidad es algo que nunca se va a perder. Considera que las emociones fuertes son algo que se trata de disimular y se evita al máximo demostrar debilidad ante casos crudos que puedan llegarles, puesto que si se quebrantan emocionalmente lo más seguro es que la preservación no vaya a salir bien. Incluso Antonio afirma haber sentido las energías de las personas a las que preserva, que sin saber quién fue en vida, él puede percibir la carga energética (negativa o positiva) del individuo que se encuentra arreglando. Es debido a esto que, luego de terminar la preservación, llega a su casa a ducharse lo mejor posible y a rezar aproximadamente cinco minutos para lograr despojarse de cualquier energía negativa.

Debido a estos imaginarios de los laboratorios y tanatólogos, las diferentes funerarias comenzaron a preocuparse por su imagen. Este argumento es sustentado por las afirmaciones de los tanatólogos entrevistados y por Camilo Jaramillo, quienes confirmaron esta transformación evidente en la apariencia de los tanatólogos y su forma de vestir. De igual manera, esto no sólo atiende a una cuestión de embellecimiento, sino también a una cuestión sanitaria, ya que las nuevas indumentarias de estos profesionales atienden las normatividades y exigencias legales que les impone el Ministerio de Salud y Protección Social.

Siguiendo a Rojo (2008), estos espacios necesitaban transmitir una representación más humana y amigable de la muerte. Fue por esto que, a comienzos de 2000, y también por exigencias de entidades gubernamentales como el Ministerio de Salud, las funerarias comenzaron a modernizar y reestructurar los laboratorios de tanatopraxia acorde con medidas biosanitarias para disminuir la transmisión de patologías, y para darles una imagen más amable. De igual manera, afirma Don Mario, a los tanatólogos los comenzaron a vestir con indumentarias quirúrgicas para que la sociedad no los viera como personas que asustan. Continuando con su relato, y señalando cada parte que iba mencionando, el tanatólogo afirma que estos espacios eran minuciosamente construidos, con características acopladas a las normas

que les exige el gobierno. Por ejemplo, se debe tener alcantarillado y desagües especiales para el agua contaminada que se utiliza para lavar el difunto, y trampas de grasas a nivel del suelo que tengan rejillas que impidan el paso del agua con grasas o residuos biológicos, para recolectarlos y enviarlos a cremar.

Prosiguió. “La mesa de preparación es esta”, y me señalaba aquella camilla metálica donde reposaba el cadáver. Algo muy importante que resaltó fue que debe ser de acero inoxidable o de un material que no se corroa por la humedad y que sea de fácil lavado, puesto que no debe quedar ni un solo vestigio del arreglo del cuerpo. La limpieza es primordial para evitar enfermedades. El sistema hidráulico, continuó, es algo imprescindible, ya que le permite al tanatólogo mover el cadáver y colocarlo en la posición necesaria para hacer la preservación de la mejor manera. Además, si se hacen movimientos bruscos se puede generar lesiones al cadáver debido a la rigidez característica del cuerpo sin vida. Las articulaciones se endurecen y cualquier movimiento incorrecto puede causar traumatismos al cuerpo. Según Don Mario, esto no es favorable para la presentación del cadáver en el velorio, ya que son posturas que no atienden a los estándares estéticos recomendados por el forense Frank Rojo. “Estas malas posturas son algo antiestético. A un familiar no le va a gustar ver encorvado o en una mala posición a su difunto, lo termina de traumar. Debe haber una posición de descanso y reposo, de tranquilidad” (entrevista Don Mario, 10 de abril de 2017). Es desde ese momento en que los tanatólogos comienzan a construir la última imagen del difunto en su laboratorio, guiados por estándares estéticos que han aprendido en sus estudios y empíricamente. El estado de reposo y de tranquilidad es uno de los aspectos más buscados a la hora de presentar el cuerpo del difunto que quedará en la memoria de los dolientes.

La clase de herramientas quirúrgicas comenzó. Mario, mientras iba trabajando en la preservación del cadáver, me fue mostrando cada uno de los instrumentos y utensilios que emplea a la hora de arreglar al difunto. El bisturí es uno de los que no puede faltar, ya que le permite hacer las incisiones necesarias para buscar la arteria carótida o la femoral e inyectar el formaldehído en el sistema circulatorio. Las tijeras y las pinzas son también elementos que deben estar en el laboratorio, ya que permiten que el

procedimiento quirúrgico se haga correctamente cuando las incisiones estén hechas y así agarrar las arterias u órganos necesarios. Luego de mostrarme estos pequeños elementos, sacó un palo de metal de mayor tamaño, el cual denominó Trocar. Su funcionamiento principal es el de perforar los órganos intestinales y las cavidades torácicas para poder retirar líquidos, semisólidos y gases. Esta herramienta se complementa con una máquina que se encuentra en una mesa al lado de la mesa metálica de preparación. Es un hidroaspirador, cuya función es generar una presión al vacío que le permita al tanatólogo aspirar la caja torácica.

Para ir concluyendo con los materiales quirúrgicos, Don Mario me mostró cada una de las diferentes agujas que se usan para suturar. Unas en forma de U que se usan para unir tejidos muy delicados, y otras en forma de S para suturas intradérmicas con la finalidad de unir tejidos o cerrar incisiones de diversas formas y tamaños. También me mostró una máquina que parece un motor y que en su parte superior tiene un frasco de gran tamaño de vidrio templado. Esta máquina, que Mario llama “mágica”, tiene en el centro un círculo blanco con números como un reloj, pero en vez de marcar las horas marca la presión con que circula la sustancia química. A los lados tiene las perillas que permiten regular sus funciones. Parece una licuadora, fue mi primera impresión, de la parte superior le sale una manguera transparente de donde sale el líquido que se inyecta en el torrente sanguíneo. Así lo explica:

Para que un cuerpo quede bien preservado debe haber limpieza en todo el sentido de la palabra. Tanto en el laboratorio como en la persona que preserva y en el cuerpo del fallecido, porque si llega a presentarse cualquier bacteria o contaminación, ahí se pierde todo el trabajo. Se comienza a descomponer el cuerpo.

Es por esto que esta maquinita con el formol hacen maravillas (entrevista Don Mario, 10 de abril de 2017).

La noción de limpieza es reiterativa en el discurso de los tanatólogos. Considero que este concepto está tan arraigado en estos profesionales por dos aspectos principales: a) el primero hace referencia a la pedagogía que experimentaron al momento de tomar los cursos de tanatopraxia y tanatoestética, para la cual la limpieza y desinfección de los espacios donde trabajan es primordial; b) el segundo aspecto alude a las normas que imponen las funerarias y entidades gubernamentales como el Ministerio de Salud. Estos

dos elementos nos permiten reflexionar sobre cómo los tanatólogos ejercen su labor, siguiendo reglas de mayor envergadura como lo son las institucionales (funeraria) y las estatales (Ministerio de Salud). La función que estas personas desempeñan no sólo atiende a cuestiones como ayudar a los dolientes a sobrellevar el proceso de duelo, pues el arreglo y preservación de cadáveres hace parte del campo de la salud pública y de las políticas sanitarias de la ciudad.

Un tanatólogo evita la descomposición de los cadáveres no sólo para que puedan ser velados o enterrados, sino que su labor busca evitar epidemias y enfermedades provocadas por las bacterias que emana un cuerpo en estado de putrefacción. Como lo menciona Aguilar, “El horror a la muerte no solamente está vinculado al aniquilamiento del ser, sino también a la podredumbre que restituye las carnes muertas a la fermentación general de la vida” (Aguilar, 2015: 45). Esto nos permite ver cómo el miedo a la muerte que mencionaron algunos entrevistados como Pedro no sólo atiende a cuestiones religiosas o espirituales, sino que trasciende al terreno de la salud y del bienestar físico de la persona. Hay un miedo latente por el contagio y por contraer alguna infección que incluso acarree la propia muerte.

El cadáver, siguiendo los testimonios de los tanatólogos entrevistados, se presenta como objeto ambivalente, cuya presencia determina y condiciona el comportamiento de los individuos. En el campo de la espiritualidad, el alma del difunto es un tema neurálgico que trajeron a colación las personas entrevistadas. Para muchas de ellas, ese cuerpo que yace sin vida en la camilla, en la mesa de disección o en el ataúd, debe ser tratado con cautela y tomando distancia. A pesar de que el amor y cariño por la persona ausente perdure, hay una idea de que el alma de la persona puede causar daño y perturbar la existencia de los sobrevivientes. Siguiendo a Hertz:

El alma, con las disposiciones que le presta la opinión general en los momentos subsiguientes a su salida del cuerpo, debería aparecer como la guardiana celosa de los tabúes impuestos por el duelo a los supervivientes, y la personificación de las malas energías que por el hecho de la muerte se encuentran acumuladas en el cadáver (Hertz, 1990:30).

Para los deudos el alma personifica la parte intangible de la persona, que pertenece al mundo de los muertos pero que posiblemente se encuentra en tierra para incomodar con su presencia a los vivos.

Sin embargo, esta dimensión espiritual no es la única que aqueja la existencia de los sobrevivientes. Entrevistados como María y Pedro, afirmaron que estar cerca de un cadáver puede afectar la salud, ya que son criaderos de enfermedades y bacterias. El cuerpo en estado de descomposición emana olores y sustancias que son nocivas para la integridad física de los individuos. Como expone Hertz (1990), el cuerpo en proceso de descomposición debe estar en recipientes cerrados para impedir que la mala influencia residente en el cadáver pueda expandirse fuera y dañar a los sobrevivientes. Algunos tabúes observados en campo fueron los rezos para el descanso del alma, guardar luto mediante prendas negras, no ver al difunto en su ataúd¹³, entre otros.

Cuando la muerte llega y ataca al individuo, afirma Hertz (1990), le imprime un nuevo carácter. Su cuerpo que anteriormente se encontraba en el ámbito de lo común o normal (exceptuando casos especiales como enfermedades), sale de este campo e ingresa en un estado marginal en el que puede ser tocado pero exponiendo a quien lo hace a peligros. Este cuerpo, que para la primera mitad del siglo XX en Colombia era objeto de veneración y fijación (Sánchez 2008), comienza a verse como algo problemático debido a cuestiones de salubridad e higiene. Se le empieza a pagar a especialistas, tanatólogos o embalsamadores, para que se hagan cargo del cuerpo. Paulatinamente el arreglo y velación de cadáveres se irá trasladando de los hogares hacia lugares especializados como los laboratorios de tanatopraxia y las funerarias. Esto permite reflexionar acerca del estado de los cadáveres, concibiéndolos como liminales, cuya existencia surca entre las aguas de la veneración y el horror.

DE PRESERVAR CADÁVERES A CUIDAR ANIMALES. LA EXPERIENCIA DE MILTON

¹³ Esta práctica pude observarla cuando asistí a varios velorios. De igual manera, varios de mis entrevistados mencionaron que no les gustaba ver a la persona en el ataúd, ya que deseaban guardar el recuerdo de la persona estando en vida.

Eran casi las seis y media de la tarde y no dudé en escribirle a Milton. Le envié un mensaje explicando lo que había hecho para poder encontrarlo y le conté un poco acerca de mi proyecto de investigación. Pasaron casi veinte minutos y la respuesta llegó. Milton me dijo que claro, que con mucho gusto me atendería, que podía ir entre semana a la hora que quisiera, que lo más seguro es que se encontrara ahí si no había alguna emergencia. Fue así como el martes 22 de agosto, tres días después de mi primera visita a la veterinaria, salgo de la universidad a eso de las dos de la tarde hacia donde Milton. Iba acompañado de una amiga que me ayudaría a tomar algunos apuntes y a sostener la grabadora para yo estar pendiente de cada detalle y gesto de esta persona. El viaje duró alrededor de cuarenta minutos, fuimos llegando casi a las dos y cuarenta y cinco de la tarde. Gritamos levemente afuera de la veterinaria, ya que no se encontraba nadie a la vista. De la parte trasera, que es una especie de sala de cirugía, sale un hombre de unos cuarenta y dos años de edad, de contextura delgada y de pelo negro corto. Tenía un jean oscuro, un chaleco de los que se usan en los hospitales, pero este era azul oscuro con pequeñas caricaturas de huesos y cachorros, y un gorro de cirugía con los mismos motivos del chaleco. Al parecer era Milton.

Debido al ruido de los carros, me tocó casi que gritar. Le pregunté si era Milton Osorio. Asintió y me dijo que siguiéramos, que lo esperaríamos ya que se encontraba haciendo una pequeña cirugía a unos gaticos. Abrió la reja blanca, ingresamos y nos sentamos en dos sillas Rimax que se encontraban al frente del mostrador. Milton volvió a ingresar a ese pequeño cuartico y nos dispusimos a esperar. Pasaron casi veinte minutos y con el ruido de los gatos quejándose se escuchó una voz que venía de la parte trasera: “Listo, ya terminé, ya salgo”. Con alivio y ansiedad evidentes, me dispuse a sacar mis notas, mis preguntas y la grabadora para poder iniciar la entrevista. Llegó Milton a donde estábamos sentados nosotros y me dispuse a contarle nuevamente mi proyecto de investigación y las razones por las que me encontraba allí. Con un brillo particular en sus ojos comenzó a contarme de su vida, que había trabajado como tanatólogo pero por cuestiones personales no había podido seguir ejerciendo esa profesión.

Como con los demás tanatólogos, procedí a preguntarle acerca de su trayectoria profesional, cómo había llegado a estudiar (si lo había hecho) y a ejercerla. Milton continúa con su relato y afirma que desde pequeño había tenido gusto por la muerte y por los ritos funerarios. Desde corta edad le había interesado averiguar e investigar cómo las diferentes culturas como la egipcia, la fenicia, los griegos y la asiática trataban el cadáver y desarrollaban rituales en torno a la muerte. Adicionalmente, desde muy pequeño había desarrollado un interés por conocer la anatomía del cuerpo humano. Debido a este gusto, en 2000 comenzó a estudiar medicina en la Universidad Santiago de Cali. Es con esta carrera que su amor por la anatomía humana se incrementa y sobretodo su fascinación por el cuerpo muerto. En el anfiteatro que los llevaba la universidad, Milton podía observar detalladamente la corporalidad humana y cada una de sus partes, cosa que satisfacía su sed de conocimiento.

No logra finalizar los estudios de medicina, pero cursa el diplomado en tanatopraxia que ofrece la Universidad Santiago, en 2012. Afirma que pudo especializarse en algo que amaba y que le llamaba la atención. Con este curso podía poner a prueba y aplicar los conocimientos médicos en un campo tan particular como la preservación de cadáveres, ya que como él mismo dice, “Un buen tanatólogo debe tener conocimiento de toda la anatomía del ser humano, de su funcionamiento, de sus enfermedades y de la manera como contrarrestarlas. Un buen tanatólogo es un médico en potencia” (entrevista Milton Osorio, 22 de agosto de 2017). Para complementar los conocimientos que había adquirido en el diplomado de la Santiago, Milton decide tomar diferentes cursos en tanatopraxia en ciudades como Pereira y Bogotá. De la institución en Pereira no menciona el nombre, pero en Bogotá tomó el curso que imparte el SENA, y a pesar de no terminarlo, pudo ampliar sus conocimientos y mejorar las técnicas de preservación. Esto permite entender que el tanatólogo no es simplemente aquella persona que lava a los muertos, les pone la ropa y les echa polvos para que se vean mejor. Este profesional debe conocer cada parte, cada órgano y cada sistema del cuerpo humano, y las posibles enfermedades y traumatismos que pueden sufrir las personas, para tomar las medidas y precauciones necesarias a la hora de preservar.

Con estos conocimientos en técnicas de preservación y restauración de cadáveres, Milton tiene un largo recorrido por diferentes instituciones relacionadas con el sector funerario. La primera funeraria a la que prestó sus servicios, durante casi un año, fue Funerales de Pasto. Posteriormente siguió en el laboratorio Inartre, que le pertenece a las funerarias y camposantos Metropolitano Arquidiócesis de Cali. También llegó a trabajar con el laboratorio Skudmart, especializado en productos y utensilios funerarios. De igual manera, había otras funerarias que lo llamaban para que preservara sus cadáveres, puesto que consideraban que hacía un excelente trabajo. La funeraria Los Olivos de Cali es una de estas. Pero fue al comenzar a trabajar en Funerales del Valle (en Cali) cuando la vida de Milton dio un giro. Funerales del Valle es una de las instituciones que dejó marca en su vida. Esto se debe a que Milton tiene como propósito que a cada lugar que llega quiere “dejar su huella”, y al arribar a las instalaciones de Funerales del Valle vio que cada persona trabajaba por su lado y no se evidenciaba compañerismo, lo que comenzó a promover desde su llegada.

Se había empeñado en promover la preocupación del uno por el otro, de generar un ambiente familiar en el que los tanatólogos de la funeraria compartieran conocimientos y se ayudaran de ser necesario. Si estaban preservando y un tanatólogo no sabía muy bien qué hacer, o necesitaba ayuda con un trabajo engorroso, un compañero podía llegar a colaborarle. Después de unos años (no dijo cuántos) Milton deja por razones personales la tanatopraxia y se dedica a la veterinaria, aplicando muchos de los conceptos aprendidos a lo largo de su vida. Sin embargo, sigue revisando algunos talleres y exámenes sobre temas básicos de tanatopraxia que le manda el SENA para que los califique, es una suerte de evaluador. Esto le permite no desvincularse del todo de la tanatopraxia y le permite mantener el sueño de terminar lo que dejó inconcluso.

La red de tanatólogos, según Milton, es algo que no se encuentra organizado de la mejor manera en Cali. Para él hay una evidente ausencia de conexiones entre estos profesionales, puesto que afirma que a pesar de que hay tanatólogos de funerarias como Los Olivos o como Viajeros, que preservan

cuerpos de otras entidades, no existe una cooperación entre tanatólogos. Es cierto que muchos de estos profesionales se conocen entre ellos, como es el caso de Milton y Don Mario. Existen vínculos de amistad y posiblemente compañerismo, pero que a la hora de pensar en una agrupación de tanatólogos desaparecen estos lazos. Como claramente dijo Milton: “Cada uno coge por su lado”. Esto es algo que, por lo menos para Cali, considero debe mejorarse y las agrupaciones o colectivos de tanatólogos deben comenzar a construirse para que de esta manera se logren objetivos colectivos como, por un lado, el mejoramiento del servicio a través de la difusión de conocimientos y prácticas y, por el otro lado, un progreso en cuanto a las condiciones laborales. Esto último lo menciono, ya que la profesión del tanatólogo es algo que según las normas de la OSHA¹⁴ (Occupational Safety and Health Administration) tiene un alto riesgo debido a la manipulación de sustancias químicas que deterioran la salud como el formaldehído.

LAVA, CORTA, INYECTA Y SUTURA. EL PASO A PASO DE LA PRESERVACIÓN DE CADÁVERES EN EL LABORATORIO DE TANATOPRAXIA

Las personas después de morir sufren los denominados fenómenos cadavéricos. Siguiendo a Milton, el *rigor mortis*, uno de estos fenómenos, es una etapa de mucho cuidado en la manipulación del cadáver, puesto que debido a la rigidez puede deteriorarse el cuerpo, más aún si se trata de un adulto mayor. La brusquedad en el arreglo de cuerpos cuya rigidez es muy pronunciada es algo que se debe evitar. Debe recordarse que las articulaciones pueden lesionarse, lo que debe evitarse a toda costa, ya el cuerpo rígido comienza a emanar toda clase de líquidos. El tanatólogo debe taponar orificios como nariz, ano y boca. Pasadas unas dos horas, cuando los fenómenos cadavéricos tempranos hayan tenido lugar, comienzan los tardíos (producidos por bacterias) cuya finalidad principal es destruir el cuerpo y Cuando

¹⁴ Las normas OSHAS 18001 establecen los requisitos mínimos de las mejores prácticas en gestión de Seguridad y Salud en el trabajo, destinado principalmente para que una organización controle sus riesgos y mejore su desempeño. Tomado de: <https://www.bsigroup.com/es-ES/Seguridad-y-Salud-en-el-Trabajo-OHSAS-18001/>

se llega a la fase de la putrefacción, cosa que debe evitar el tanatólogo, se comienza a evidenciar cada una de las etapas que la componen. Primero, en el periodo cromático, cambia el color de la piel a tonos oscuros, y en algunos lugares se ven manchas de color verde. Luego se presenta el enfisematoso, en el que el cuerpo se hincha y parece que órganos como los ojos fueran a salirse de su lugar. Esto es debido a la continua producción de gases dentro del cuerpo. Por último, dijo que en las etapas finales la piel se despega del cuerpo, la licuefacción, estaba lo que sigue la reducción a huesos o esqueleto. Cabe resaltar que estos procesos se presentan después de meses o incluso años si un cadáver no se preserva correctamente.

Esto anterior permite reflexionar acerca del proceder del tanatólogo al momento de realizar la preservación de los cadáveres. Según el nivel de descomposición en el que se encuentren los cuerpos, así mismo el profesional en tanatopraxia intervendrá en la corporalidad del sujeto. Es también en ese preciso momento de la evaluación del estado del cadáver, según Milton, que el tanatólogo piensa cómo se hará la reconstrucción y las técnicas de preservación adecuadas para la presentación en el velorio. Hay un ordenamiento del conocimiento y planteamiento de unas secuencias que deberán seguirse para la intervención en el cuerpo del difunto. Como afirma Mandressi (2008), las posiciones, las incisiones y los procedimientos son la materialización de un conocimiento recogido durante años de estudio y experiencia en el campo de la tanatopraxia.

Es por esto que cuando los tanatólogos hablan con los familiares o con la persona encargada del proceso administrativo con la funeraria, hacen recomendaciones sobre lo estético y el procedimiento quirúrgico. Milton dice que hay algunos familiares del difunto que se pueden llegar a enfadar si no se hace lo que ellos digan. Es cierto que el arreglo del cuerpo debe acomodarse a las exigencias de las personas encargadas del cadáver. No obstante, hay procedimientos que son obligatorios y que no deben omitirse o cambiarse al momento de preservar al difunto. Sin embargo, sí se evidencia una mayor flexibilidad en las decisiones que se tomen con respecto al maquillaje y a la parte estética del arreglo

(esto será profundizado luego). Cambiar un color de labial, hacer un corte de cabello determinado o evitar usar rubores, es algo que puede amoldarse con mayor facilidad a lo que piden los deudos, a diferencia de no inyectar el formol, impedir que se hagan cortes en la piel o no taponar los orificios. Suena drástico, pero se han presentado casos en los que a Milton le hicieron exigencias de ese talante, que pretendían modificar el normal procedimiento y protocolo quirúrgico del cadáver, en muchas ocasiones por cuestiones religiosas. Como por ejemplo un grupo de judíos ortodoxos le pidieron que no le aplicara formaldehído al cadáver, que simplemente lo limpiara y desinfectara. Cosa que no es permitida debido a toda la regulación estricta que debe seguir el tanatólogo para cumplir la reglamentación estatal y preservar la salud de los acudientes al velorio/funeral.

El cuerpo va sobre la mesa de disección y se verifica rigurosamente la identidad del cadáver revisando los papeles que se les pide a los familiares. La cédula y el acta de defunción. Luego se mira la vestimenta que va llevar el difunto, cuya elección fue premeditada y consultada con las personas que se encargaron de los trámites administrativas con la funeraria. Esta elección de la vestimenta se convierte en un acto fundamental para la construcción de la imagen final de la persona, ya que en muchas ocasiones, según Milton, hay una carga simbólica detrás de la elección de un determinado vestuario. Muchos familiares escogen la mejor ropa, como otros optan por elegir la que más le gustaba al difunto. Y es con este conjunto de prendas que el tanatólogo pretende esbozar la imagen que perdurará en la memoria de los individuos que acudan al velorio o funeral y decidan ver al fallecido en su ataúd.

Parte de esta memoria póstuma y de los recuerdos finales que se construirán en el círculo social allegado al difunto, se cimentarán en la elección de algo tan particular como las prendas con las que se vestirá al fallecido. Para las personas más cercanas al muerto, la ropa que lleva puesta tiene un carácter muy importante. Esto se debe a que, como lo menciona Luz Mary una mujer de 58 años que asistió a varios funerales de familiares, el atuendo la mayoría de veces es escogido no aleatoriamente sino que tiene el propósito de evocar recuerdos del fallecido. Si a la persona muerta le gustaba la camiseta que

lleva puesta, si el pantalón era el que le regalaron de cumpleaños o si eran las últimas prendas con las que vieron en vida al difunto, son elementos que construyen una memoria de carácter colectiva que es un concepto trabajado principalmente por Maurice Halbwachs.

En su escrito *Los marcos sociales de la memoria*, Halbwachs presenta la transición en la percepción de las personas sobre la memoria como hecho individual y cognoscitivo, a una de carácter social. En primera instancia, es importante recordar que Halbwachs (2004) argumenta que las dos clases de memoria expuestas por Henri Bergson (duración y hábito), no son una simple construcción exclusiva del individuo, sino que para su existencia deben enmarcarse en un entramado social que les dé sentido. Siguiendo a Halbwachs (2004), la memoria tiene ese carácter social y colectivo porque se encuadra y se construye a través de consensos sociales que el autor llama *marcos de referencia*. Es de esta manera, inscribiendo la memoria en los marcos sociales, que obtiene su esencia colectiva.

Otro concepto que presenta el autor que me interesa mencionar es el de testimonio. Según Halbwachs, “el testimonio, que únicamente tiene sentido respecto del conjunto del que forma parte, ya que supone un acontecimiento real vivido en común hace tiempo y, por ello, depende del marco de referencia en el que evoluciona actualmente el grupo y el individuo que presentan dicho testimonio” (Halbwachs, 2004: 12). En varios de los velorios a los que asistí, los individuos en el proceso de evocación de recuerdos se apoyaban en lo narrado por amigos, familiares o conocidos. Las experiencias compartidas, como cumpleaños, matrimonios o eventos trágicos, son traídas al presente en forma de recuerdos convergiendo en puntos comunes que permiten a su vez la construcción de un recuerdo colectivo. Es cierto, cada persona tiene su propia perspectiva de los acontecimientos, pero todas guían su proceso de rememoración en relación con un marco de referencia construido por el grupo.

Ahora bien, podría surgir el interrogante acerca de cuál es el papel de la memoria individual en esta cuestión. ¿Existe una memoria individual? Para Halbwachs existe y afirma que “está arraigada en contextos distintos que la simultaneidad o la contingencia acercan momentáneamente. La rememoración

personal se sitúa allí donde se cruzan las redes de solidaridades múltiples en las que estamos implicados” (Halbwachs, 2004: 12). La memoria colectiva y la individual se encuentran en una constante relación, pues la primera envuelve a un conjunto de las individuales pero no hasta el punto de confundirse con ellas. Esta memoria colectiva progresa y se transforma siguiendo sus leyes y se van transformando con el paso del tiempo.

El vínculo entre memoria individual y colectiva lo pude observar tanto en las entrevistas como en mis ejercicios de observación. Si se presentaban recuerdos vagos o eventos que la persona no recordaba muy bien, acudía al soporte de un familiar, un amigo o algún conocido que hubiera estado presente en aquel suceso pasado. “Mijo venga, ¿cómo es que se llamaba la enfermera tan buena gente que ayudó a mi niña cuando estuvo hospitalizada?”, le preguntó Bertha a su marido. Esto me permitió ver cómo la memoria difícilmente pasa por un plano netamente individual ya que muchas personas, voluntaria o involuntariamente, recurren a recuerdos ajenos para evocar los propios.

Paralelamente, podemos reflexionar sobre cómo la memoria que se construye en los eventos fúnebres como los velorios y los entierros tiene un tinte colectivo, puesto que los recuerdos que emergen en estos espacios son contenidos en marcos de referencia generales y las memorias compartidas son características de estos momentos. Como profundizaremos en el siguiente capítulo, el tanatólogo al reconstruir el cadáver y dotarlo de elementos simbólicos como la ropa y el maquillaje, es un agente que propicia a la evocación de recuerdos en las salas de velación y cementerios.

Hay un ejemplo en particular que considero pertinente traer a colación para demostrar cómo un marco de referencia como lo es la familia actúa en la construcción de una memoria colectiva alrededor del difunto. Como bien dice Halbwachs (2004), hay una memoria que es considerada individual, pero que a pesar de ser individual no está del todo aislada. En muchas ocasiones, para que la persona pueda recordar su pasado, hay una necesidad de recurrir a recuerdos ajenos. Se remite a puntos de referencia externos, que regularmente son fijados por la sociedad. Esto lo pude experimentar en carne propia el día

que me tocó asistir al funeral de mi tía Isabel. Se encontraba reunida la familia por parte de mi papá: tíos, abuelos y primos. De repente un niño rubio de aproximadamente 8 años se me acerca y me pregunta si me acuerdo de Isabel. En ese instante no tenía la menor idea de quién era aquel infante ni de dónde había salido. Lo único que se me pasó por la mente fue que probablemente era el hijo de alguna prima de mi tía Isabel o de mi papá. Mi respuesta fue escueta, le mencioné la alegría y la gran energía que tenía y sobre todo sus notables ganas por vivir y disfrutar al máximo cada instante. No quise mencionarle el estado tan deplorable en que la había visto por última vez, porque a lo mejor aquel pequeño aún no la había visto en el ataúd y quería que el último recuerdo que tuviera de mi tía fuera uno agradable.

Con una sonrisa en su rostro y dando brinquitos, el niño de pelo amarillo se dirigió hacia su madre a quien yo no tenía muy presente. Entre risas le dijo a su madre que ya recordaba mejor quién era María Isabel, que ese muchacho (me señaló) le había ayudado a recordarla. Como vemos, la instancia del recuerdo se encuentra atravesada por una estructura macro como lo es la familia. En el momento en que ayudé a recordar al niño a mi tía Isabel, estábamos construyendo una memoria colectiva acerca de una persona. Probablemente ese niño no recordaba muy bien en vida a mi tía; no obstante, con sus recuerdos vagos y los míos logramos construir una imagen que posiblemente recordará por un tiempo.

Milton hizo énfasis en algo que considero importante resaltar. Recalcó que todos los cadáveres que lleguen al laboratorio de tanatopraxia deberán ser tratados con el mayor de los respetos. Para él, y para los otros tanatólogos con los que logré hablar, ese cuerpo que se encuentra en la mesa de disección es una persona que tiene identidad y que aún merece ser tratada como alguien que está vivo. No es un simple producto que tiene que ser despachado. No es un conjunto de huesos, carne y entrañas. Para Milton, ese cuerpo que ha llegado a su laboratorio es un hermano, es un padre, es un amigo cuya alma aún perdura y está más viva que nunca. Para él, ese cuerpo aún sigue estando inmerso en el entramado social de las personas que lo rodean. Y es debido a esto que para Milton, y los otros tanatólogos con los que dialogué, no debe tratarse con brusquedad el cuerpo y la cautela debe ser uno de los factores que

predomine a la hora de preservar. Empero, afirma Milton, “el tanatólogo no debe dejarse marcar, porque quedan cicatrices...” (entrevista Milton, martes 22 de agosto de 2017). Es decir, estos profesionales de la muerte no deben quebrantarse emocionalmente por los casos que les llegan, puesto que esto los hace vulnerables y no pueden desempeñar bien su labor.

Cuenta el caso de Pablito, quien era hijo de un suboficial. Era un niño que murió teniendo tres años de edad tras una cirugía a corazón abierto. Este infante tenía necrosis, que es el no funcionamiento de los tejidos y las células de una parte del cuerpo, en este caso el corazón. Medio corazón no le servía. Milton dice que se sostuvieron varias reuniones con los padres y abuelos del niño, quienes pidieron un embalsamamiento especial. La velación era por una semana, ya que había muchos familiares y conocidos que tenían que desplazarse hasta el lugar de velación (Funerales del Valle, cerca de la iglesia del Templete). Debido a esta petición, Milton debía estar pendiente del cuerpo de Pablito todo el tiempo. Le cambiaba la ropa y lo desinfectaba diariamente, y se preocupaba por que no hubiera fuga de líquidos por algún orificio del cuerpo. El proceso de preservación que le tocó hacer para este cuerpo fue uno de los más duros, ya que se debía implementar unos químicos traídos de EEUU, y las dosis de estos eran mayores a las normales para que pudiera durar el cuerpo mucho más tiempo sin descomponerse. Fue uno de los casos que a este tanatólogo tan experimentado le llegó al corazón, pero como muy bien lo dice, no dejó que lo emocional se involucrara en lo profesional. No debía demostrar debilidad ante los familiares y las personas que acudían al velorio del pequeño Pablo.

La relación entre el cadáver y el tanatólogo está intermediada principalmente por el total respeto hacia el difunto y sus familiares. A pesar de que varios de los tanatólogos con los que conversé no son creyentes, algunos como Carmen dijeron que a los muertos se les debía tratar de la mejor manera, ya que la carga energética y espiritual de estos cuerpos es grandísima. Además, con los testimonios de Carmen y Milton quedó claro que tratan a los difuntos que atienden como les gustaría que trataran a los suyos. Es debido a esto que la cautela y la dedicación priman en el trabajo de estas personas encargadas de

embellecer la muerte. Tal como afirma López Castro (2016), el cuerpo muerto se presenta como una arena de tensiones, puesto que algunos individuos como los estudiantes y maestros de medicina lo consideran como “cosa” y otros siguen viéndolo como “persona” que aún tiene importancia en las relaciones sociales de los grupos a los cuales perteneció. Estos extremos entran en disputa y es ahí en dónde se da el trabajo interpretativo del cuerpo muerto por parte de los diferentes actores sociales.

Según Martínez y Morales (2015), el cadáver puede ser visto como un muerto o como un espécimen, todo depende de la perspectiva. A pesar de que el trabajo de estos dos autores gira en torno al anfiteatro y a los estudiantes de medicina, su argumento se puede trasladar perfectamente a los laboratorios de tanatopraxia y a los tanatólogos, ya que a pesar de que los profesionales en tanatopraxia con los que pude hablar consideran que el difunto no se debe deshumanizar y verse como un conjunto de órganos, afirman que hay otros, sobre todo los estudiantes que están empezando la profesión, cuya mirada del cadáver es deshumanizante. Extraen a la persona y al ser humano que se aloja en ese cuerpo y lo ven como un conjunto de arterias, de huesos y de sesos que debe ser preservado con el mayor de los cuidados para evitar su descomposición.

Siguiendo el proceso de preservación, cuando se haya desvestido y quitado toda suciedad del cuerpo, se deben hacer masajes y movimientos suaves para que las articulaciones sean menos estáticas y el rigor mortis no sea tan pronunciado. Estos masajes y estiramientos de las extremidades también ayudarán a la mejor circulación del líquido conservante por todo el torrente sanguíneo. Habiendo estirado un poco el cuerpo, sigue la hidratación de labios y el posterior taponamiento provisional de la boca para evitar cualquier tipo de fuga. Ahora viene uno de los pasos clave del proceso de preservación, dijo Milton con entusiasmo. Y fue por esto también que abrió en su computador un documento (que logré obtener) que contenía todos los conocimientos básicos para un tanatólogo en formación. Este archivo se llama “Curso de tanatopraxia y tanatoestética”, y fue escrito por Frank Rojo González en 2008 cuando se encontraba trabajando en el Tecnológico de Antioquia.

Abierto el archivo digital en su computador comienza a deslizar la rueda del mouse hacia abajo, tratando de hallar algo casi que con desesperación. Bajaba, rezongaba y refunfuñaba. Hasta que por fin señala la pantalla del computador y me dice:

Mire mijo, hay tres puntos clave que usted puede escoger para hacer la incisión e inyectar el formol por ahí. Está la carótida, que se encuentra en la parte lateral del cuello. También puede buscar la femoral, que esa la va encontrar abajo en la parte interior del muslo como llegando a la ingle. O ya la última opción es la humeral, ubicada por la parte interior del brazo casi que llegando al hombro... pero siendo sincero esta no es tan trabajada por lo tanatólogos, ellos prefieren las dos primeras (entrevista Milton, martes 22 de agosto de 2017).

Hay tanatólogos que no les gusta escoger la carótida, prosiguió Milton, porque dicen que les queda una cicatriz en el cuello. Pero para él, con una buena sutura y una cantidad prudente de maquillaje esto se podía remediar. Los lugares favoritos que escogía Milton para inyectar el formol eran la carótida y luego la femoral, puesto que son dos arterias que se encuentran fácilmente, a diferencia de la humeral que sí le costaba un poco más debido a su ubicación. Como bien han dicho otros tanatólogos que he mencionado en este escrito, hay dos motivos principales por los que se preserva un cuerpo. El primero es por cuestiones sanitarias y de salud pública, ya que un cadáver en estado de descomposición es considerado una amenaza de alto riesgo para la integridad de las personas. La segunda motivación es para que sea velado y los dolientes puedan llevar a cabo su proceso de duelo.

Al preservar los cuerpos un tanatólogo busca que las huellas y vestigios de la muerte o de los procedimientos quirúrgicos sean lo menos notorios posibles. Ese pensamiento, que se transmite principalmente en los centro de aprendizaje de la profesión (como el SENA, el Tecnológico de Antioquia, Medicina Legal, entre otros), hace que un tanatólogo en cada momento y paso de la preservación esté buscando la presentación más estética posible, y evita marcas que traumatizan a los deudos. Estos mecanismos de camuflaje son implementados para dejar la mejor impresión y la mejor imagen del difunto en el recuerdo que se irá construyendo colectivamente en la sala de velación y sus alrededores.

Una vez ubicada la carótida, se debe trazar una línea de aproximadamente cuatro centímetros, como guía para el pequeño corte que deja a la vista el esternocleidomastoideo, que debe ser retirado cautelosamente con el separador, que asemeja a una tijera con punta roma, y el gancho de vaso sanguíneo que parece uno de los ganchos que usan los odontólogos para retirar la suciedad entre los dientes. Retirado este músculo, se encuentran el nervio neumogástrico, la vena yugular y la arteria carótida primitiva. Esta última debe ser identificada con precisión por el tanatólogo para no cometer errores al inyectar el químico. Con mucho cuidado se separa la carótida de las otras con un separador venoso y se insertan dos hilos de ligadura por debajo para no confundirla y para la posterior sutura. Esta arteria tiene el aspecto de una tenia, de aproximadamente tres centímetros de ancho. Con el separador venoso se da un pequeño giro para que pueda tener un grosor que permita insertar la cánula de inyección. Ya habiendo realizado esta maniobra, se introduce la cánula o tubo de inyección en la carótida, teniendo muy en cuenta que sea del mismo calibre de la arteria para evitar fugas de formol.

Milton menciona que es menester no olvidar orientar la cánula en dirección al corazón para que el líquido tenga un mejor recorrido por el torrente sanguíneo. Se fija la cánula con una pinza y se coloca una pinza Difenbach, que tiene mucha similitud con un depilador de cejas, en la parte superior de la arteria para obstruir el paso del líquido conservante hacia la cabeza. Ahora sí, ya teniendo lista la arteria se inicia el proceso de inyección con la máquina inyectora, cuidando no romper los capilares arteriales. Hay un punto determinante en el proceso de inyección del formol que nunca debe olvidarse. Primero hay que reconocer si se está inyectando correctamente el líquido, observando detalladamente si hay un hinchamiento de las venas del tórax y los brazos. Ese es la señal de que se está haciendo un proceso correcto. Habiendo verificado esto, el drenaje venoso toma cabida. Se van retirando los coágulos con masajes en dirección al corazón. Para el cuerpo de un adulto normalmente se inyectan entre 6 a 8 litros de formol. No obstante, esta cantidad varía dependiendo del cuerpo que se va a preservar. Milton dice

que es importante conocer el peso y la masa de la persona, la edad y el tamaño para que de esta manera se haga una estimación de la cantidad del líquido conservante necesario.

Cuando se hayan completado $2/3$ de la inyección del formol, se hará una pausa para darle paso a otro proceso que es clave en la preservación del cadáver: la punción aspirativa. Esta punción se hace con la finalidad de eliminar la mayor cantidad de líquidos retenidos en el cuerpo. El lugar por donde normalmente se debe empezar, dijo Milton, es el corazón, más específicamente la aurícula derecha. Luego se prosigue con otras cavidades como el tórax y el abdomen. Esta punción normalmente se hace con un trocar, que es una especie de vara alargada de metal cuyo interior es hueco. El conocimiento anatómico del cuerpo y de todos los órganos que tiene el tanatólogo debe ser esencial, ya que esto asegura saber dónde se encuentra ubicada cada una de las vísceras que se deben punzar.

Finalizado la punción, el tanatólogo con el litro de formol que queda debe dirigir la cánula hacia la cabeza para que todo el cuerpo quede inyectado con el líquido conservante. Luego se procede a quitar el taponamiento de la nariz y la boca. Se debe hacer una punción final en todo el cuerpo, dejando por último la tráquea y el lavado de toda la cavidad bucal para que así sean eliminados los líquidos retenidos y las suciedades en esta parte del cuerpo. Finalmente, se amarran las ligaduras de la arteria carótida y se taponan con algodones las incisiones y se sutura.

Con la sutura hecha, el tanatólogo debe comenzar a taponar todos los orificios con la finalidad de evitar que se filtren líquidos o gases. Se taponan la boca para que en medio del velorio no se vaya a abrir y causar impresión. Muchos tanatólogos, afirma Milton, usan Super Bonder (pegante) para que los labios no se despeguen y tratan de darle una expresión calmada, Debe asemejarse lo más posible a cuando una persona está dormida, reflejando tranquilidad y pasividad. Ya cerrado el orificio bucal, es hora de cerrar las fosas nasales. Luego se colocan los cubreojos (ver imagen 4), que son unos plásticos redondos que encajan según la medida del ojo de la persona. Estos se insertan en la zona ocular, con crema hidratante,

para que se le dé volumen a los ojos, puesto que estos pierden muchos líquidos y su vitalidad, cuando la persona fallece.

La posición que toman los individuos a la hora de dormir es una de las que más se asemeja a cuando el cuerpo está sin vida. Es aquel momento de pasividad, tranquilidad y calma que los tanatólogos a través de los procedimientos quirúrgicos y estéticos desean reflejar en el cuerpo que descansa sin vida en la mesa de disección y posteriormente en el ataúd. La boca, cuando la persona fallece, tiende a abrirse debido a que ya no existe fuerza propia que la mantenga cerrada. Es por esto que, mediante el uso de pegantes el tanatólogo moldea y le da forma a la boca de tal manera que no quede una expresión ni de felicidad ni de enojo, sino de reposo. Claro está, y esto lo mencionó Milton, hay familiares que les piden una sonrisa en el rostro de su fallecido al momento de ser velado, todo es cuestión de preferencias.

Los ojos deben estar cerrados y, cómo ya se mencionó arriba, con los cubre-ojos para que la falsa vitalidad de la persona no sea cuestionada por el hundimiento característico de los ojos al momento de morir. Finalmente, afirma Milton, la posición de las manos es importante para genera la ilusión de que la persona se encuentra dormida. Algunas funerarias como Los Olivos tienen un formulario con recomendaciones sobre la presentación del difunto. Si no es del agrado alguno de estas, se está en potestad de exigir lo que guste siempre y cuando no altere el protocolo normativo regular que debe seguir el tanatólogo. Las manos pueden ir cruzadas, a los lados o una abajo y otra cruzada en dirección horizontal. Esto suscita otra reflexión que hace referencia a cómo los saberes sobre el cuerpo y las posiciones que este puede tomar, son usados por el tanatólogo para construir una imagen final del difunto que sea placentera ante los ojos de los dolientes.

Ya taponados y recubiertos los orificios de la parte de arriba, el tanatólogo inyecta líquido conservante con una mayor concentración por medio del trocar en la cavidad torácica y en el abdomen. Este paso se debe hacer con mucho cuidado, ya que cualquier movimiento incorrecto puede perforar un órgano. Se usa alrededor de un litro de líquido conservante para la zona media de la persona. Luego se

sutura el orificio donde se hizo la punción de la caja torácica y el abdomen. Sólo faltaría vestir, peinar y maquillar al muerto. No obstante, Milton menciona algo que es de suprema relevancia:

No todos los cuerpos son igual. No todos los cadáveres que llegan al laboratorio se trabajan de la misma manera. Ese procedimiento que le conté es el estándar, pero la metodología para tratar a un niño, a un recién nacido, a una persona calcinada, a alguien ahogado, a alguien que viene de una autopsia, es completamente distinta. Cada muerto tiene su proceso, su resabio (entrevista Milton, martes 22 de agosto de 2017).

Continuó la entrevista y Milton me explicó dos ejemplos puntuales que diferían del procedimiento estándar que había explicado con anterioridad. El primero hace referencia a los cuerpos autopsiados, que son aquellos que llegan de los laboratorios de Medicina Legal. Estos cadáveres deben ser tratados de una manera diferente, ya que gran parte del sistema vascular está dañado debido a los procedimientos que hacen los médicos forenses. Estos cadáveres, prosiguió Milton, se encuentran muy maltratados y eso dificulta aplicarles el procedimiento regular de preservación. En muchas ocasiones a los cuerpos provenientes de Medicina Legal les han abierto la cabeza, lo que dificulta el trabajo del tanatólogo, ya que las arterias cerebrales quedan casi que destruidas y cortadas, lo que a su vez impide una buena circulación del líquido conservante. El tanatólogo debe ubicar las arterias dañadas y taponarlas para que el formaldehído no se filtre. El procedimiento de encontrar la carótida en el cuello es el mismo, el paso adicional es reparar lo que averiaron en Medicina Legal. Para el resto del cuerpo se sigue el mismo procedimiento de un cuerpo no autopsiado, prestando atención a qué arterias han sido intervenidas para cerrarlas correctamente y que el formol fluya con normalidad.

El segundo caso es el de los niños recién nacidos. Milton afirma que en esos casos se aconseja igualmente utilizar la carótida o la femoral para inyectar el líquido conservante, ya que a estas edades ya se han desarrollado un poco estas arterias. Sin embargo, para el caso de los niños recién nacidos y de muy corta edad se recomienda inyectar el formaldehído por la aorta abdominal. Por eso se hace una pequeña incisión en la parte abdominal y se busca para inyectar una cantidad mucho menor a la usada en

adultos; aproximadamente entre dos a tres litros de formol. Incluso, cuenta Milton, en épocas pasadas, aproximadamente en los años 1900, algunos tanatólogos consideraban que a los bebés recién nacidos no se les debía inyectar el formol, ya que era innecesario para cuerpos tan pequeños. Lo que hacían era empapar un trapo con el líquido conservante de su preferencia y untarlo el cuerpo. Ya luego, con el transcurso de los años, se fueron dando cuenta de que absolutamente todos los cuerpos necesitaban ser preservados vía intravenosa para una correcta preservación. Esta afirmación también la sustento en lo dicho por el embalsamador Orozco, quien en el documento audiovisual “Orozco the embalmer/ Orozco el embalsamador (1999-2005)” afirma que es un pecado abrir con un cuchillo un niño recién nacido, que solamente es necesario taponar los orificios. Cosa que años después sería totalmente prohibido por ser antihigiénico y considerado un peligro para la salud pública.

Estos arreglos diferenciados del cuerpo influyen en cómo se construyen los recuerdos de cada fallecido. Dependiendo del tipo de cadáver que traigan al laboratorio de tanatopraxia, se hará un procedimiento particular. Si es el cuerpo de un niño, de una mujer, de una anciana, si es autopsiado, si estaba descuartizado; el tanatólogo debe elegir el método más adecuado en cada caso. Desde ese momento se empieza a construir memoria y los recuerdos que giran alrededor del difunto. Esto se debe a que, a pesar de que en el acta de defunción aparezca la causa de muerte, al tanatólogo las cicatrices, las enfermedades y el estado del cuerpo le cuentan otras historias. El cuerpo del difunto hace parte de la construcción de memoria. Siguiendo a Gelacio:

La memoria que es recuerdo, pero no solo eso, que juega y que se apresura ante el olvido, es apuesta y transformación, viene del pasado hasta el momento presente: trae imágenes, palabras, olores, sensaciones, opera sobre nuestra ineludible corporalidad. Por ello la memoria es siempre memoria del cuerpo, del cuerpo presente, del cuerpo ausente, del cuerpo mutilado, del cuerpo desgarrado; el cuerpo que es traído por la memoria a este cuerpo de hoy (Gelacio, 2013: 168).

DEPENDIENDO DEL TIPO DE CARA, SE LE APLICA EL MAQUILLAJE. UN ACERCAMIENTO A LA TANATOESTÉTICA

Rayando casi la hora de conversación, llegamos al tema del maquillaje funerario. Fue ahí cuando Milton dijo: “Los tanatólogos somos artistas. Nosotros tenemos que construir y reconstruir al cadáver, que en muchas ocasiones se encuentra en mal estado, y presentar nuestra obra de arte ante un público: los dolientes en el velorio” (entrevista Milton, martes 22 de agosto de 2017). Mencionó que los colores y su combinación son de gran importancia a la hora de maquillar un cadáver, ya que según la tonalidad de piel el tanatólogo debe escoger la base y el polvo para embellecer el difunto. Normalmente se debía buscar un color compatible con el tono de piel de la persona, puesto que se supone que el maquillaje debe pasar desapercibido. Si la persona era de tonalidades oscuras, se busca en la paleta de colores una pigmentación parecida. Así mismo con las personas cuya piel es muy blanca. Lo ideal es no generar impacto visual.

¿No generar impacto visual? Esto permite analizar como la función del tanatólogo se concibe como un mecanismo de apoyo para el proceso de duelo en la sociedad. El tanatólogo es el encargado de ocultar o disimular los vestigios en el cuerpo que hagan evidente fenómeno de la muerte. Cortes, desmembramientos, orificios de bala, entre otras marcas deben ser camufladas para que haya un menor impacto en los dolientes y el proceso de duelo sea más llevadero. Pero, ¿por qué ocultar? Hay comunidades religiosas como los budistas que no se escandalizan por exponer el cuerpo muerto sin arreglar y llevan a cabo rituales fúnebres como darle el cadáver a los buitres, ya que consideran que el cuerpo es un estuche que cumple ciclos y debe ser de utilidad para otros seres vivos. Este embellecimiento del cadáver y de la muerte en general (teniendo en cuenta arreglos florales, del ataúd, de la sala de velación), es algo que atiende lógicas de occidente y el catolicismo. El argumento de Eder Dussá, quien a pesar de que usa el caso de la exposición artística “Mundos corporales” de Von Hagens, se puede implementar para el caso de los cuerpos preservados por el tanatólogo, ya que como afirma el autor:

El cuerpo, sin el peligro de que se muestre como la sustancial talega de excrementos que es, se plastifica para que los vivos lo podamos percibir, prístino y jovial... ¡Una auténtica algarabía! Sí, porque finalmente va en contra de la convección occidental de que lo valioso, el “gran tesoro del cuerpo”, una vez estático, debe permanecer escondido (Dussá, 2007: 106).

A pesar del temor latente que inspira un cadáver, y más uno sin arreglar, hay un goce escópico para algunas personas que acuden a los rituales funerarios. Es cierto, el acompañamiento a los dolientes y a las personas más cercanas al difunto es una de las principales motivaciones para asistir a estos espacios. No obstante, según Milton y Antonio, hay muchos asistentes que van a los velorios o entierros por el simple hecho de ver el cuerpo en el féretro. Hay una constante tentación de ver qué le pasó, cómo quedó el cuerpo después de haber sido atropellado, luego de haber recibido 20 tiros en la cabeza. ¿Lo habrán podido arreglar o será que todavía se le notan los agujeros en la cabeza? Algunas personas, según estos tanatólogos, sienten la necesidad de recrear el evento de la muerte a través de la corporalidad del individuo, a través de las huellas y cicatrices que tal vez el tanatólogo no pudo desvanecer del todo. Esto también crea memoria y moldea la imagen póstuma del difunto.

Los excesos no están bien vistos en los velorios y funerales, según lo dicho por los dolientes entrevistados. Estos excesos se refieren al uso de grandes cantidades de rubor, de base o de pestañina para el arreglo facial del cadáver. A no ser que así lo exija la familia, la implementación de estas cantidades exorbitantes de maquillaje (siguiendo los comentarios de tanatólogos y deudos) es algo anti-estético. El tanatólogo propone y aconseja a los dolientes. No obstante, y esto lo reiteraron todos los tanatólogos, la decisión final queda en manos de las personas responsables del cadáver. Si ellos quieren que los labios de la persona estén pintados de negro y en su cara tenga un rubor completamente blanco, así debe hacerse. Que desean que al difunto le rapen totalmente la cabeza y se le vista con una túnica blanca, así debe hacerse.

El cuerpo del difunto, en la medida en que familiares y tanatólogos intervienen en su reconstrucción, comienza a establecerse como un producto, puesto que, como afirma Aguilar: “...el

cadáver es un producto más del hombre; un cuerpo debidamente acondicionado para su exhibición, contemplación y goce escópico” (Aguilar, 2015: 4). Sin embargo, a pesar de que este autor categoriza el cuerpo como un producto, considero que algunos familiares y tanatólogos tratan el cadáver con sumo respeto sin deshumanizarlo. Cómo hay otro conjunto de personas que no lo hacen, que conciben el cadáver ya cómo un objeto más. La parte material del individuo, el cadáver, comienza a ser transformada en el laboratorio para que de esta manera logre efectuarse el proceso de duelo y la construcción de la memoria póstuma del difunto.

Los procedimientos estéticos que se llevan a cabo en el laboratorio de tanatopraxia dependen también del tipo de rostro. En el manual de tanatopraxia de Rojo (2008) se presenta una clasificación de las formas faciales: el rostro redondo, el triangular, el cuadrado, el largo, el ovalado y el asimétrico. Para cada uno de estos el tanatólogo debe seguir un procedimiento específico, tratando de corregir errores estéticos. ¿Errores estéticos? Fue el interrogante que hice luego de esta afirmación de Milton. Para él y otros tanatólogos, el arreglo facial de los cadáveres siempre debe guiarse por la búsqueda de la simetría. La aplicación de sombras, de rubores o bases en ciertas áreas del rostro tiene la finalidad de seguir cánones estéticos estándares que se enseñan en los cursos de tanatopraxia y tanatoestética. Esto permite analizar cómo en el mundo de la tanatopraxia se ha creado un concepto de estética particular, un embellecimiento que trata de desvanecer las huellas negativas del pasado impresas en el cuerpo.

Finalmente, la reconstrucción cadavérica es algo que merece ser mencionado. Hay cuerpos que presentan inflamaciones, hematomas o deformaciones que se consideran leves, y cuyo proceso de reconstrucción no es muy engorroso. No obstante, hay otros cuerpos que llegan en un estado deplorable, con la cabeza abierta, mutilados o con severos traumas en todo el cuerpo. Lo primero que debe hacer un tanatólogo, si así lo considera, es pedirle al familiar que le facilite una fotografía del difunto para que el fallecido quede lo más parecido posible a cuando estaba vivo. Se debe primero cerrar toda herida e incisión del cuerpo que sea visible. Una vez suturadas las heridas, se hará uso de uno de los materiales

que más han ayudado a los tanatólogos en el proceso de reconstrucción: la cera o látex. De esta manera la herida no será notoria.

Siguiendo esta línea de ideas, Milton ha presenciado casos en los que a los individuos que llegaban a su laboratorio les faltaba una oreja, la nariz o cualquier otra parte del rostro. Para remediar este inconveniente, hay unos modelos plásticos que simulan la cara de una persona, y lo que se hace es rellenar la parte que falta con la cera restauradora o el látex, para implantarla en el lugar correspondiente. Sin embargo, hay casos críticos, como personas calcinadas casi en su totalidad, mutiladas o en estados de descomposición severa, en los que el tanatólogo debe considerar si vale la pena reconstruir el cuerpo o recomendarles a los familiares que velen al fallecido con el ataúd cerrado. Hay familiares que insisten en ver al difunto sin importar su estado y es una obligación del tanatólogo o de los funcionarios de la funeraria cumplir estas peticiones. Estas decisiones se toman bajo la responsabilidad de los dolientes. Es cierto, los tanatólogos hacen maravillas y casi que magia con algunos cadáveres como dijeron Milton y otros tanatólogos con los que hablé, pero hay casos que realmente son casi imposibles de arreglar, por lo que no exhibirlos suele ser la mejor opción.

Así pues, el tanatólogo incide en la construcción del recuerdo final de la persona fallecida. La elección compartida entre deudos y tanatólogos sobre cómo presenta el cuerpo nos permite reflexionar acerca de cómo este tipo de memoria póstuma, aparte de ser colectiva, es selectiva. Siguiendo a Gelacio (2013), podemos analizar cómo la memoria que denominamos “colectiva” se ha constituido con base en una memoria selectiva de recuerdos y olvidos deliberados.

Para concluir este capítulo, es importante resaltar varios puntos. Como vimos en el capítulo anterior, el cadáver es un elemento que cumple la función de articular la relación entre vivos y muertos. Su coexistencia con los vivos estructura diferentes prácticas e instituciones de la vida cotidiana como los rituales fúnebres, las funerarias y la tanatopraxia. Es por esto que su arreglo y preservación en el laboratorio de tanatopraxia atiende a objetivos que van más allá de embellecer un cuerpo sin vida para

facilitar el proceso de duelo. Por ejemplo, la manipulación y el constante contacto que tienen los tanatólogos con los cadáveres construyen un tipo de relación específica. .

De acuerdo con Matta (2012), se cree que las personas que están en contacto con la muerte son, por un lado, frías o inexpresivas y, por el otro, son sucias, ya que al manipular cadáveres constantemente pueden contraer diferentes enfermedades. Sin embargo, y hago énfasis en esto, al poder dialogar con varios tanatólogos de Cali y otros cuantos de Medellín vía internet, pude reafirmar mi posición inicial de que a pesar del contacto cotidiano de estos profesionales con cadáveres, su personalidad y forma de ser no se corresponde con el estereotipo de gente fría o inexpresiva. Tal vez es cierto, y ellos mismos lo afirman, que deben apartar las emociones fuertes al momento de preservar un cadáver, puesto que si no lo hacen posiblemente estas se apoderen de ellos y no les permitan hacer un buen trabajo. Pero al dejar su delantal, los guantes y salir por la puerta, su vida no está mediada por la insensibilidad que algunos equivocadamente les atribuyen.

Esto permite sostener que la permanencia del cadáver en el mundo terrenal cumple la función de estructurar diferentes tipos de relaciones. Por un lado está el vínculo que se crea entre el tanatólogo y el difunto. La presencia del cadáver en el laboratorio de tanatopraxia establece una conexión ambivalente con el tanatólogo. En un extremo está el sumo respeto y la concepción de que ese cuerpo debe ser tratado como si la persona estuviera viva. Es por esto que algunos tanatólogos antes de comenzar el proceso de preservación le piden permiso al difunto para poder intervenir su cuerpo. En el otro extremo se encuentra un temor latente no solo de los deudos sino también de estos profesionales. Algunos con los que pude dialogar, a pesar de no ser creyentes, se santiguan y rezan algunas oraciones para que el alma del fallecido no atormente su existencia. El cadáver es plurivalente, su presencia estructura un tipo de relación determinada con los vivos e influye en los vínculos que se establecen entre sobrevivientes.

Es menester resaltar el argumento que concibe el arreglo del difunto y la producción de un tipo específico de cadáver para la presentación en el velorio/funeral como un mecanismo para la re inserción

del fallecido en el mundo social. Hago esta afirmación ya que, siguiendo los testimonios de tanatólogos y deudos, cuando una persona fallece se desnaturaliza su presencia en el mundo de los vivos. Puede que el amor y las emociones que se sienten por la persona fallecida sigan vigentes. No obstante, en el contacto con el cuerpo del difunto está mediado por el temor a que el alma haga daño o al contagio por bacterias. Es por esto que cuando el tanatólogo le devuelve a los dolientes el cuerpo arreglado, retorna del estado de aislamiento en que se encontraba y se prepara para la celebración de los rituales que iniciaran su partida. Así mismo, otro aspecto por destacar es la construcción de recuerdos en los espacios de velación y entierros con la ayuda de la imagen que se refleje en el cadáver del difunto. Sin embargo, es importante no olvidar que estos recuerdos que comenzaron a hilarse en el día del velorio o el entierro, puede que con el paso del tiempo se vayan transformando y algunos paulatinamente relegándose al olvido sin desvanecer en su totalidad (tema que será tratado en el tercer capítulo).

Para finalizar, es importante detenernos y enfatizar que no todos los procesos de preservación, de arreglo y los ritos fúnebres son iguales para todas las comunidades que sufren la pérdida de un ser querido. Como vimos, los grupos sociales dependen de diferentes sistemas de creencias que estructuran su actuar. Para este proyecto de investigación expongo casos específicos que se ubican en la ciudad de Cali, y la mayoría de velorios a los que pude asistir eran de comunidades católicas, aunque también asistía a ceremonias judías y evangélicas.

CAPÍTULO III

Este último capítulo es un complemento del anterior. Lo que se busca es analizar cómo interpretan el cadáver los individuos en las diferentes etapas y transformaciones que sufre. Se pretende examinar esta relación que establecen los vivos con los cadáveres y detallar cómo cambia de acuerdo con el estado en

que se encuentre el cuerpo del difunto (tal como falleció, congelado en Medicina Legal, arreglado y maquillado, enterrado o cremado). De igual manera, se reflexiona cómo se lleva a cabo el proceso de re inserción del difunto en el entramado social luego haber sido apartado para examinarlo en Medicina Legal o arreglado en el laboratorio de tanatopraxia. También es menester considerar el mismo cadáver como un mecanismo que moldea los diversos procesos de duelo, basados en gran medida en las mismas creencias del fallecido y de la comunidad que lo rodea.

Para lograr alcanzar estos objetivos planteados se presentan dos casos. Está el caso de Rubiela, quien relata sus últimos días de vida y la relación e interacciones que tuvieron las personas cercanas a ella antes y después de fallecer. Luego es presentada la historia de María José Grisales, una joven que decidió quitarse la vida, y de su amiga Sofía Valencia (otra joven de 21 años), quien se encargó de los trámites legales y administrativos. Se analizan las relaciones que se establecen con la difunta y el trasfondo que hay detrás de este vínculo con María José sabiendo que su muerte fue un suicidio. Surge el interrogante acerca de las similitudes o divergencias en las interacciones que se tejen con los difuntos dependiendo de la persona, su edad, su género, y sobre todo, la manera en que murió (muerte natural, muerte violenta, suicidio). Esta sección gira en torno a la perspectiva y visión de los deudos.

EL ÚLTIMO ADIÓS DE UN MORIBUNDO

Su muerte ya estaba anticipada. Varios meses atrás su estado de salud no era el mejor. Doctores, enfermeras, medicamentos y costosos tratamientos eran el día a día de Doña Rubiela. Dalila, su hija,

quien se había encargado de todos los trámites para que el estado de salud de su madre mejorara, veía muy opaco el futuro. Con el transcurso de los días la veía cada vez peor. Fue por esto que tomó una decisión como último recurso: hospitalizarla. Dalila, una mujer de 48 años, en cuyo rostro regularmente se reflejaba una sonrisa, ahora expresaba en sus ojos la profunda tristeza de una hija preocupada por el porvenir de su madre. Doña Rubiela, aquella señora que durante muchos años se había encargado de la crianza de Dalila, ahora se encontraba postrada en una silla de ruedas, mirando a su alrededor lo que acontecía y balbuceando cosas que en muchas ocasiones no se lograban entender. Rubiela para ese entonces, diciembre de 2017, tenía aproximadamente 80 años de edad, y su cabeza ya totalmente cubierta de canas hacía juego con su flaqueza extrema. El tiempo, y sobre todo un accidente que sufrió, deterioraron su salud notoriamente. Fue después de una operación de cadera, cuando al parecer la anestesia tuvo un efecto adverso y aceleró la demencia senil leve que padece. Esto llevó a Rubiela a una cama y a no poder alimentarse o valerse por su propia cuenta.

Iban pasando las horas, los días y los meses, y Dalila notaba que su madre en vez de mejorar, cada vez estaba en un estado más deplorable. Por ello decidió internarla en la Clínica Esimed. Me pidieron el favor de llevarla. Al llegar pedimos una camilla o una silla de ruedas para transportarla con mayor facilidad. Ante la ineficiente respuesta del personal administrativo y de salud de la clínica, me vi en la obligación de llevar en mis brazos a Doña Rubiela hasta la entrada de urgencias. Algunos quejidos logré escuchar cuando abrí la puerta, que se fueron incrementando paulatinamente cuando intentaba buscar la manera de cargarla sin hacerle daño. Se veía tan frágil, tan indefensa que en realidad me daba temor agarrarla y quebrarle algún hueso o lastimarla. La cargué como pude y con cautela, pidiendo ayuda y gritando que me facilitaran una silla de ruedas. Tuvieron que pasar casi diez minutos para recibir una respuesta. Dalila había conseguido una camilla para aquel frágil cuerpo que yacía en mis brazos.

Aquel día tan agobiante había finalizado, pero sólo era el principio de un dificultoso camino. Todos los días Dalila se veía en la obligación de quedarse en la clínica, día y noche metida en esa

habitación. Algunas veces conseguía reemplazo de familiares que la ayudaban, pero la principal afectada era ella, quien tenía que lidiar con el estado de su madre. El sábado 3 de febrero de 2017 el teléfono de mi casa sonó en horas de la mañana. Se escuchan unos quejidos que posteriormente se convertirían en un llanto desconsolador. Con tan solo ver a mi hermano supe lo que había pasado. Fui rápidamente a abrazar a mi mamá y a mi abuela, quienes eran las más afectadas. No podían contener las lágrimas ni los alaridos de dolor. Ella había partido. La tía Rubiela, dijo mi mamá entre lágrimas, ya no estaba. Todo esto se confirmó minutos después con un mensaje de Dalila al grupo familiar: “Mi madre acaba de trascender de este mundo terrenal a un mundo espiritual, ¡gracias Dios Padre por la Madre que me diste! Te amo mamá”. ¿Qué era eso de trascender a un mundo espiritual? ¿Será que la memoria de Rubiela ahora estaría solamente en nuestras mentes como algo simbólico?, ¿o, habría otra cosa que impulsara al recuerdo y a la construcción de la imagen del difunto? Horas después me daría cuenta de que el recuerdo de Rubiela no era algo meramente intangible, sino que otros aspectos materiales como su cuerpo entrarían a funcionar.

Ese mismo sábado el anuncio del velorio no se hizo esperar. Eran las diez de la mañana y otra vez el teléfono de la casa comenzó a sonar. Era Dalila, quien en un tono más calmado nos comentó que a su madre la iban a velar en la funeraria Los Olivos. Mencionó que la velación iría hasta las tres de la tarde del siguiente, cuando la llevarían al cementerio. Mi mamá, mi papá, mi hermano, mi abuela y yo nos alistamos rápidamente y nos encaminamos rumbo a la funeraria.

Entramos con cautela, mirando de lado a lado. Al principio no vimos a nadie conocido, así que saludamos a los presentes y nos sentamos en un gran sillón de cuero gris. Comencé a examinar el lugar. Tenía ciertas similitudes con las salas que había visto en la funeraria Fraternidad. El color blanco predominaba, que combinaba con la suave música de fondo y con la tenue luz que iluminaba el lugar. Había una columna en el centro del salón y al fondo se encontraba aquello por lo que habíamos venido, aquello que había hecho reunir a personas de distintos lugares: el cuerpo sin vida de Doña Rubiela (ver

imagen 5). Se podía observar cómo un evento de estos era un motor para fortalecer las relaciones o vínculos familiares y de amistad que estuvieron perdidos durante muchos años atrás. Mi mamá no reconocía a nadie, pero mi abuela sí veía algunas caras conocidas que no había visto desde hace ya algún tiempo. La sala de velación se convierte en un espacio en el que se recrea la memoria y se traen al presente los recuerdos de eventos pasados. Tal como lo ve Dalila, las salas donde se llevan a cabo las velaciones son lugares propicios para que los vínculos familiares y afectivos se vuelvan más fuertes o. Es cierto que a ese lugar se acude para llevar a cabo un rito fúnebre. Ella considera que estas reuniones se prestan para la cohesión social y el fortalecimiento de los lazos que se han tejido pero que con los años se habían debilitado.

Algo similar piensa Sofía Valencia, estudiante de antropología de la Universidad Icesi, quien estuvo encargado de los trámites legales y administrativos para el entierro de una amiga suya. Sofía considera que los funerales son más compromisos sociales que llevan a cabo los individuos para darles un último adiós a los difuntos, y dejar impreso un último recuerdo en sus mentes de la persona que ya no está. Para ella, muchos de los velorios se hacen con la finalidad de sanar o liberarse de alguna carga y de las culpas que pesan en la consciencia de los individuos. Tal vez en vida, siguiendo el relato de Sofía, no se trató de la mejor manera al difunto y es por esto que para equilibrar las cosas o remediar malos comportamientos se llevan a cabo estos rituales. No solo son para purificar, sanar y guiar el recorrido del difunto al más allá, sino también sirven para alivianar la carga del duelo.

Dejé a un lado a las personas que se encontraban reunidas en la sala y me dirigí a explorar un poco la funeraria. Bajé las escaleras y me encontré a la persona que había estado arreglando la sala de velación y que servía los tintos o aromáticas. Me acerqué y le pregunté acerca de unas libreticas que había visto en la sala. Mencionó que era una cartilla para aconsejar a los familiares en el proceso de duelo. Este cuadernillo es publicado por los Olivos y contiene el novenario a los difuntos (ver imagen 6), que hace referencia a nueve diferentes tipo de oraciones que se hacen en nueve días para que el difunto

y su alma encuentren el camino al cielo en busca del Señor. También hay plegarias (ver imagen 7) para ayudarle al muerto en su tránsito al más allá, como la oración a la esperanza, la oración de consuelo, la oración para no claudicar, la oración de aceptación, la oración cuando parten mamá y/o papá (ver imagen 8), y la oración para cuando mueren los hijos (ver imagen 9), entre otras. Además figuran mensajes de la funeraria que pretenden ayudar a los dolientes en su tristeza y proceso de duelo: “Llorar es bueno y necesario”, “Muerte por suicidio” (ver imagen 10) y “Muerte violenta como acto de amor” (ver imagen 11). En la parte final del cuadernillo hay un capítulo titulado “Rituales”, que es un paso a paso del proceso de duelo. Los contenidos de la cartilla muestran cómo la memoria póstuma del difunto es construida no sólo en el laboratorio de tanatopraxia por el tanatólogo, sino también en las mismas salas de velación. No obstante, a pesar de que muchas de las cosas que se encuentran en esta libreta son dedicadas a encaminar el alma del difunto al cielo, Carlos (que había trabajado muchos años en los Olivos) dijo que la conmemoración a la vida y a las personas que se encuentran en el velorio es uno de los objetivos principales de la funeraria y de los servicios que presta.

Los velorios buscan generar la aceptación de la pérdida e interiorizar la partida del ser querido. Según Carlos, un empleado de la funeraria, la funeraria promueve la construcción y evocación de recuerdos agradables, la creación de lazos fraternales y cimentar comunidades que compartan la pérdida de un ser querido. Es por esta razón que la funeraria los Olivos tiene servicios de apoyo y terapias para los dolientes. Alivia, que es la unidad integral de apoyo al duelo, consiste de grupos que ayudan a quienes han perdido allegados o familiares en su dolor. Dictan conferencias, tienen grupos terapéuticos y otras actividades.

Con estas actividades promovidas por Los Olivos se crean comunidades de duelo. Pude llegar a esta afirmación, ya que, a pesar de que los muertos de las personas que acuden a estos grupos no hayan sido víctimas de eventos trágicos como una masacre, comparten algo en común: el dolor por la pérdida de un ser querido. Este aspecto en común permite la construcción de una comunidad de duelo en la que

se comparten experiencias y se crean lazos de solidaridad. Saber que hay otras personas que están pasando por el mismo proceso y que probablemente sienten un dolor similar al propio, según Carlos, es algo fundamental para que estas comunidades de apoyo funcionen. Habló del caso de dos madres que comenzaron a asistir a estos grupos de ayuda y que conforme iban transcurriendo las sesiones, se dieron cuenta de que a pesar de que sus hijos murieron por causas diferentes (uno ahogado/suicidio y el otro atropellado), ellas compartían muchos sentimientos. La sensación de vacío y de ausencia era uno así como el sentimiento de culpa por no haber cuidado de sus hijos. Sus hijos habían fallecido por causas distintas, pero las reacciones y el impacto que causó su pérdida son similares. Se comparten emociones y se tejen relaciones.

A pesar de que no todas las experiencias de los dolientes que asisten a estos grupos de apoyo tienen que ver con un evento traumático como una masacre, considero que el concepto de comunidades emocionales que presenta Jimeno en su texto “Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia” (2007) puede utilizarse para el caso que expongo. Esta autora argumenta que “la comunicación de experiencias de sufrimiento -las de violencia entre estas- permite crear una *comunidad emocional* que alienta a la recuperación del sujeto y se convierte en vehículo de recomposición cultural y política” (Jimeno, 2007: 169). Con este concepto de comunidad emocional la autora busca analizar cómo al compartir experiencias y vivencias similares de sufrimiento se promueve la reconstrucción del tejido social, las redes sociales y la reinserción de las personas afectadas en la sociedad. A pesar de que Jimeno afirma en un principio que en el contar y narrar las experiencias de dolor está la clave para la creación de comunidad y la recuperación del sujeto, páginas después argumenta que hay una conveniencia en apoyar el silencio de quien ha sufrido, pues su conocimiento sería “venenoso”.

Este conocimiento envenenado, trabajado principalmente por Veena Das (1997), expone este dilema presente en varias sociedades que sufrieron calamidades entre hablar y callar. Al momento de entrevistar a los deudos, teniendo en mente lo dicho por Das y Jimeno, pude reconocer que en el callar

hay una cantidad enorme de información. En la expresión de una persona que rompe en llanto se lee su dolor, sus sentimientos y sus expectativas. Un silencio dice más que mil palabras.

Es por esto que considero pertinente acoplar el concepto de *comunidad emocional* que presenta Jimeno a lo que pude observar en campo. No siempre un evento de violencia de gran magnitud como una masacre o un genocidio debe ser el causante para crear una comunidad como la que propone Jimeno. Los dolientes que sufrieron la muerte de un familiar o allegado, por diferentes causas, pueden ser quienes a través de la narración de sus experiencias, o de su silencio, creen una comunidad emocional que les permite tejer nuevamente lazos sociales que se deterioraron con la pérdida de un ser querido.

LA ESTÉTICA Y EL RECUERDO DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS DEUDOS

Cuando vi en la cartilla el mensaje que hablaba de la muerte por suicidio pensé en la entrevista con Sofía Valencia, quien vivió la muerte de, María José, su amiga de infancia, y se hizo cargo de los trámites del velorio. María José había tenido varios intentos de suicidio. Un jueves en la madrugada llama a Sofía un policía preguntando si era conocida o familiar de la señorita María José Grisales, pues necesitaban que alguien reconociera el cuerpo. La incredulidad y la desazón por esta noticia acongojaron a Sofía, quien sin pensarlo dos veces cogió el carro y se dirigió a Tuluá. ¿Será que era una broma de mal gusto? ¿Había alguna equivocación? ¿Tal vez estaría soñando?

Al llegar y ver la casa acordonada por la cinta amarilla de la policía, Sofía comenzó a entender la dimensión del asunto. Entró a la casa que por muchos años la vio crecer. Saludó a la abuela de María José, que a pesar de sufrir de Alzheimer sabía lo que estaba sucediendo. Salió al patio, según las indicaciones de la Fiscalía, y al momento de alzar la cabeza entró en un momento de shock. Estaba estática, se enmudeció y su consciencia sólo le decía que la bajarán ya, que no quería verla colgada allí un minuto más. Un silencio ensordecedor inundaba cada rincón de aquel lugar de la casa, y se desvanecía con las preguntas de los agentes: ¿Sí es ella? ¿Es María José Grisales? De su boca salió un sí cortante y

conciso, pero en su cabeza continuaba retumbando la idea de bajarla, de no querer ver más a su mejor amiga colgada del enrejado.

A Sofía algo le causaba curiosidad. Cuando las personas de la Fiscalía comenzaron a preguntarle acerca de la vida de María José (sobre los novios, si tenía problemas familiares o en la universidad) su reacción fue de disgusto, puesto que Sofía alcanzaba a oír cómo decían: “Cómo lo va a hacer siendo tan joven”.

Esta decisión, la de quitarse la propia vida, es vista por algunas personas como algo moralmente reprochable. Mi abuela, una de ellas, afirma que el cielo no está preparado para recibir personas que deciden acabar con su propia existencia. Las culpas entre los sobrevivientes comienzan a florecer, y se trata de señalar responsables que justifiquen el suicidio. No sólo la corporalidad del individuo se hace relevante en la configuración de la última imagen que se tiene del fallecido, sino que también un aspecto como la carga moral que acarrea un suicidio hace parte de la construcción de este recuerdo final.

Empero, hay que preguntarse: ¿El suicidio y su significado es igual para todos? Según Durkheim define el suicidio como “todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, sabiendo ella que debía producir este resultado” (Durkheim, 1928: 5). Como se observó en el caso de María José, cuando la Fiscalía entró en la escena del crimen, las hipótesis y especulaciones inundaron la casa. Tenían claro que había sido un suicidio, pero no el motivo que había llevado a la joven a quitarse la vida. Hay un espectro bastante grande de posibilidades y, por ende, el suicidio no puede verse como un simple acto de rebeldía o cobardía, como mi Abuela y Pedro lo perciben. Este acto no debe analizarse bajo una mirada que acusa y condena, sino que se deben comprender las razones desde un contexto más amplio, teniendo en cuentas aspectos sociales, culturales, económicos, , entre otros. Como manifiesta Durkheim, “la intención es una cosa demasiado íntima, para que pueda ser apreciada desde afuera y por aproximaciones groseras” (Durkheim, 1928: 4). Hay que conocer y analizar el suicidio desde adentro, desde la familia, desde los amigos, desde la pareja.

Por ello considero pertinente resaltar de la historia de Sofía la ausencia de humanidad que puede llegar a tener el cadáver en una etapa de su recorrido final. Cuando hicieron el levantamiento del cuerpo de María José y lo llevaron a las instalaciones de la Fiscalía, el paso a seguir era meter el cadáver en unos congeladores gigantes para que no se descompusiera. Duró una semana congelado y cuando llegó el momento de los ritos fúnebres, Sofía con un nudo en la garganta y ofuscada me dijo que para ella ese cuerpo ya no valía nada, no había persona, no había más María José Grisales. El cuerpo de su amiga se encontraba en tal estado de rigidez y con una posición tan anti-natural que lo único que ella pensaba era que ese conjunto de carne y huesos no era la persona que la había acompañado durante años.

Siguiendo esta idea, Sofía considera que cuando se echa la primera pala de tierra al hueco donde el cadáver será enterrado ya no hay nadie, ya no hay persona. Ahora es sólo algo netamente biológico que entrará en un proceso natural de descomposición. Para ella, el ser humano y la persona que antes ocupaba el cuerpo enterrado se traslada al campo inmaterial de la memoria. A mi parecer, lo que se evidencia es una desmaterialización de la esencia del individuo, cuyo cuerpo sigue existiendo en el mundo terrenal en forma de cadáver, pero su esencia y carácter de humano se ha trasladado al campo de la memoria y de los recuerdos. Sofía considera que se genera una separación del mundo material (cuerpo-cadáver) y del mundo inmaterial (personalidad-esencia como ser humano).

¿Pasa de igual manera cuando el tanatólogo entrega el cadáver a los dolientes? Siguiendo los testimonios de Sofía y de mi abuela, el trabajo de las personas que arreglan los cuerpos es bueno. Sin embargo, a pesar de todos los arreglos y retoques que le hacen al difunto, pierde la esencia y personalidad del individuo. Es cierto, el tanatólogo busca dejar al fallecido lo más parecido a cuando estaba vivo. Pero para estas dos mujeres esto difícilmente se logra, ya que en muchas ocasiones las huellas de la muerte son difíciles de ocultar. Así mismo, para los casos de las difuntas María José Grisales y María Isabel Echeverri, los familiares o allegados que recibieron los cuerpos después de que el profesional en tanatopraxia hiciera su labor en el laboratorio, coincidieron en no habían maquillado bien sus cuerpos,

pues el resultado final distó mucho del rostro que deseaban ver. Criticaron el exceso de maquillaje y errores en la escogencia de los colores. A pesar de que hicieron exigencias y peticiones antes de que el tanatólogo hiciera su trabajo, consideraron que en el velorio les dieron algo que no querían. Tal vez no era esa la última imagen del difunto que anhelaban recordar.

La memoria póstuma del difunto está en disputa. En la mente del tanatólogo y en su laboratorio se crea una idea de cómo se debe presentar al difunto en el funeral, siguiendo sus conocimientos biosanitarios y morfológicos. Hay casos en los que los deudos quedan totalmente agradecidos por haber hecho casi que magia con el arreglo del difunto, así como en ocasiones hay disgusto por la manera en que se preservó y arreglo el cadáver.

El cadáver comienza a ser un objeto en disputa. Es cierto, como mencionan tanatólogos y dolientes, el cadáver es un cuerpo que aún sigue teniendo importancia en el mundo social y en el entramado de relaciones y, por ende, necesita ser tratado con respeto y no verlo como una cosa o producto. Empero, este discurso choca con algunas prácticas cuando una persona fallece. Por ejemplo, si la persona murió por alguna causa que haga necesaria la intervención de la Fiscalía, su cadáver entra en un campo de disputa constante, tal como sucedió con el caso de María José Grisales. Su cuerpo, por un lado, por parte de la Fiscalía era visto como una prueba o evidencia más para la resolución del caso. Como afirma Aguilar, el cadáver “ocupa el escenario de Acontecimiento, aquel que es testigo del momento de cadaverización del sujeto en cuestión, donde la superficie de su cuerpo se vuelve texto con los registros de la circunstancias de muerte. En esta primera instancia, el cuerpo-cadáver es el signo puro de la defunción.” (Aguilar, 2015: 129).

Por otro lado, nos encontramos con los reclamos de familiares o allegados, quienes exigen que se les entregue el cadáver para hacer los ritos fúnebres necesarios. Es el caso de María José Grisales, cuyo cuerpo se encontraba congelado y Sofía junto a otros amigos exigían que les dieran el cuerpo lo más pronto posible para llevar a cabo el entierro. Sin embargo, su cuerpo estaba en custodia. Su cadáver aún

era considerado evidencia que no podía ser manipulada por personas que no fueran los expertos de la Fiscalía o de Medicina Legal. Los vestigios de su muerte, plasmados en su cuerpo, eran las pistas que las autoridades necesitaban para dilucidar las causas del suicidio. El cuerpo comienza a disputarse por las partes. Siguiendo a Aguilar:

el cadáver es un cuerpo que se dimensiona socioculturalmente por una serie de intereses compartidos (...)

Esto convierte al cadáver en una superficie potencialmente polémica, delicada y por consiguiente de minucia trato. A este cuerpo inerte le sobreviene una travesía de “instancias” reguladoras antes de arribar a su morada definitiva: el enterramiento (Aguilar, 2015: 3).

El cadáver de los individuos despierta diferentes intereses y es objeto de constantes traslados. En los hospitales se interesan por la persona recién fallecida. Muchos centros de salud evalúan los cuerpos sirven para la donación de órganos o, en su defecto, si pueden ser prestados o vendidos para fines educativos (modelos para las clases universitarias). Por otro lado, hay empleados de las funerarias que se encargan de ir a los hospitales para estar pendientes de las personas que están a punto de fallecer para, ofrecer a los allegados el paquete funerario: traslado, arreglo, velorio, entierro o cremación.

Para finalizar este capítulo deseo traer a colación dos elementos, relacionados entre sí, que surgieron en las entrevistas con los deudos. El primero es el proceso de metamorfosis que sufre el cadáver cuando es cremado. El segundo aspecto a resaltar es la cuestión del olvido. Sofía Valencia me contó que una de las peticiones de su amiga era que ser cremada y que sus cenizas fueran esparcidas en el mar. Al inicio creía que era una petición sencilla y fácil de conceder. No obstante, Sofía mencionó que fue uno de los procesos más engorrosos de todos los trámites que le tocó hacer. En primera instancia, debido a que la muerte de María José fue fruto de una acción violenta, su cadáver no podía ser cremado, ya que su cuerpo era todavía materia de evidencia. Otro obstáculo fue la gran cantidad de papeleo para llevar las cenizas a Panamá para esparcir las cenizas en el mar. Trasladar un cuerpo al exterior, ya sean cenizas o el cuerpo preservado, es un papeleo agotador.

La pregunta es, ¿dónde entra en juego la noción de olvido? Pues bien, Sofía dijo que una de las razones principales por las que María José había querido que la cremaran y sus cenizas fueran esparcidas en el mar era para no caer en el olvido. La mamá de María José se encargó del ritual. Viajó a Panamá y se embarcó en un crucero, y mar adentro (grabando y subiendo todo a YouTube¹⁵) lanzó y esparció las cenizas para que se diluyeran con la marea. ¿Cómo se recuerda a una persona transformada en cenizas? ¿Cambia el último recuerdo y la imagen final del fallecido? ¿Se recuerda cuando aún su cuerpo estaba entero en el velorio/funeral? ¿La memoria póstuma del difunto girará en torno a sus cenizas? Estos fueron algunos de los interrogantes que me fueron surgiendo conforme iba avanzando el relato de Sofía. Para ella el cuerpo congelado en las neveras de la Fiscalía, ya no era más María José Grisales, ya no era más persona. Que se hubiera convertido en cenizas no había cambiado en absoluto su percepción. La imagen que le había quedado a ella por última vez fue la de su cuerpo suspendido en aquel enrejado con el cuello de diferentes tonalidades.

Bertha Mora también cremó a su hija. A pesar de esto, la finalidad de haber convertido a su hija en cenizas era distinta. Bertha quería guardar las cenizas de su hija en la casa, en un pequeño cofre de madera (ver imagen 12), para que de esta manera, según ella, su hija la siguiera acompañando. Justo al lado de las cenizas, tiene fotografías de su hija y de otros miembros de la familia (ver imagen 13). Sin embargo, uno de los elementos que más me causó curiosidad fue encontrar en un pequeño folder con hojas sueltas la contabilización de los días (escrito en letras) desde la partida de su hija (ver imagen 14 y 15). Todo esto con la finalidad, me contó Bertha, de que ni ella ni ningún miembro de la familia fuera a olvidar a su niña.

Pero, ¿qué es el olvido? Según Augé:

Lo que olvidamos no es la cosa en sí, los acontecimientos “puros y simples” tal y como han transcurrido (...) sino el recuerdo. ¿Qué significa realmente el recuerdo? (...) el recuerdo es una “impresión”: la

¹⁵ El enlace del video el que la mamá le hace la despedida a su hija es: <https://www.youtube.com/watch?v=JK-1wRfEIP8>

impresión “que permanece en la memoria”. Y la impresión se define como el efecto que los objetos exteriores provocan en los órganos de los sentidos (Augé, 1998: 11).

Con la definición de recuerdo que propone Augé podemos analizar cómo la profesión del tanatólogo se vincula al campo de la memoria. Teniendo en cuenta que el recuerdo es una “impresión” que permanece en la memoria, y esta impresión es causada por el efecto que los objetos exteriores provocan en los órganos de los sentidos, la función del tanatólogo se puede concebir como un mecanismo para la producción de recuerdos, ya que está encargado de generar los estímulos externos necesarios para crear recuerdos y moldear la memoria de los deudos a través del arreglo del cadáver y la imposición de rasgos físicos.

Ahora bien, considero pertinente cuestionar si realmente el olvido es algo que pueda lograrse en su totalidad. A mi parecer no es posible, o al menos en su totalidad, ya que como afirma Hertz, “el olvido no es un proceso simplemente negativo; implica todo un trabajo de reconstrucción” (Hertz, 1990: 95). La imagen y recuerdo del difunto no desaparecen de la noche a la mañana. Es un proceso complejo que no puede completarse del todo. La memoria y los recuerdos no son algo que pueda eliminarse tan fácilmente, puesto que en el mismo proceso del olvidar se está recordando. El proceso de olvidar es un proceso también de evocación. Cuando se está intentando olvidar algo, también se piensa en ello, y es así muy difícil apartarlo del pensamiento, ya sea individual o colectivo. Siguiendo esta línea de ideas, Blair, citando a Todorov, afirma que:

No hay verdadera oposición entre la memoria y el olvido. En caso del duelo, concretamente en relación con la memoria, señala que al principio nos negamos a aceptar la realidad de la pérdida, pero progresivamente y sin dejar de querer al muerto, modificamos el status de las imágenes que le son amarradas y un cierto alejamiento viene a atenuar el dolor (Blair, 2002: 17).

El caso de Bertha puede ser analizado de acuerdo con estos argumentos. Su duelo ha durado hasta el día de hoy, cada día que tengo la oportunidad de hablar con ella trae a colación la memoria de su hija. Varios de los familiares más cercanos han tratado de aconsejarla, diciéndole que “suelte” a su hija, que

termine ese duelo para que se quite esa carga de encima. No obstante, Bertha se niega rotundamente a hacerlo, ya que para ella olvidar a su hija es matarla nuevamente, matar su memoria y su recuerdo.

En una ocasión comentó que intentó hacerlo, que trató de olvidar a su hija y dejarla descansar en paz. Pero que entre más evadía el recuerdo, más la recordaba. Como afirma Blair, no hay una verdadera oposición entre la memoria y el olvido. Son dos elementos que se complementan e irán de la mano en la reconstrucción de eventos pasados. El olvido no es algo que se imponga y funcione con inmediatez.

Para concluir este capítulo se puede reflexionar acerca de las divergencias en el concepto de estética de deudos y tanatólogos. Los tanatólogos buscan dejar al difunto lo más parecido a cuando estaba vivo, y para ello se guían por los conceptos de simetría y balance. El rostro debe tener cierta forma simétrica y el maquillaje que se le aplica debe estar balanceado, buscando un equilibrio en los colores y cantidades. Es por esto que el cadáver se convierte en objeto de disputa, en el cual se desean ver reflejados los intereses de las diferentes partes.. El cuerpo del difunto articula una disputa alrededor de su transformación ya que entran en escena diversos intereses y actores.

Está Medicina Legal que concibe el cadáver, normalmente en casos de muertes violentas, como evidencia para la resolución de casos. Los dolientes, como Sofía Valencia, consideran que el cadáver al estar en las neveras de Medicina Legal se deshumaniza y el trato que se le da es similar al de una cosa. Es por esto que algunos deudos, cuyo difunto está en Medicina Legal, ven la necesidad de sacar el cuerpo de aquellas neveras para llevar a cabo los ritos fúnebres necesarios para el duelo. Sin embargo, hay casos como la muerte de María José Grisales que deben revisarse con detenimiento. En primera instancia, su fallecimiento fue un suicidio y este es un factor determinante que estructura un tipo de relación particular entre el cadáver y la sociedad. Es cierto que, como afirma Durkheim (1928), hay que tener en cuenta la intencionalidad y el tipo de suicidio que se analiza. Esto permite no caer en generalizaciones indebidas y creer que, casos como el de María José, representan las motivaciones o un tipo de suicidio universal.

Esto demuestra la importancia de conocer la causa de muerte en la creación del vínculo que establecen los vivos con los muertos, y de los imaginarios o representaciones que emergen sobre el difunto.

Finalmente, es pertinente reflexionar acerca de la cremación. Una de las peticiones que María José Grisales le hizo a Sofía antes de morir fue el deseo de ser cremada y que sus cenizas fueran esparcidas en el mar. Esto genera varios interrogantes: ¿Qué diferencias existen entre el cadáver como eje articulador entre vivos y muertos cuando este es cremado? ¿Es diferente el vínculo que establecen los deudos con el cadáver arreglado en el ataúd, con el cadáver enterrado y con las cenizas? Los datos recolectados en campo permiten esbozar un análisis que está guiado por la creación diferenciada de relaciones entre vivos y muertos según la “etapa física” en que se encuentre el cadáver. Por ejemplo, la relación que se instauró entre Bertha Mora y su hija fallecida fue muy diferente estando cremada que cuando estuvo bajo tierra en el ataúd. A pesar de que la comunicación entre Bertha y su hija era constante a través de las visitas dominicales al cementerio, ella menciona que este vínculo se fortaleció cuando recibió en un cofre las cenizas de su niña. También cambió como vive el duelo. Ahora tenía a su hija al alcance de sus manos y podía materializar su esencia entablado un diálogo a través de aquel pequeño cofre de madera. Esto muestra que el cadáver es algo mucho más complejo que un conjunto de órganos, huesos y músculos. Su existencia en el mundo de los vivos condiciona muchas relaciones y rige diferentes instituciones. Queda la invitación abierta a seguir esta línea de investigación.

CONCLUSIONES

Al comenzar este proyecto de investigación mencioné que su objetivo central es comprender **de qué manera el cadáver se establece cómo un eje articulador de la relación entre vivos y muertos en la ciudad de Cali**. Me referí a los inicios de algunos tanatólogos de la ciudad de Cali que trabajan en diferentes funerarias. Describí sus primeros pasos en la tanatopraxia y las fuentes (seminarios, congresos, cursos, etc.) para obtener los conocimientos que tienen para la preservación de un cadáver. Analicé cómo el cadáver articula diferentes tipos de relaciones. Así mismo, reflexioné sobre cómo el cuerpo muerto se vincula a la profesionalización del manejo y arreglo del cadáver a través de la tanatopraxia. Examiné también cómo la coexistencia del cadáver con los vivos promueve la creación de normas y restricciones por parte de entes reguladores, como el Ministerio de Salud y Protección Social, para velar por la integridad y salud de las personas. Luego, en los capítulos II y III, describí cómo el procedimiento de la preservación y arreglo de cadáveres lleva a la construcción de un tipo de cadáver específico que posteriormente entrará a intermediar la relación entre los vivos y los muertos.

Un primer punto a resaltar, basándome en los relatos de los cuatro tanatólogos entrevistados, es que a la tanatopraxia en Cali le falta mucho aún para llegar al grado de complejidad que tiene en ciudades como Bogotá y especialmente Medellín. En Cali, según mis entrevistados, no hay cursos específicos para estudiar esta profesión. Solamente en 2012, la Universidad Santiago de Cali ofreció un diplomado en tanatopraxia, que no duró mucho tiempo. Todos los tanatólogos con los que hablé tuvieron que tomar cursos y diplomados en ciudades diferentes a Cali. En Bogotá están el SENA y Medicina Legal, en Medellín el Tecnológico de Antioquia, y hay otras ciudades en las que se imparten cursos esporádicos como Pereira y Manizales. Varios de los tanatólogos entrevistados comenzaron ejerciendo otros oficios, algunos afines al mundo funerario, y se iniciaron como tanatólogos de manera empírica. Sin embargo, para especializarse y adaptarse a los nuevos procesos de tecnificación en el campo de la tanatopraxia, deben partir a otras ciudades.

Así mismo, de acuerdo con el testimonio de Milton, la organización y lazos de compañerismo entre los tanatólogos de la ciudad son escasos. Hay tanatólogos conocidos entre funerarias, ya que es una comunidad pequeña. A pesar de esto, no existe una agremiación consolidada con la finalidad de pedir mejoras laborales para un oficio que acarrea un riesgo laboral de segundo nivel, por el peligro latente de contraer alguna enfermedad degenerativa por exposición a sustancias contaminantes y nocivas como el formaldehído. No se evidencia una cooperación entre los profesionales en tanatopraxia, y es algo que Milton critica, ya que al ser una comunidad tan pequeña debería haber unión así sea para la difusión de nuevos conocimientos y técnicas. Es a inicios del presente siglo que el Ministerio de Salud y Protección Social comenzaron los procesos de certificación que les exigen a las funerarias que sus tanatólogos tomen el curso en tanatopraxia| y disección que ofrece el SENA, con el fin brindar un mejor servicio a la comunidad.

Ahora bien, ¿cómo responder a la pregunta central de este proyecto de grado? En un principio, cuando comencé a ir a las funerarias, a hacer etnografía de los velorios, a analizar el lugar de trabajo de

los tanatólogos, no era muy claro cómo podía responderla. Fue cuando iniciaron los diálogos con estos profesionales de la muerte y con las personas que habían tenido experiencias con velorios que las hipótesis y posibles respuestas comenzaron a aparecer. Por un lado, logré desnaturalizar la idea que tenía de que el cadáver solamente servía para efectuar los rituales fúnebres (velorio, misa, entierro, etc.) y llevar a cabo el proceso de duelo. Con esta investigación me di cuenta de que el cadáver y su coexistencia con los sobrevivientes interviene en diferentes aspectos de la vida cotidiana.

Por ejemplo, en el primer capítulo se reflexionó sobre el papel que cumplió y cumple el difunto en la profesionalización del manejo y arreglo del cadáver en Colombia. La preocupación latente del estado por la salud pública a finales del siglo XIX llevó a crear medidas y normas más rigurosas con respecto a la manipulación del. La higiene y el temor al contagio de enfermedades aumentaron las restricciones y llevaron al gobierno a darle la autoridad al Ministerio de Salud y Protección Social para regular la manipulación de los fallecidos. Es por esto mismo que las velaciones salen de los hogares y se trasladan a lugares especializados en el tratamiento, preservación y arreglo de cadáveres: las funerarias. Paralelamente, la labor de arreglo de los cadáveres se especializa y profesionaliza.

Así mismo, se analiza cómo en el arreglo del difunto intervienen aspectos que sobrepasan el campo exclusivamente estético. Con las entrevistas y las diferentes observaciones hechas se observó cómo el cadáver entra a mediar y a ser moldeado a la vez por la relación sociedad-religión. En el proceso de preservación y arreglo del cadáver, los tanatólogos establecen consensos con los familiares o allegados, ya que muchas veces son comunidades guiadas por doctrinas religiosas muy marcadas. Estos profesionales mencionaron que en varias ocasiones les tocó dialogar y llegar a acuerdos con los deudos, puesto que les hacían exigencias que muchas veces no podían cumplir (por ejemplo no usar formol para la preservación). El quehacer del tanatólogo y su praxis tienen estándares y protocolos que no siempre pueden ajustarse a las peticiones de los dolientes, generando choques y discrepancias.

Por otro lado, el capítulo II propone concebir el arreglo del cadáver como un mecanismo social que, a través de transformaciones materiales (o físicas) del cuerpo (reconstrucción del rostro, camuflar heridas, maquillar), permite la re inserción del difunto en el entramado social. Estos cambios en el cadáver pueden entenderse a partir de la teoría de los ritos de paso que propone Van Gennep. El individuo que falleció, que es sacado del hospital o la morgue, transportado hacia la funeraria, ingresado al laboratorio de tanatopraxia, velado y luego enterrado o cremado, sufre un proceso conocido como rito de paso, que Van Gennep define como “todas las secuencias ceremoniales que acompañan el paso de una situación a otra y de un mundo (cósmico o social) a otro” (Van Gennep, 1984: 10).

El recorrido del cadáver, que va desde el hospital/morgue hasta la tumba/crematorio u otro lugar, atiende a las etapas que presenta Van Gennep en su texto: el rito de separación (preliminares), ritos de transición o de margen (liminares) y los ritos de agregación (postliminares). El difunto es separado del grupo social al cual pertenece cuando se entrega al tanatólogo y su presencia es concebida como peligrosa o contagiosa para los sobrevivientes. Luego se encuentra en un estado liminal al momento de ser velado, ya que (siguiendo concepciones propias del catolicismo que fue lo más recurrente que observé en campo) su alma se encuentra deambulando entre los dos mundos. Finalmente, el difunto arriba a su nuevo mundo, el de los muertos, de acuerdo con los testimonios de Sofía y Bertha, cuando se echa el primer palado de tierra o el cadáver ingresa en el horno de cremación. Es en ese preciso instante, con la ayuda de las oraciones que guían el alma, que el difunto parte en su totalidad hacia el otro mundo.

Otro elemento a destacar es la influencia que ejerce el cadáver en la construcción de relaciones entre vivos. Un ejemplo de esto es el vínculo que se establece entre el tanatólogo y la sociedad. Tras conocer el testimonio de varios tanatólogos y las opiniones de personas aisladas del mundo funerario, pude analizar los imaginarios y estereotipos que se crean de una persona cuyo oficio gira en torno a la muerte y al constante contacto con cadáveres. Algunos comentarios sobre estos profesionales los conciben como personas poco emocionales y sucias. No obstante, tras dialogar con los tanatólogos y

sumergirme en su entorno cotidiano, en su espacio de trabajo y convivir con ellos, se derrumbaron todos aquellos prejuicios e imaginarios que habían planteado algunos entrevistados.

Es cierto que, como mencionan Milton y Antonio, esta profesión requiere de una fortaleza emocional para no quebrantarse ante algunos casos que llegan a sus laboratorios que pueden ser duros de procesar. Lo que ve un tanatólogo en su día a día puede llegar a ser muy crudo.. Casos de personas mutiladas, cráneos destrozados por aparatosos accidentes automovilísticos, suicidios, niños recién nacidos... Al inicio de su labor como tanatólogos, algunos mencionaron sentir náuseas y experimentar sensaciones de tristeza al preservar difuntos que murieron trágicamente. La tenacidad y la fortaleza emocional son dos aspectos presentes en la personalidad de los tanatólogos. Sin embargo, varios afirmaron que una vez dejan los guantes, el uniforme y cruzan la puerta del laboratorio, dejan salir todas esas emociones y sacan lo que habían reprimido durante varias horas de trabajo. Esto me permite entender cómo los diferentes tipos de cadáveres y de muertes moldean un tipo de relación específica de estos profesionales con la sociedad, y crea estereotipos sobre su labor.

Otra reflexión final que me dejó este proyecto de grado es que el cadáver es una fuente inagotable de información y puede ser leído de diferentes maneras. Por un lado están los forenses que trabajan en instituciones como Medicina Legal. Como afirma Morales (2003), algunos de estos profesionales se guían por la definición de cuerpo muerto que da Foucault: “forma contemplada para describirla, cosa investida por un lenguaje, elemento para conocer la realidad.” (Foucault, 1981).

Por otro lado están los tanatólogos que, con lo aprendido durante años en la práctica y en la teoría, logran leer la corporalidad de los muertos. Son capaces de descifrar las huellas y los signos que están impresos en el cuerpo del difunto. Su conocimiento les permite reconstruir los hechos del pasado, de conocer las causas de la muerte, de leer sus cicatrices y determinar algunas características de la persona cuando vivía. El tanatólogo examina y estudia cada rincón del individuo que está arreglando, y es con esa información que le brinda el cadáver que este profesional procede y construye la imagen póstuma del

fallecido. A pesar de todo este conocimiento, como mencionó Antonio, “lo que uno descubre en el laboratorio, se queda en el laboratorio” (entrevista Antonio, 12 de agosto de 2017). La confidencialidad y la privacidad que se le brinda a la familia del difunto rige éticamente la praxis de los tanatólogos con los que pude dialogar.

Es por estos mismos saberes que, cómo menciona Morales (2003), el cadáver entra en disputa. Diferentes actores se relacionan con el difunto con finalidades e intereses distintos. Está Medicina Legal que a pesar de darle una identidad y nombre al cadáver, en cierto momento lo cosifica y lo concibe como evidencia. Como afirma Foucault, ven el cadáver como un elemento para conocer la realidad y descifrar cómo acontecieron los hechos. Por otro lado, intervienen las funerarias y los tanatólogos, cuyo interés es asistir a los dolientes (arreglando al difunto y camuflando todo vestigio de la muerte) para llevar a cabo el proceso de duelo. Y están los dolientes, como los entrevistados, que buscan relacionarse con el difunto en los diferentes rituales fúnebres que se hagan para dar el último adiós.

Las metamorfosis que sufre el cuerpo de un difunto crean relaciones diferenciadas, ya que, como mencionaron varios entrevistados, el vínculo entre vivos y muertos cambia según el estado en que se encuentre el cadáver. Congelado en las neveras de Medicina Legal, tendido en la mesa de disección del tanatólogo, arreglado en la sala de velación, bajo tierra en el ataúd o cremado; son algunas etapas del muerto que pude conocer en esta investigación. Puedo concluir que los individuos interactúan de forma distinta según la etapa en que se encuentra el difunto. Unos, como Bertha, sentían mayor conexión con el fallecido teniendo sus cenizas y no con el cadáver bajo tierra. Otros, como Sofía, sentían que ya no existía persona cuando el cadáver estaba congelado en las neveras de Medicina Legal; su esencia como ser humano se había desvanecido. El cuerpo sin vida se convierte en un catalizador de sentimientos, relaciones, conductas y formas de experimentar la muerte.

Para finalizar, deseo plantear algunas reflexiones sobre por qué la sociedad occidental, y más en concreto la sociedad caleña, considera la muerte como algo extraordinario y escandaloso. Muchas de las

personas que entrevisté consideraban la muerte, y específicamente el contacto con cadáveres, como algo tabú, algo que debe estar oculto y no expuesto al público en general. Considero que esta mentalidad se da, por un lado, por la influencia de la Iglesia en la sociedad colombiana desde hace más de cinco siglos. Por ello no podemos evitar ver la muerte con ojos de asombro.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar, P. (2015). *Análisis de la putrefacción a través de la representación plástica del cuerpo-cadáver en la morgue* (tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid, España. Recuperado de: <http://eprints.ucm.es/39065/>. (Fecha de consulta: 10/02/2018)

Allué, M. (1998). La ritualización de la pérdida. *Anuario de Psicología*, 29 (4), 67-82. Recuperado de: <http://www.raco.cat/index.php/AnuarioPsicologia/article/viewFile/61501/88348&a=bi&paginumber=1&w=100> (Fecha de consulta: 05/08/2017)

Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Recuperado de: <https://www.academia.edu/5163541/120914196-Las-formas-del-olvido-Auge-Marc>. (Fecha de consulta: 15/09/2017).

Bedoya, D. (S.f). Caracterización del sector funerario y la tanatopraxia en Colombia. Tomado de: <http://www.actiweb.es/menarguez/archivo1.pdf> (Fecha de consulta: 12/04/2017)

Blair, E. (2002). Memoria y narrativa: la puesta del dolor en la escena pública. *Estudios Políticos*, Vol. (21), 9-28. Recuperado de: <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/1413/1490>. (Fecha de consulta: 15/09/2017).

British Standards Institution (BSI¹⁶). (Sf). Norma OHSAS 18001- Gestión de la seguridad y salud laboral. Recuperado de: <https://www.bsigroup.com/es-ES/Seguridad-y-Salud-en-el-Trabajo-OHSAS-18001/> (Fecha de consulta: 05/08/2017)

De la Torre, R. & Gutiérrez, C. (2013). Variaciones y apropiaciones latinoamericanas del New Age. México: Publicaciones de la Casa Chata. P.p. 13-46.

Dussá, E. (2007). El cadáver como texto estético (Avatares semióticos de la necropsia). *Folios*, Vol. (26), 105-114. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n26/n26a10.pdf>. (Fecha de consulta: 15/09/2017).

Durkheim, E. (1928). El suicidio. Estudio de sociología. Madrid España: Madrid Editorial Reus (S.A). Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/67219556/Durkheim-El-Suicidio-Libro-PDF>. (Fecha de consulta: 11/05/2018).

¹⁶ Entidad de normalización empresarial. Recuperado de: <https://www.bsigroup.com/es-ES/Sobre-BSI/>

Escobar, A. (2005). Bienvenidos a Cyberia. Notas para una antropología de la cibercultura. *Revista de estudios sociales*, Vol. (22), 15-35. Recuperado de: <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.7440/res22.2005.01> (Fecha de consulta: 05/08/2017)

Gelacio, J.D. (2013). Memoria y resistencia. *Jurídicas*, 10 (2), 167-180. Recuperado de: [http://juridicas.ucaldas.edu.co/downloads/Juridicas10\(2\)_10.pdf](http://juridicas.ucaldas.edu.co/downloads/Juridicas10(2)_10.pdf) . (Fecha de consulta: 08/10/2017)

Guerra, Y. (2013). *La muerte y el proceso de morir en el budismo* (Tesis de maestría). Instituto de Ciencias de las Religiones- Universidad Complutense de Madrid. Madrid, España. Recuperado de: <http://eprints.ucm.es/29853/1/EPRINT.%20UCM.%20LA%20MUERTE%20Y%20EL%20PROCESO%20DE%20MORIR%20EN%20EL%20BUDISMO.pdf> (Fecha de consulta: 5/05/2017)

Halbwachs, M. (2004). Los marcos sociales de la memoria. Barcelona, España: Anthropos Editorial.

Hertz, R. (1990). “Contribución a un estudio sobre la representación colectiva de la muerte”, en *La muerte y la mano derecha*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 15-54.

Hernández, LM & Torrero, P. & Hernández, V. (2014). Virtualidad, Ciberespacio y comunidades virtuales. México, Juárez: Universidad Juárez del Estado de Durango (UJED). Recuperado de: <http://www.upd.edu.mx/PDF/Libros/Ciberespacio.pdf>. (Fecha de consulta: 03/04/2018).

Jimeno, Myriam. 2007. “Lenguaje, Subjetividad y Experiencias de Violencia” En: *Revista Antípoda* N°5 Julio-Diciembre. Recuperado de: <file:///C:/Users/1144084705/Downloads/Dialnet-LenguajeSubjetividadYExperienciasDeViolencia-2542888.pdf>. (Fecha de consulta: 03/04/2018).

Kiyotaka, T. (Productor) (2001). Orozco el embalsamador (YouTube). De https://www.youtube.com/watch?v=xG60-lk0o_U&has_verified=1

López Castro, M.B. (2016). El aula de anatomía y el laboratorio de disección. Una aproximación etnográfica al estudio de la anatomía humana. *Cuadernos de antropología social*. Vol. (43), 129-142. Recuperado de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-275X2016000100010. (Fecha de consulta: 07/03/2018).

Lomnitz, C. (2006). *Idea de la muerte en México*. México: Fondo de Cultura Económica

Matta, L. (2012). El oficio del sepulturero. Etnografía. *Anuario de antropología social y cultural de Uruguay*, Vol. (10), 133-146. Recuperado de: https://www.academia.edu/4139045/El_oficio_de_Sepulturero._Etnograf%C3%ADa. (Fecha de consulta: 10/02/2018)

Mandressi, R. (2008). Técnicas de disección y tácticas demostrativas: instrumentos, procedimientos y orden del pensamiento en la cultura anatómica de la primera modernidad. *Historia y Grafía*. Vol. (30), 167-189. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/589/58922939008.pdf>. (Fecha de consulta: 07/03/2018).

Martínez, S & Morales, J. (2015). “*Entre muertos y especímenes: hacer cadáveres, anatomía y medicina legal en el laboratorio*”. En: Boletín de Antropología. Universidad de Antioquia, Medellín, vol. 3, N.º 50, PP. 127-147. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/pdf/557/55743108007.pdf>. (Fecha de consulta: 25/03/2017).

Mego, G. (2016). "Tanatopraxia y tanatoestética. Todo un arte de conservar y embellecer al cadáver". *Revista Morfolia*, volumen 8 (2), Pp. 6-11. Recuperado de: <file:///C:/Users/1144084705/Downloads/60112-305939-1-PB.pdf>. (Fecha de consulta: 5/06/2017)

Mauss, M. (1971). *Ensayo sobre los dones, Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*, Madrid, Tecnos,

Foucault, M. "Topologías", *Fractal* n° 48, enero-marzo, XII, volumen XII, pp. 39-40. Recuperado de: http://hipermedula.org/wpcontent/uploads/2013/09/michel_foucault_heterotopias_y_cuerpo_utopico.pdf. (Fecha de consulta: 15/05/2018).

Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo veintiuno editores.

Morris, B. (2009). *Religión y antropología. Una introducción crítica*. Madrid, España: Ediciones Akal S.A. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/186471997/Manual-Morris-Brian-Religion-y-Antropologia-Una-introduccion-critica>. (Fecha de consulta: 5/05/2017)

Morales, M. (2003). El cadáver como objeto. *Desde el Jardín de Freud*, Vol. (3), P. 274-279. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/8289/8933>. (Fecha de consulta: 02/04/2018).

Prou, M. (2001). El significado de la muerte en el Vodú Haitiano. *Revista Del Caribe*. Volumen (Nº36), P. 36-42. Recuperado de: file:///C:/Users/1144084705/Downloads/fulltext_stamped.pdf (Fecha de consulta: (Fecha de consulta: 5/05/2017)

Rojo, F. (2008). *Tanatopraxia*. Recuperado de: <https://issuu.com/ngiraldo/docs/tanatopraxia> (Fecha de consulta: 20/04/2017)

Sánchez, J.C. (2008). *Del catafalco al ataúd y a la urna: cambios significativos en las prácticas funerarias*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes.

Skudmart Laboratorios S.A. (2016). Catálogo de productos. Recuperado de: <http://www.skudmart.com/wp-files/CatalogoSkudmart.pdf>. (Fecha de consulta: 08/10/2017)

Tesone, V. (Julio, 2008). *Quien parte y quienes se quedan, Ritos funerarios y de duelo Judíos en Bogotá*. En el XII Congreso Latinoamericano de Religión y Etnicidad. Bogotá, Colombia. Recuperado de: <file:///C:/Users/1144084705/Downloads/Vivianne%20Tesone%20Milhem.pdf>. (Fecha de consulta: 5/05/2017)

Todorov, T. (2000). “Los abusos de la memoria”. Ediciones Paidós Ibérica, S.A. Buenos Aires, Argentina.

Van Gennep, Arnold. (2008). *Los ritos de paso*. Alianza Editorial. España. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/51568669/Arnold-Van-Gennep-Los-Ritos-de-Paso>. (Fecha de consulta: 10/05/2018)

Zelizer, V. (1997). The Marking of Money. En: *The Social Meaning of Money*, pp. 1-35. New Jersey: Princeton University Press.

FUENTES

Alejandra Díaz, recepcionista funeraria Fraternidad, 12 de agosto de 2017

Antonio, tanatólogo de la funeraria Fraternidad, 12 de agosto de 2017.

Bertha Mora, madre de difunta María Isabel Echeverri, 10 de noviembre de 2017.

Carlos, empleado de la funeraria Templo Los Olivos, 3 de febrero de 2017.

Carmen, tanatóloga de la funeraria Templo Los Olivos, 15 de septiembre de 2017.

Dalila Quiceno, hija de la fallecida María Rubiela Quiceno, 3 de febrero de 2017.

Don Mario, tanatólogo funeraria Viajeros, 10 de abril de 2017.

María, mujer que estaba en un funeral al que acudí para hacer observación, 19/07/2016.

Pedro, hombre de 48 años que acudió al velorio de María Rubiela Quiceno, 3 de febrero de 2017.

Sofía Valencia Herrera, amiga de la difunta María José Grisales, 1 de junio de 2016.

ANEXOS



Imagen 1: Fachada exterior principal de la Funeraria Fraternidad, ubicada en la Avenida Roosevelt 34-86 en la ciudad de Cali. Tomado de: <http://www.servivir.coop/fraternidad/index.php/quienes-somos>



Imagen 2: Entrada principal de la Funeraria Fraternidad, ubicada en la Avenida Roosevelt 34-86 en la ciudad de Cali. Tomado de: <http://www.servivir.coop/fraternidad/index.php/quienes-somos>



Imagen 3: Fachada exterior principal de la Funeraria “Los Olivos”, ubicada en la Avenida Pasoancho: calle 13 No. 50-70 en la ciudad de Cali. Tomado de: <https://losolivos.co/node/123>

Simuladores de Ojos

Prótesis que simulan la presencia del globo ocular cuando el cuerpo de la persona lo ha perdido o cuando es donante de corneas, su sistema de micro puntas en su superficie hace que se agarre de la piel interior del párpado evitando que se deslice o se desprenda.

A photograph of a cardboard box and several eye simulators. The box is light brown and has a label that reads 'SIMULADORES DE OJOS', 'Contenido: 24 unidades', and 'Skudmart'. The eye simulators are clear, dome-shaped devices with small protrusions on their surface. They are arranged around the box, with some showing the top and others showing the side.

Cód. TT-SIM.OJO **C**

Presentación: Caja x 24 unid. **P**

Imagen 4: Simuladores de ojos elaborado por Skudmart Laboratorios S.A para darle volumen al ojo o simular la existencia de los órganos oculares. Tomado de: <http://www.skudmart.com/wp-files/CatalogoSkudmart.pdf>



Imagen 5¹⁷: Juan Manuel Arango viendo el cadáver de Rubiela, su abuela, en el velorio de los Olivos.

¹⁷ Esta foto fue extraída del Instagram de Juan Manuel.

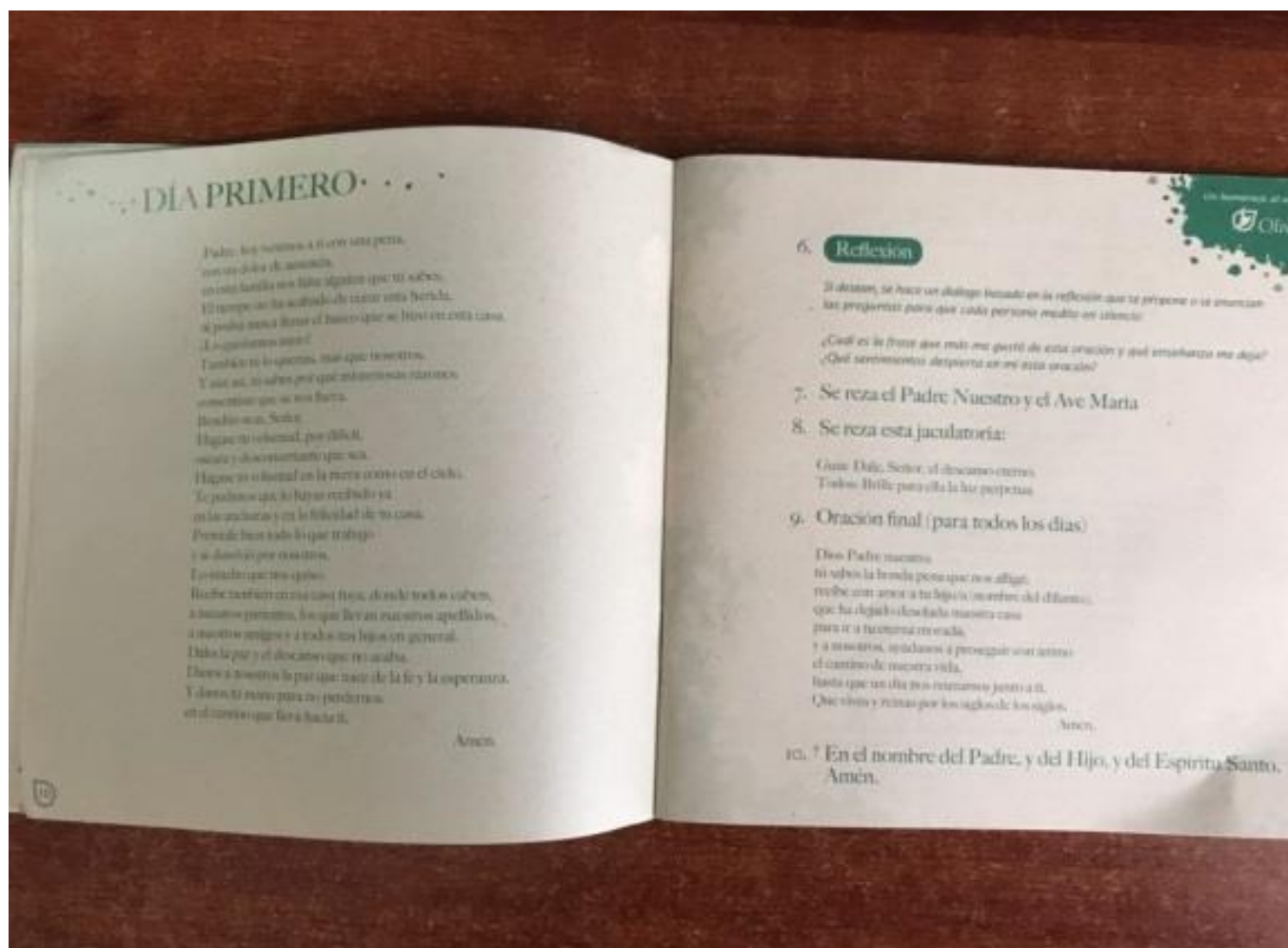


Imagen 6: Sección del cuadernillo de los Olivos que contiene el novenario.

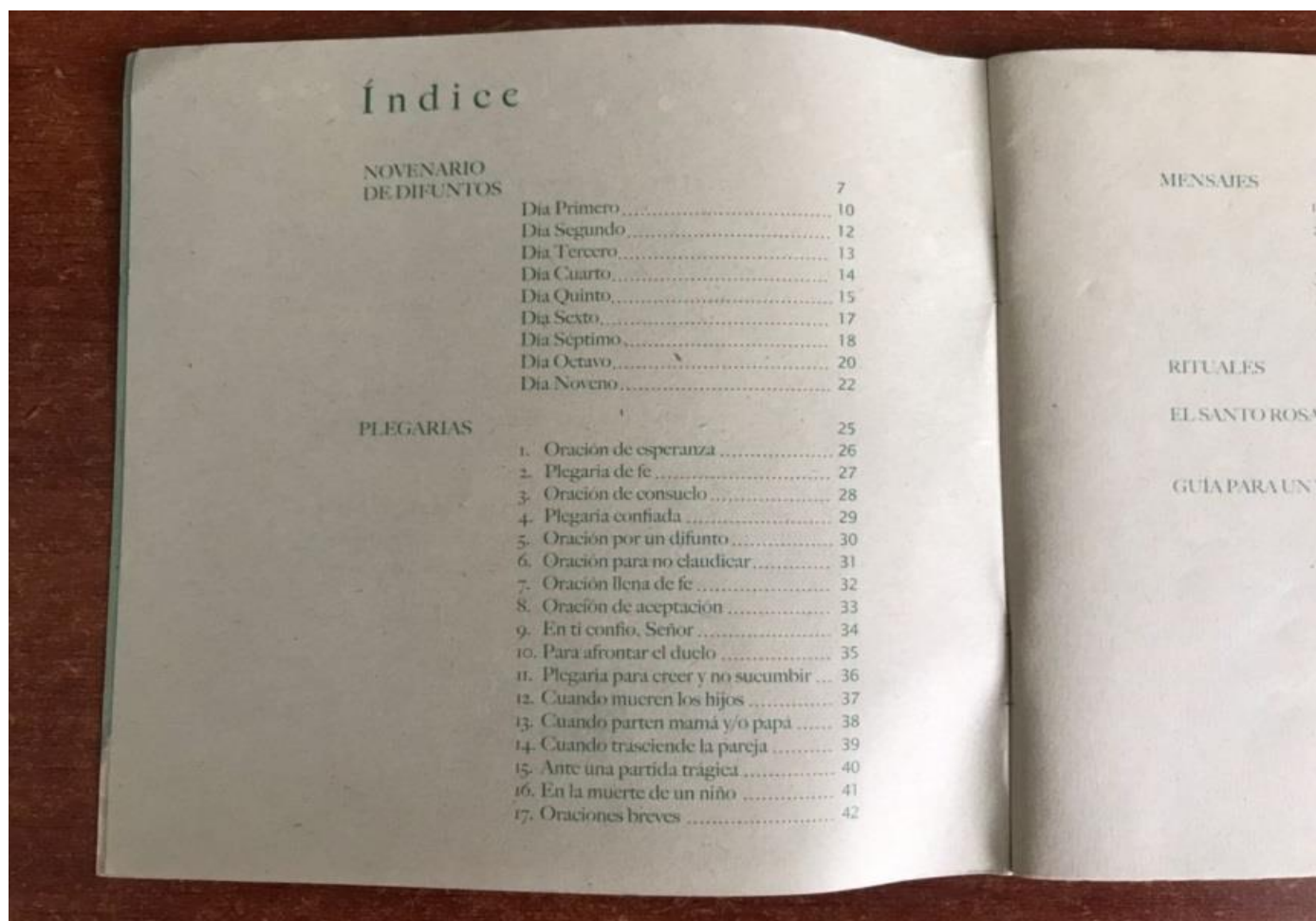


Imagen 7: Índice de plegarias del cuadernillo de los Olivos.

13. Cuando parten mamá y/o papá

El vacío Señor, es inmenso y el dolor abrumador,
Danos el poder de tu Espíritu para no sucumbir,
confiar y aceptar algo tan terrible. En ti creemos.

Ayudanos a seguir adelante, paso a paso, y afianza nuestra fe.
Sabemos que tú no te llevas a nadie y que hay un momento
para volver a tu presencia. Nos duele la partida
pero nos da alivio saber que nuestra(o) madre (padre)
está feliz contigo y otros seres amados.

Dios de amor, tú eres nuestro descanso y apoyo como
lo fuiste para María cuando mataron a su hijo Jesús.
Nutre nuestra esperanza y llévanos de tu mano
para ver la luz en medio de las sombras.

Gracias por el amor y la entrega de nuestra(o) madre (padre),
gracias por todo lo que nos enseñó. Estamos seguros
que ya a tu lado está en la paz y la felicidad que se merece.
Señor, eres nuestro Buen Pastor.

Imagen 8: Plegaria dedicada a la muerte del padre y/o la madre.

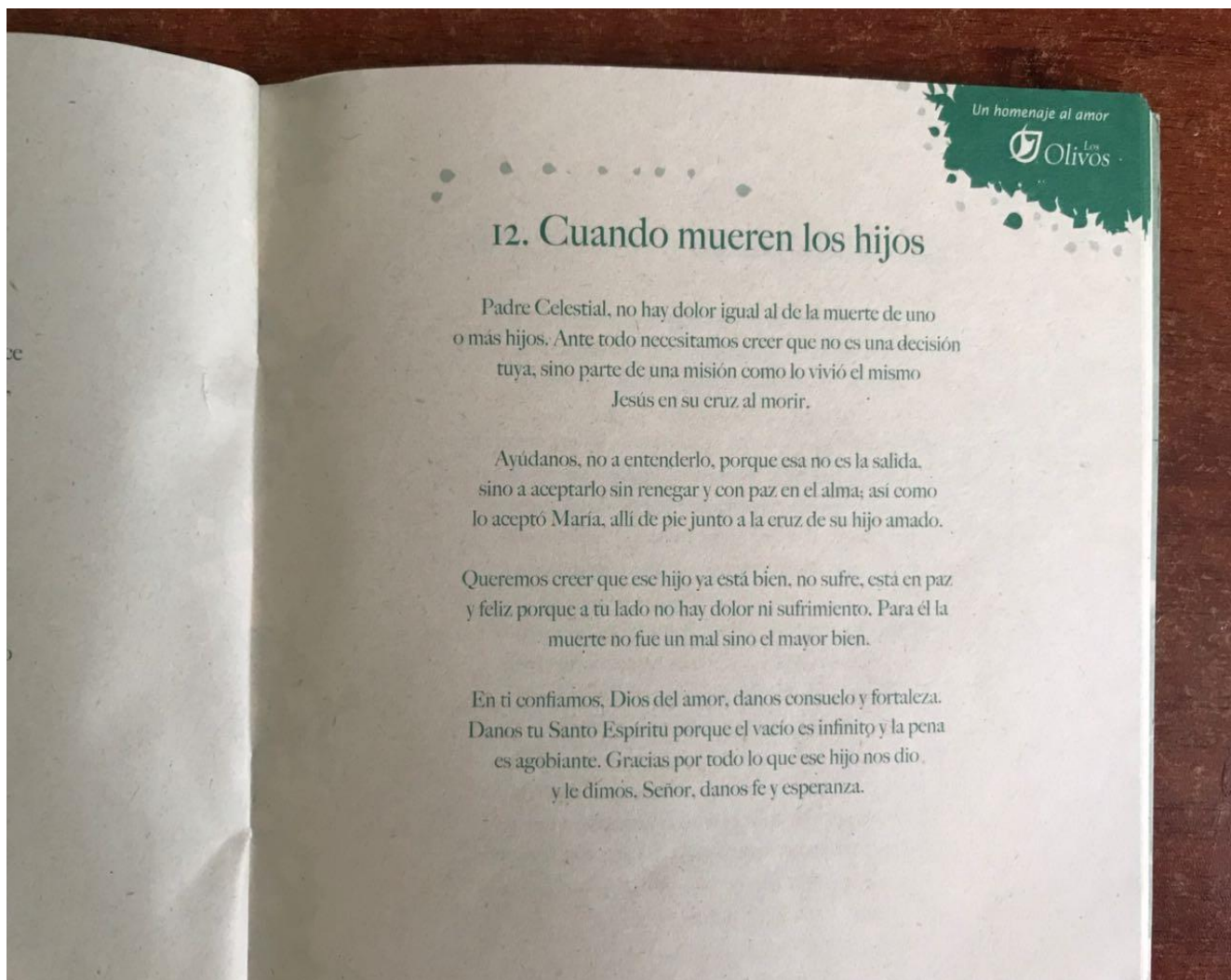


Imagen 9: Plegaria dedicada al fallecimiento de los hijos.

4. Muerte por suicidio

Elije ver la partida con los ojos del amor y la esperanza, incluso la muerte por suicidio. Quien se quita esta vida, o mejor, su cuerpo, va donde Dios y él lo acoge con amor como a todos sus hijos. Allá el espíritu toma consciencia de lo que hizo y sigue adelante en su proceso sin que Dios lo envíe a castigos eternos que no existen. La Biblia habla de ellos, pero hay que interpretar los textos recordando en que época se escribieron. Dios es amor infinito y no juzga ni condena. El mejor ejemplo de esto está en las bellas palabras de Jesús al facineroso que está al lado en la cruz: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso".

Evita la culpa. Cada ser es autónomo y solamente quien se quita su cuerpo es responsable de su acción. Nadie, incluso con sus fallas, es responsable de que el ser querido se autoelimine. Si los problemas justificaran el suicidio, serían millares en situaciones peores, los que tomarían esa decisión cada día. Perdonarse y perdonar es el camino para poder manejar el duelo. Salimos adelante, paso a paso, si estamos con Dios y fluimos en el amor. Renovemos la fe como renueva la tierra el sembrador después de una intensa sequía. La vida sigue y encontraremos nuevas razones para vivir si nos ayudamos y buscamos apoyo.

Al espíritu del suicida hay que hablarle con amor para que se perdone, acepte lo que hizo, se calme y se una a la luz radiante. Eso le ayudará a seguir su proceso en paz.

Imagen 10: Mensaje para los dolientes que perdieron un ser querido por suicidio.

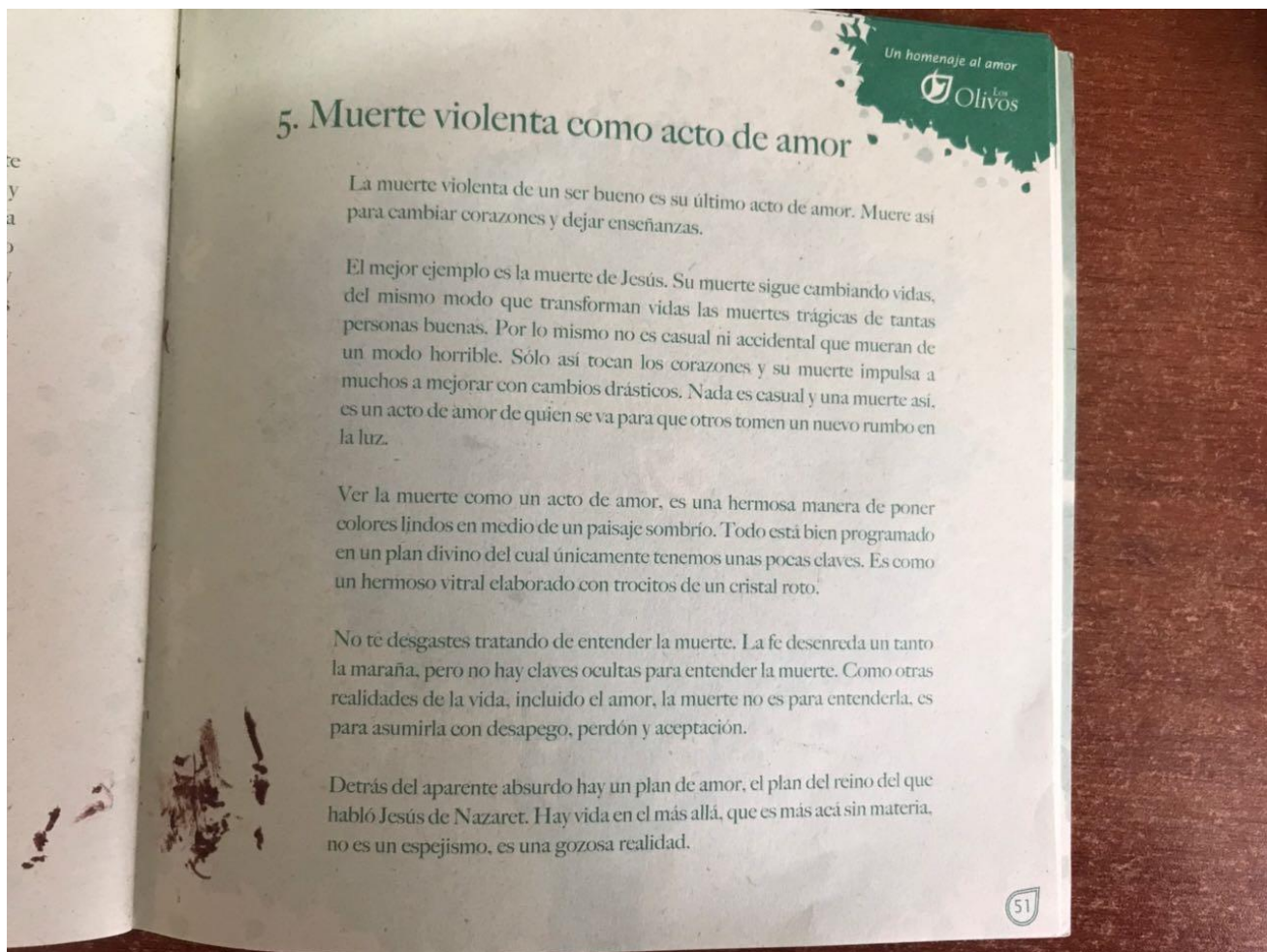


Imagen 11: Mensaje para los dolientes que perdieron un ser querido por muerte violenta.



Imagen 12: Cofre de madera donde se encuentran las cenizas de María Isabel Echeverri.



Imagen 13: Fotografía de María Isabel Echeverri y familiares.

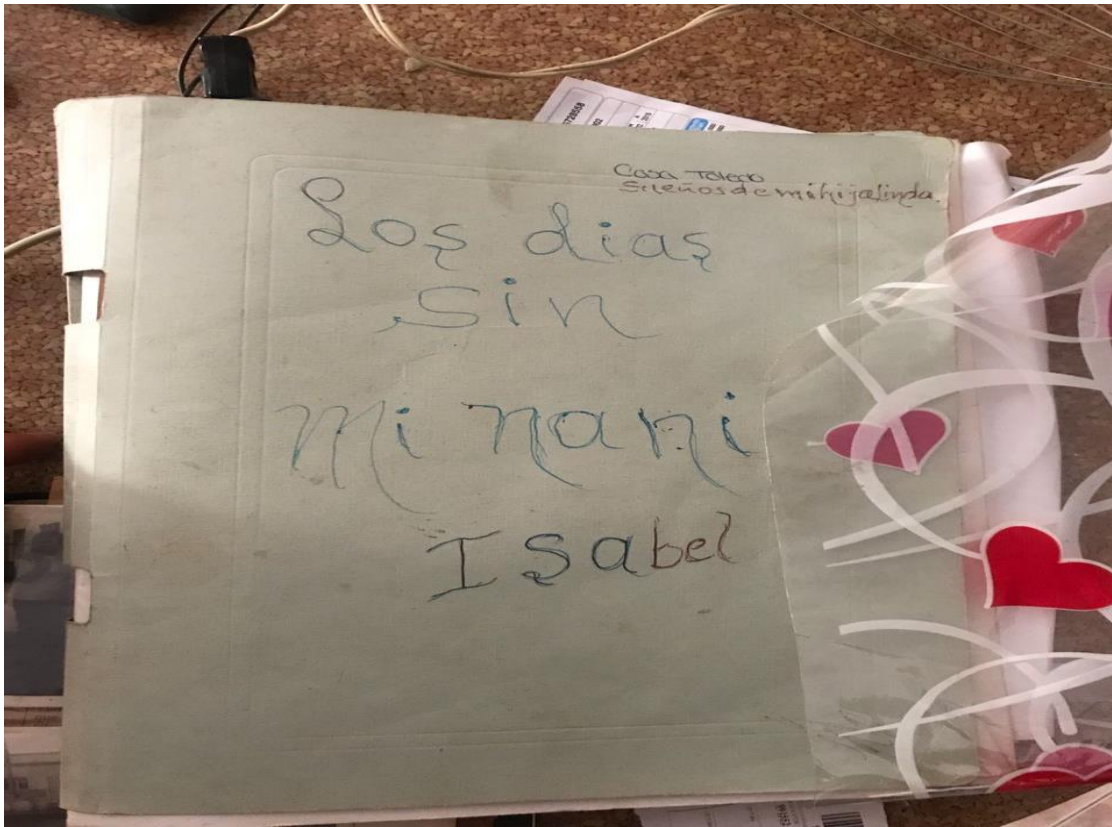


Imagen 14: Carpeta donde se encuentra las hojas contabilizando los días después de la partida de María Isabel.

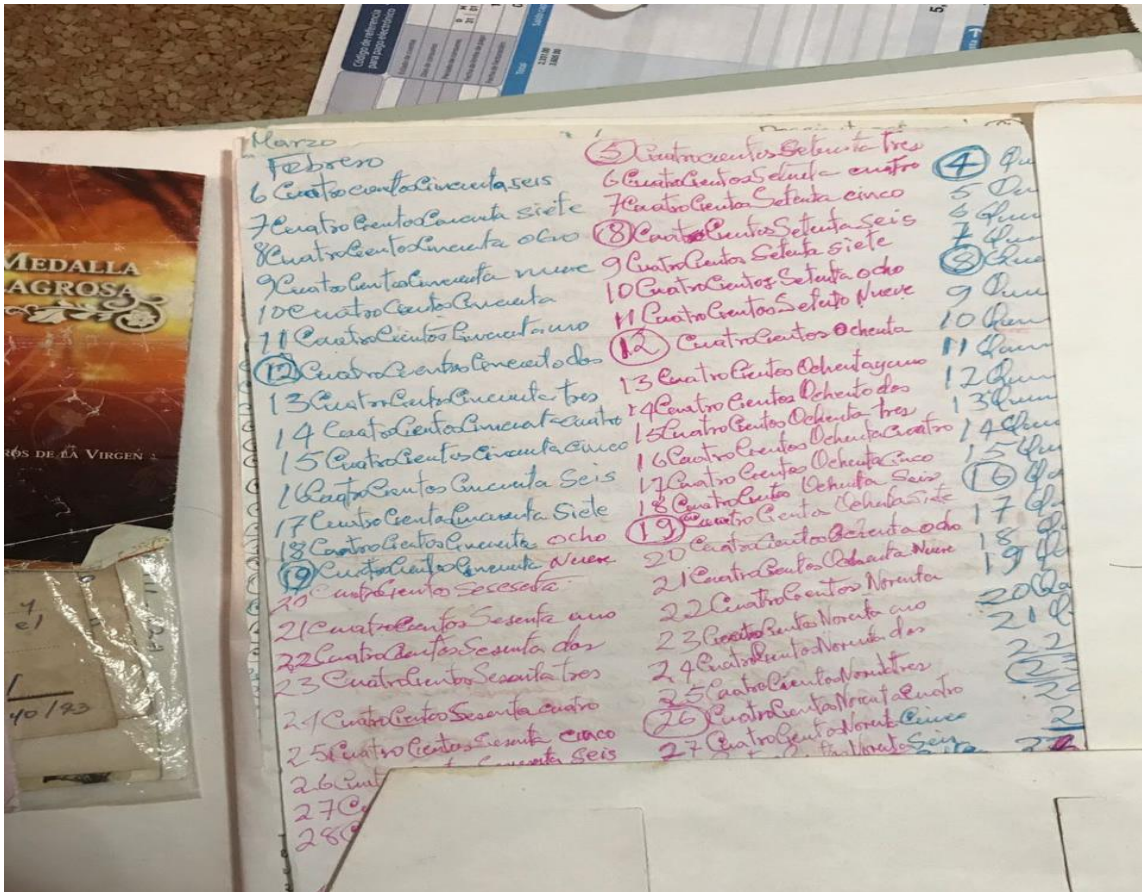


Imagen 15: Interior de la carpeta donde se encuentran las hojas contabilizando los días después de la muerte de María Isabel.